**Introducción. Ígor.**

Este libro, escrito por mi hijo, trata de lo que ocurre hoy en día en Belarús y de las decisiones que toman las personas obligadas a escoger entre la vida y la muerte, la libertad y la prisión, la dignidad y la infamia. Todo lo que le ha sucedido a Ígor, es un hecho real, acaecido en el siglo XXI, en un país europeo que se precia civilizado, en víspera y después de las elecciones presidenciales de 2010. La idea de escribir el *Diario* surgió en primavera de 2011, durante el único cara a cara con Ígor que nos fue concedido mientras éste permaneció recluido en la prisión preventiva del KGB. Aunque entonces tuvimos que tomar muchas precauciones al conversar con él, mi marido y yo nos sentimos inmensamente felices al poder verle… Todo lo que le ha ocurrido y le sigue ocurriendo a mi hijo tiene gran parecido con los avatares de Sasha Pankrátov, el protagonista de la novela de Anatoli Ribakov “Hijos de Arbat”\*. Sasha fue detenido en 1933, e Ígor, desgraciadamente, ha corrido la misma suerte. Sugerí a Ígor que escribiera todo lo que le había sucedido, para que no cayera en el olvido. Vivimos convencidos de que nosotros y nuestros seres queridos jamás seremos víctimas de injusticias, atropellos, abusos o represión. Por eso, es de capital importancia que la situación que sufre Ígor sea de conocimiento público.

Yo misma tardé en conocer los detalles de su secuestro por los servicios secretos en Moscú y su encarcelamiento en la prisión preventiva del KGB en primavera de 2011. El juicio, que demostró a las claras toda la absurdidad de los cargos imputados a él y a sus compañeros Nikolái Dedok\* y Aleksandr Frantskévich\* así como la insuficiencia de las pruebas en las que se sustentaban, acababa de celebrarse. Toda una sucesión de procesos similares data de la misma época. Para entonces, ya habían sido condenados a penas de prisión Dashkévich\* y Lóbov\*, miembros del Frente Jóven; Sánnikov\*, Uss\* y Nekliáyev\*, candidatos a presidente de la república, junto con distintos miembros de sus respectivos equipos electorales, jóvenes activistas y muchos otros hijos del pueblo bielorruso. Los presidios y centros de detención preventiva estaban a rebasar. El juicio que tuvo que enfrentar Ígor se celebró casi al mismo tiempo que el proceso contra Nikolái Statkévich\*. Las condenas sorprendieron por su dureza: Statkévich fue sentenciado a 6 e Ígor a 8 años de prisión. Ya habían empezado a circular ciertos rumores acerca de la situación de los reclusos en la prisión preventiva del KGB, y de las palizas, torturas y dura presión psicológica a las que se les sometía. Yo, por mi parte, intentaba ahuyentar aquellos terrores, incapaz de creer que mi hijo pudiera ser víctima de semejantes abusos, él que nació y fue criado para disfrutar de una vida feliz, libre y creativa, en vez de servir de carne de cañón para el régimen.

Se me pregunta con frecuencia qué sentí al leer el *Diario*. Desde entonces han transcurrido dos años pero todavía, y mientras escribo estas líneas, se me caen las lágrimas al recordarlo. Mucho dolor, por supuesto. Un dolor que traspasa el alma y el corazón y no tiene fecha de caducidad. Y esa pena que siento no es únicamente por mi hijo o mi familia sino por todo el pueblo bielorruso, por la juventud bielorrusa que se ve abocada, de modo totalmente injusto, a cumplir condenas de cárcel en condiciones terribles e inhumanas, a emigrar del país, a vivir en clandestinidad y sufrir palizas y vejaciones solo por desear que el pueblo tenga una vida libre y mejor. La historia se repite. En un intento de conservar el poder, el régimen está arruinando el futuro de todo un país. Me siento orgullosa de haber criado a una persona tan digna como es mi hijo. Ante un peligro mortal, totalmente aislado y sin ningún apoyo desde el exterior, él supo no traicionarse a sí mismo y seguir siendo fiel a los valores que alguna vez había aprendido. Y no fue el único. Los sucesos del mes de diciembre de 2010 han dejado en evidencia que no son pocas las personas dignas que viven en Belarús. Aunque pertenezcan a distintas capas sociales, partidos o movimientos políticos y difieran en sus puntos de vista, es el mismo el corazón que late su pecho: el de unos patriotas valientes, honrados y sinceros, que han escogido preservar su intelecto, dignidad y conciencia antes que acceder a colaborar con un régimen represivo. Lo mismo que el resto de los presos políticos bielorrusos, Ígor ha resultado ser una persona con más dignidad que las que forman en la manada de bestias que pisotean nuestro país.

Cuando Ígor cumplió 16 años le regalé un poema de Kipling. Quise que, en el umbral de la vida adulta, aprendiera ciertos valores importantes. Le hice llegar el mismo poema la víspera del juicio, para darle ánimos y para que comprendiera que no estaba solo y que los valores humanistas seguían en vigor. Aun cuando parece que el mundo se ha venido abajo y uno se ha quedado cara a cara con un terrible dragón.

Como madre, me siento responsable de la suerte que aguarda a mi hijo. Como madre, me siento orgullosa de haber criado a un hijo que supo no dejar de ser Persona.

Valentina Olinévich.

**Si...**

Si puedes mantener en su lugar tu cabeza cuando todos a tu alrededor,  
han perdido la suya y te culpan de ello.  
  
Si crees en ti mismo cuando todo el mundo duda de ti,  
pero también dejas lugar a sus dudas.  
  
Si puedes esperar y no cansarte de la espera;  
o si, siendo engañado, no respondes con engaños,  
o si, siendo odiado, no te domina el odio  
Y aun así no pareces demasiado bueno o demasiado sabio.  
  
Si puedes soñar sin que los sueños te dominen;  
Si puedes pensar y no hacer de tus pensamientos tu único objetivo;  
Si puedes conocer al triunfo y la derrota,  
y tratar de la misma manera a esos dos impostores.  
Si puedes soportar oír toda la verdad que has dicho,  
tergiversada por malhechores para engañar a los necios.  
O ver cómo se rompe todo lo que has creado en tu vida,  
y agacharte para reconstruírlo con herramientas maltrechas.  
  
Si puedes amontonar todo lo que has ganado  
y arriesgarlo todo a un solo lanzamiento ;  
y perderlo, y empezar de nuevo desde el principio  
y no decir ni una palabra sobre tu pérdida.  
Si puedes forzar tu corazón y tus nervios y tus tendones,  
para seguir adelante mucho después de haberlos perdido,  
y resistir cuando no haya nada en ti  
salvo la voluntad que te dice: "Resiste!".  
  
Si puedes hablar a las masas y conservar tu virtud.  
o caminar junto a reyes, y no distanciarte de los demás.  
Si ni amigos ni enemigos pueden herirte.  
Si todos cuentan contigo, pero ninguno demasiado.  
Si puedes llenar el inexorable minuto,  
con sesenta segundos de lucha bravía...  
  
Tuya es la Tierra y todo lo que hay en ella,  
  
y lo que es más: serás un hombre, hijo mío.

**El contexto**

“El caso de los anarquistas bielorrusos” se empieza a gestar tras el atentado con cócteles molotov contra el recinto del consulado de la Federación Rusa en Minsk, perpetrado el 30 de agosto de 2010 por el grupo “Amigos de la libertad”, totalmente desconocido hasta entonces. El atentado fue reivindicado como una acción de solidaridad con los presos políticos rusos y en protesta contra la represión en la Federación Rusa.

La evolución y las consecuencias de este “caso” han sido reveladoras para la correcta evaluación de la situación por la que atraviesa el activismo político-social en Belarús.

La población bielorrusa todavía se muestra más bien inerte en la materia de la lucha por sus derechos y libertades que, sin prisa pero sin pausa, van sufriendo recortes, y no solo a causa de la acción legislativa directa sino además por órdenes veladas del Presidente o a efecto de declaraciones públicas de representantes del poder. Al mismo tiempo, el axioma comúnmente aceptado según el cual nada depende de uno en un país donde las cosas están atadas de una vez para siempre domina frecuentemente la mentalidad de los jóvenes: toda una generación se había criado a la sombra del gobierno paternalista de Lukashenko, casi 18 años en el poder. Por añadidura, la libre expresión política es poco menos que imposible. Por muy pacífica que sea, cualquier iniciativa política en Belarús se reprime duramente: se hace inviable organizar, ni siquiera de modo legal, un piquete o una manifestación, celebrar un debate abierto o un encuentro; aun el mero hecho de asistir a un concierto puede acarrear la detención por parte de la policía. No es de extrañar, pues, que, en la situación de total ausencia de diálogo entre el poder y la sociedad, los activistas más resueltos opten por la confrontación directa como única vía para defender sus puntos de vista.

Así las cosas, llegó el momento en que los argumentos de los partidarios de la “táctica de guerrillas” empezaron a imponerse: primero, la publicidad no hace sino colocar a los activistas en el disparadero; segundo, dadas las circunstancias, una actividad legal o semi legal apenas si cumple el objetivo de reclutar a nuevos adeptos; tercero, el influjo de iniciativas pacíficas en la gran masa de la población sigue siendo mínima. En ese contexto, la política represiva del poder sumada a la pasividad de la población fue el detonante de la confrontación. Por eso mismo, los años 2009 y 2010 fueron especialmente abundantes en acciones radicales, cuya autoría asumieron grupos anarquistas bielorrusos.

“El punto de partida” de acciones de más relevancia, tras la etapa de piquetes y reparto de octavillas, fue la manifestación antimilitarista celebrada en septiembre de 2009 frente al Cuartel General de las Fuerzas Armadas, en protesta contra las maniobras anuales conjuntas de los ejércitos ruso y bielorruso. Esa vez, a las pancartas y consignas de rigor se sumó un bote de humo arrojado sobre la escalinata del Cuartel.

Después de la manifestación antimilitarista, se sucedieron diversas acciones en las que, aparte de octavillas, pancartas y megáfonos, se empleó material pirotécnico y cócteles molotov, a saber: un atentado contra el casino *Shanrgi-La* en Minsk, en el que se utilizaron bombillas con pintura y una bengala, en señal de protesta contra el traslado masivo de casinos rusos a Belarús a consecuencia de su ilegalización en el país de origen; un ataque contra una comisaría en Soligorsk, con motivo de las jornadas unificadas de la acción contra la arbitrariedad policial en Belarús (los atacantes rompieron el cristal de una ventana y arrojaron dentro una bengala); un ataque contra la sede de la Federación Sindical, que hacía mucho que había dejado de velar por los intereses de los trabajadores dedicándose exclusivamente a resolver conflictos laborales a favor de la patronal; el incendio de las puertas de acceso a una oficina de Belarusbank en señal de protesta contra el sistema financiero actual.

A pesar de lo novedoso del procedimiento, dichas acciones no lograron trascender su carácter meramente simbólico: los daños causados se estiman de poca importancia. Su efecto principal fue el mediático, aunque tan solo algunos medios de tendencia opositora publicaron el comunicado de prensa correspondiente. Los oficiales, en el mejor de los casos, se limitaron a informar de los hechos, y en el peor, se dedicaron a difundir sus propias conjeturas y juicios, que presentaban a anarquistas como agresores gratuitos o gamberros imbéciles, por demás, una reacción habitual de los medios estatales ante todo intento de actividad opositora en Belarús.

El ataque con cócteles molotov contra el consulado ruso el 30 de agosto de 2010 que acabó en el incendio de un coche oficial aparcado en el recinto del consulado, fue el pretexto para desatar la represión contra el movimiento libertario bielorruso.

En otoño de 2010 fueron interrogadas 150 personas; 19 fueron detenidas como sospechosas, cinco de las cuales acabarían sentenciadas a penas de prisión como autores materiales de las acciones mencionadas: Ígor Olinévich (8 años de prisión), Nikolái Dedok (4,5 años), Aleksander Frantskévich (3 años), Maksim Vétkin (4 años de libertad condicional), Yevgueni Silivónchik (1,5 año de libertad condicional).

Mientras tanto, la entrada principal de la prisión preventiva en la que se encontraban recluidos fue atacada con cócteles molotov: acción radical con la que los *Amigos de la Libertad* volvían a la carga. En un comunicado de prensa posterior, éstos aseguraron que las autoridades habían mandado apresar a personas equivocadas y se responsabilizaron de las acciones imputadas a los activistas del movimiento anarquista detenidos.

En paralelo, se lleva a cabo una campaña internacional: acciones de solidaridad con los presos anarquistas bielorrusos se celebran en Europa y Rusia, principalmente en forma de piquetes pacíficos, y aun en México, donde a la sazón fueron atacadas varias oficinas bancarias. En octubre, en señal de solidaridad con los mismos presos, fue atacada con cócteles molotov la oficina del KGB en Bobruisk. Los autores del atentado -Yevgueni Vaskóvich, Artiom Prokopenko y Pável Siromolotov- fueron detenidos, procesados y sentenciados a 7 años de prisión.

Ígor Olinévich, Nikolái Dedok, Alexánder Frantskévich, Yevgueni Vaskóich y Artiom Prokopenko siguen entre rejas. Al tiempo que los “decembristas”\* que continúan en prisión tienen todas las de salir pronto en libertad –el régimen se verá obligado a liberar a algunos presos políticos para normalizar las relaciones con la Comunidad Europea-, el futuro de los sentenciados del “caso de los anarquistas” no se presenta tan prometedor.

1. Zhinévich, sociólogo y activista

\*decembristas: aquí, los detenidos y acusados de desórdenes públicos durante la acción de protesta contra el fraude electoral el 19 de diciembre de 2010. Todos ellos fueron sentenciados a distintas penas de prisión. Actualmente, la mayoría se encuentra en libertad, tras ser indultada por el Presidente. Los que se resisten a solicitar el indulto siguen presos.

**I parte**

**1**

28 de noviembre de 2010, Moscú, la cafetería del centro comercial *U Gorbushki*, 14.45h. Cuesta mantener los ojos abiertos tras una noche en blanco. Alrededor, multitud de gente, ajetreo, caras de preocupación. La suspicacia nos hace ver *secretas* en una de cada dos personas que pasan, como, por ejemplo en esos tres, vestidos con chaquetas negras, con caras de misterio. Dima está sentado enfrente. Nos burlamos de nuestra manía persecutoria. La noche anterior Antón Laptiónok, alias “Buratino”\*, nos había hecho llegar la propuesta de reunirnos con él. En nuestro interior, sentimos unos deseos insistentes de rechazar la cita, pues ya sabíamos que nos había delatado. Pero, por otro lado, éramos conscientes de que ese encuentro era necesario. Dima está nervioso. Si hiciéramos las cosas como es debido, él vigilaría el lugar de la cita desde lejos, a través de unos binoculares. Desde el principio, Dima se mostró disconforme con la idea de reunirnos con Buratino. Tenía toda la razón, desde luego: deberíamos haber escogido mejor tanto el lugar como el modo en que se celebraría la reunión, pero después de tres meses de fuga continua uno baja la guardia, además, nos resistimos con todas nuestras fuerzas a creer que también la persona que nos ha citado aquí es un delator. Mi cometido durante la cita consiste en quedarme con las caras de los esbirros, en caso de que los hubiera, y luego largarme, rociando de paso con aerosol los ojos del chivato. Ya es demasiado tarde para cambiar de plan. Es hora de ponernos en movimiento.

Nada más salir del centro comercial, cuatro sombras se abalanzan sobre nosotros y nos agarran de los brazos. No me causa sorpresa, mi rostro permanece impasible. Dima los esquiva de un salto y se da a la fuga. Un transeúnte intenta pararle con una zancadilla –estamos en un país de amos y esclavos-, pero, por suerte, no lo consigue.

Uno de los *men in black* intenta tranquilizarnos: “Solo estamos ayudando a los vuestros”. Vaya, pienso, esos “nuestros” son, más bien, los suyos, que no los nuestros. Me esposan y me meten por la fuerza dentro de un coche, donde me registran los bolsillos y me quitan el móvil, la cartera y el reproductor de CD portátil. Más o menos una hora y media antes de la cita había conectado el móvil para hacer una llamada, convencido de que a nuestros perseguidores no les daría tiempo localizarme en un lugar tan concurrido o que simplemente ni lo intentarían para no correr el riesgo de ponerme sobre aviso: ¡un error infantil!

…Me bajan el gorro sobre los ojos y luego me cambian de coche. Los hombres de negro –agentes del FSB- no hablan entre sí: escriben lo que quieren decir en la pantalla del móvil y se lo muestran. Por el camino, hacemos un par de paradas para orinar; uno ve el campo, el bosque, y piensa que es un sueño...

...La frontera bielorrusa. Me bajan la cabeza y la aprietan contra el suelo del vehículo, quiere decir que se trata de una operación extraoficial. Luego me entregan a sus homólogos bielorrusos, que esperan con una furgoneta a punto. -No volváis a darnos faena- los de Moscú les advierten a modo de despedida-. Hecho, os debemos una, tíos- aseguran aquellos. La furgoneta arranca. -¿Ya tienes claro lo que conviene que digas?- Intentan intimidarme-. ¿O necesitas que pasemos antes por un lugar donde te ayudemos a aclarar las ideas? Lo tengo claro, qué le vamos a hacer…- respondo. Y una mierda. Nada de recuerdos, nada de lamentos, lo que tengo que hacer es contar los segundos y así tranquilizarme. He de movilizar todas mis fuerzas y concentrarme en una única verdad: no confíes, no tengas miedo, no pidas nada\*…

«Ya son las 20.30, adelante». Las puertas chirrían al abrirse y el coche celular entra en el recinto de la prisión. El gorro sigue tapándome los ojos. Estoy totalmente desorientado. Me introducen en un despacho, me sientan en una silla, y mientras me aplastan la cara contra una mesa, noto cómo alguien me golpea en el cuello con el borde de la mano. Me espera la noche más larga de mi vida...

-...Ígor, hablemos como humanos- Suena una voz delante de mí-.Los humanos no suelen hablar en esa posición- Me sorprendo al oír mi propia voz. Quizá ellos no esperaban resistencia y por un segundo se desconcertaron. Eso me dio fuerzas. Luego continuaron-:Lo sabemos todo, ¡confiesa!-.Yo no sé nada-.Los demás ya han cantado ¿para qué seguir negando?- Me preocupa solo una cosa: ¿Dima consiguió huir o acabaron por cogerlo? ¿Cómo podría averiguarlo? -¿Y qué hay de Dima? ¿También ha confesado? -¿Dima qué? ¿Dubovskiy, quieres decir?-¡Vale!¡No lo han cogido! Entonces, las cosas no están tan mal como pensaba. -¿Qué dicen en internet?- les espeto- ¿Hay algo sobre mi secuestro? Hacéis mal vuestro trabajo. Nosotros ya sabíamos que el chaval era vuestro chivato y tomamos precauciones. -La puerta del despacho se abre y alguien informa-: Es verdad, la información ya está colgada en la página-.

Se hizo un tenso silencio. Será que les dolía admitir que uno de los dos se les había escapado. Los que me estaban interrogando, eran tres o cuatro, salieron del despacho. Me quedé descansado: Dima seguía en libertad, mientras que Buratino había sido desenmascarado. Ahora tocaba enfrentarme a la instrucción. En una ocasión, cuando participé en un taller que dio Markélov -¡que Dios le tenga en la gloria!- aprendí de una vez por todas: ¡nada de confesiones! Y es que cualquier cosa que uno llega a declarar durante los primeros días tras la detención sirve de base para la acusación posterior, es la norma.

Los instructores vuelven al despacho-. Eres un ingenuo. ¿Crees que tienes amigos? ¡Todos te han traicionado, mientras tú sospechabas de la persona equivocada!- Pero yo ya me había desentendido de sus desvaríos. El primer mandamiento es: ¡no confíes! Todo lo que ellos te pueden decir es mentira o, en el mejor de los casos, verdad a medias. Y si, en algún momento, llegan a decir la verdad completa, lo hacen para manipularla luego a su antojo. Su procedimiento era sencillo: empezaban por interrogarme sobre uno de los hechos y, tras chocar con mi resistencia, pasaban a otro: …El Cuartel General …el casino …las vallas publicitaria …la Casa de los Sindicatos …el banco …la embajada …el IVS\* …el banco …el casino -y así sucesivamente, al infinito.

Pretendían rendirme por agotamiento. Me había quedado dormido y vuelto a despertar muchas veces. En cuanto notaban mi fatiga, aumentaban presión sobre mí. Emplearon todo tipo de triquiñuelas: amenazas, lisonjas, chantaje. Trataron de convencerme de que nuestra lucha era inútil. También intentaron hacerme dudar de la lealtad de mis compañeros, además de apelar a mi propio egoísmo. Había perdido la noción del tiempo. Ya no distinguía entre el sueño y la realidad.

-¡Te vamos a encerrar en una celda con unos cabeza rapada! ¡Aquí tenemos una celda especial para ellos! …Eres guapetón, gente como tú gusta en la cárcel …Todavía no te han dado una paliza de verdad. ¿Para qué te complicas la vida? Podrías vivir tranquilamente, sin meterte en problemas, como los demás. ¡Aún estás a tiempo! …¿No era que hacías karate? Si es un arte rígidamente jerárquico, de modo que ¡contradices tus propios principios! …Te da miedo asumir la responsabilidad ¡eres un cobarde! …Irás a la cárcel, eso tenlo por seguro. La cuestión está en cuántos años te van a caer: cinco o diez, eso depende de ti… Si fuera por nosotros, te condenaríamos a doce, no, a veinte… (Y yo os fusilaría a todos, cabrones, pensaba yo) …Voy a llamar a tu abuela para que se entere de todo …Nadie va a contratar un abogado para ti …Solo queremos saber una cosa: ¿quién te paga?

Recobraba la conciencia solo para responder “no sé nada, yo no he sido” y volvía a desconectar. El segundo mandamiento es: no tengas miedo. Normalmente ellos mandan primero un farol, y aunque no fuera así, únicamente manteniéndote en tus trece podrás averiguar si resistirás. Quien se ha dejado vencer por el miedo, está perdido. Solo con verte un poco asustado, te echarán el guante y acabarás confesándolo todo.

Por un tiempo me dejaron con la cabeza descubierta. Detrás de la mesa solo quedaba uno, que me dijo-: Eres un buen chico. Trabajas de ingeniero, llevas una vida sana, haces deporte. No está bien que te eches a perder de esa manera. Si yo mismo comparto muchas de vuestras ideas, mas en lo que se refiere al modo en que las lleváis a la práctica… ¿Por qué no pasas página y…?

A medida que el interrogatorio avanzaba fui teniendo periódicamente la impresión de que eso que me estaba ocurriendo me resultaba familiar, como si lo hubiera leído en alguna parte. Ese pensamiento contribuyó a aclararme las ideas y confirmó mi sospecha de que se trataba de una simulación. Y es que a veces una sensación de abandono se apoderaba de mí, y entonces, inconscientemente, me sentía tentado de dar la razón a los que me interrogaban para acabar con aquello de una vez. En realidad, no era más que una reacción psíquica de defensa, imposible de evitar.

En eso habían vuelto a taparme los ojos con el gorro. Llegó alguien nuevo al despacho. Ese no quiso complicarse la vida y fue al grano, echándome en cara, con imponencia y en tono peculiar, lo “cagón” que yo era… Otra vez una pausa. Tenía una sed tremenda y además muchas ganas de pedirles un pitillo. Aunque sabía que no debía hacerlo. En esas circunstancias, toda petición tiene que revestir forma de exigencia. El tercer mandamiento es: no pidas nada. Cualquier petición suavizaría el clima psicológico del interrogatorio, lo cual, quizá, sería justamente la gota que decantara la balanza del lado del instructor.

Me quitan el gorro y me traen la comida. Los instructores están apagados, han agotado la munición. Nos quedamos así durante mucho rato, como a la espera de algo. Tras un ventanuco se filtra algo de luz, una señal de que ya es de día. De repente me levantan y me conducen, por escaleras y pasillos con numerosos despachos en cuyas puertas pone “Interrogatorio en curso”, a un pequeño patio, y de este a otro despacho, donde me esperan otro instructor y un abogado. Me tratan con corrección. Allí se me entrega una orden de arresto, que indica que he sido detenido como presunto autor de un atentado contra el IVS de la calle Okrestin. Me vuelven a interrogar, el reloj marca las 16.00: ya llevo en sus garras veinticuatro horas. El interrogatorio anterior había durado diecinueve horas. Por fin me quitan las esposas… Oh, esa sensación maravillosa de poder mover las manos libremente… Reconozco haber arrojado el bote de humo contra el Cuartel General: como esa acción fue registrada por cámaras de video vigilancia acabarán reconociéndome sí o sí; en cambio, al confesar, podré exculpar a Mikola. De lo contrario, acusarían a él de haberlo planificado todo, pero no. En cualquier caso, será exculpado.

Me cachean, me registran las botas, luego me las quitan y me dan a cambio un par de zapatillas antediluvianas. Ya no aguanto más, me quedo dormido sobre el banco en el cuarto de registro. Me levantan y me llevan a una sala grande y redonda con paredes macizas. Desde allí, me conducen por una escalera angosta al primer piso. Tengo la sensación de haber ido a parar a una mezcla de refugio antinuclear y un coliseo. Una reja corta en horizontal el hueco de la escalera entre el primer piso y la planta baja. En medio se encuentra el panel de control dotado de telefonía. El guardia me escolta por un pasillo circular, a lo largo de innumerables puertas. Cargo un colchón, una almohada y ropa de cama. Nos detenemos delante de la puerta con el número *3*, el guardia la abre y entro en la celda. Dentro no hay nadie. Veo dos camastros hechos con barras de hierro, dos asientos y una mesa empotrados en la pared. En un rincón hay un cubo de plástico con una tapa. Sobre la mesilla, una bandeja con una ración de arenques con patatas y un vaso de zumo. Una pequeña ventana con doble reja hace de canal de comunicación con el mundo exterior, con un muro de ladrillos por única vista. La puerta se cierra, rechinando, tras de mí. Caigo sobre el colchón y me duermo en el acto.

**2**

Me desperté porque había entrado un celador y exigido que me reportara-.Presos en la celda, uno; cartas y peticiones, no hay; tiempo de paseo, una hora; encargado de turno: Olinévich- fui informando a aquel día tras día.

Las horas pasaban interminables… No tenía absolutamente nada en que ocuparme. Hacía un frío terrible en la celda, pero tenía prohibido echarme la manta encima durante el día. Para los que, como yo, van a parar allí sin ropa de abrigo es una verdadera tortura. Sobre todo se echa de menos el calzado. Por muy abrigados que sean los calcetines, los pies se le congelan a uno. Para remediarlo, y con éxito, me envolvía los pies en el jersey. Pero son menudencias. Lo más terrible era el silencio constante, la pérdida de la noción de tiempo. Tan solo de vez en cuando se oían algunos pasos, el chasquido de unos grilletes, el chirriar de los “comederos” (trampillas en las puertas de las celdas para pasar comida), los golpes de advertencia de los celadores en la puerta, los silbidos y susurros de los guardias -¡no hablaban en voz alta entre ellos!-.

Pasados unos días, uno va consiguiendo distinguir el menor sonido. A lo largo del día el “comedero” se abre varias veces: para el desayuno, la comida, la cena y el reparto de medicinas. La puerta de la celda se abre cuatro veces al día: dos veces, por la mañana y por la noche, para ir al baño, una vez durante la ronda matutina del celador de turno y otra a la hora del paseo (si es que se lo conceden a uno). Y así durante meses y, en caso de algunos presos, años, con la luz encendida durante las veinticuatro horas.

…Un desconocimiento total a propósito de dónde estoy y qué me aguarda. El reloj me lo quitaron. Los días pasan indistintos… Uno se despierta y se vuelve a dormir sin poder precisar cuánto ha dormido ni qué hora es.

¿Cómo se podría definir el estado de conciencia de un preso durante los primeros días tras el arresto? Un torrente de imaginación provocado por un miedo animal subconsciente. Únicamente el ejercicio físico constante me devolvía el sentido de la realidad. El aislamiento… ¿Saben lo duro que es? La vida de una persona está tejida con miles de hilos que la atan a la sociedad: contactos personales, obligaciones, planes, relaciones, el trabajo, aun la ensalada en la nevera: todo tiene su agarradero en nuestra conciencia. Y de un momento para otro, esa sólida base empieza a resquebrajarse debajo de uno. Aunque no sucede de golpe, sino poco a poco. De repente te acuerdas de los asuntos que has dejado pendientes, empezando por los de mayor urgencia. Tu mente se sobrecoge, se agita, deseosa de emprender algo. Procuras agarrarte a los hilos que hasta hace poco te unían al mundo, te esfuerzas porque no se te suelte ninguno pero, sin embargo, uno tras otro, acabas por perderlos todos, para precipitarte finalmente en el vacío. Aunque eso no es lo más terrible: al menos uno es consciente de lo que pierde…

…En aquel vacío total, el primer paquete y la primera carta que te llegan de fuera penetra, como un rayo de luz, las tinieblas y te da calor. Recuerdo cómo saqué del paquete unos calcetines abrigados y una manta de lana: me envolví en ella y me dormí enseguida, con la sensación, ya olvidada, del hogar y del cuidado materno…

-…Tengo cosas de las que me gustaría hablar con usted- planteó un coronel de pelo gris, aunque todavía robusto de cuerpo, del 4º departamento del KGB. Desde la ventana de su despacho se abría, repentina, una vista de la ciudad nocturna, sobre la avenida principal de Minsk. Mentiría quien dijera que, tras varios días de encierro en una celda, no se dejaría impresionar. Tan cerca y tan lejos: acaso años de distancia… Té, galletas, otro tipo de cortesías mundanas, como si de una película se tratara.

-¿Sabe por qué está aquí?- Suena, perversa, la pregunta, al estilo de la Inquisición de siglos atrás-.Para empezar, me gustaría saber dónde me encuentro- le respondo-.No está en una cárcel convencional, gracias a Dios, sino en la prisión preventiva del KGB, hay diferencia. Conocida popularmente como *Amerikanka*. En los años treinta aquí fueron fusiladas más de treinta mil personas. Fue una tragedia, y le aseguro que ni a mí ni a mis camaradas ni siquiera nos pasa por la cabeza que algo así podría repetirse- aseguró el coronel.

Nos quedamos conversando hasta bien entrada la noche sobre el movimiento anarquista, sus métodos, la elección individual, el sentido de la vida y cosas así. En seguida decidí mantenerme exclusivamente dentro del marco de la información accesible en internet. Es decir, interrogado por el coronel, hacía coincidir mis respuestas con esa información. Nada concreto.

El coronel se interesó por cosas como “financiación”, “líderes”, “contactos internacionales”, o sea, el potencial del movimiento en cuanto a su posible utilización desde el extranjero para desestabilizar la situación en el país. Estaba claro que su pensamiento y el de sus semejantes funcionaba en una sola dirección. Ninguno concebía que todavía pudiera haber alguien que actuara de forma autónoma y por razones ideológicas. Al tercer día, todo acabó con la pregunta “¿existe la posibilidad de que el poder y los anarquistas caminen codo a codo hacia un futuro luminoso? ¿le gustaría a usted formar su propia organización?”.

Entonces, como una señal de alarma, surgió desde las profundidades de la memoria el fragmento de *Diario de la fuente* en que se narra un caso de traición en que mediaba una propuesta semejante.

-Después de cumplir condena, pienso dedicarme a energías alternativas- respondí despacio, recalcando cada palabra. Mi respuesta decepcionó visiblemente al coronel… Camino de la celda, recordé el gran verso de Maiakoski: “…antes prefiero servir agua de ananá a las putas en un bar”.

…El primer paseo, con aguanieve cayendo y zapatillas de tela agujereadas por todo calzado, en un patio de ¡seis pasos por tres!, rodeado de lúgubres muros de tres metros de altura y una reja con alambre de espino electrificado. Ese primer paseo quita por mucho tiempo las ganas de volver al patio, hasta que uno comprenda que el cielo, aunque de cuadros, es preferible al techo invariablemente blanco y sucio con la luz encendida las 24 horas. Gotas frías de lluvia se deslizaban por mi rostro, al igual que en aquel bosque que Dima y yo teníamos que atravesar antes de coger el tren de cercanías mientras vivíamos huidos en Moscú.

**3**

Cuando, a principios de septiembre, se llevaron a cabo las primeras detenciones, nadie esperaba que la situación se agravara tanto. Enseguida me puse en contacto con Dima, y decidimos permanecer vigilantes, con la esperanza de que todo saliera bien y que pronto se liberara a los detenidos. Pero al cabo de tres días supimos que los esbirros del UBOP\* se preparaban para desmantelar cinco pisos. El número de detenidos fue aumentando cada día, y pronto se supo que a los compañeros se les intentaba imputar la autoría ya no solo del atentado contra el consulado sino también de muchas otras acciones, algunas de ellas totalmente imaginarias. Aún así, creíamos que ninguno sería condenado a pena de prisión. Nos habíamos acostumbrado, tras muchos años de actividad, a que ni la bofia, la prensa o los políticos se interesaban por nosotros. Aunque últimamente habían aparecido indicios preocupantes. Agentes de paisano empezaron a ser asiduos en conciertos de punk. Fueron ellos los que intentaron hacer contactos entre la gente, presentándose como simpatizantes de la causa, y en primavera consiguieron abortar una actividad de la *Bespartshkola*\* (un curso de conferencias sobre el anarquismo). Aunque ninguno de nosotros se lo tomó muy en serio.

Los hechos más enigmáticos, sin embargo, se produjeron en el campo virtual, un par de días antes de que empezaran las detenciones. La Indymedia bielorrusa, siendo una plataforma informativa libre para iniciativas anarquistas y semejantes, aplicó la censura al suprimir la información sobre el ataque contra el consulado ruso. Más aún, sus administradores tildaron el ataque de provocación. Hay que decir que, tanto en Belarús como en Rusia, los anarquistas venían realizando regularmente acciones radicales desde 2008. El asesinato de Alexis Grigoropoulos a manos de la policía en Grecia en diciembre de 2008 había sido, indudablemente, el catalizador principal. Por primera vez en muchos años se dijo públicamente que los que estaban detrás del motín no eran unos activistas antiglobalización abstractos sino unos anarquistas completamente reales. ¡Al asesinato del joven, una respuesta contundente, total e intransigente! Así que la acción contra el consulado fue la única que, tras tres años de lucha, fue vista por la Indymedia como una provocación. Aprovechando la situación de caos general y el estado de inactividad en que se encontraba el sitio web *Revolutsiónnoie Déistviye*\*, la Indymedia consiguió imponer sus puntos de vista a la mayoría de los miembros del movimiento, también en el extranjero. La parte restante, en franca minoría, no se dejó arrastrar, pero en aquel momento la relación de fuerzas le era adversa. Asistimos con rabia e impotencia a aquel acto de locura y apostasía manifiesta. Dolía saber que la mayor parte de los partidarios de la razón y la libertad se habían comportado como borregos al dejarse convencer por dos o tres personas. Quedó en evidencia que no les movía otra cosa que el deseo de poner a salvo su propio pellejo: ni siquiera el discurso demagógico sobre las normas de funcionamiento de Indymedia logró disimularlo. Lamentablemente, en aquella coyuntura lo que más urgía era resolver la siguiente cuestión: compartir la suerte de los detenidos o escapar.

No es nada fácil abandonarlo todo de un día para otro. En el trabajo me esperaban importantes y atractivos proyectos; las reformas en la *dacha* estaban en curso; el fin de semana siguiente quería ir con amigos a una rave. Decenas de hilos con los que está tejida la telaraña social te sujetan y te impulsan. Y entonces uno tiene que renunciar a todo al momento. La reflexión te lleva a un análisis profundo de ti mismo, cuyo objetivo es descubrir tus verdaderos valores, averiguar cuánto hay de convicción en las ideas que profesas, cuál es el objetivo que te has marcado en la vida y el grado de tu disposición al sacrificio. Es una especie de test en el que se te invita a escoger entre la libertad, aunque en situación de desamparo, y la comodidad, en plan “no me va a tocar a mí”.

Los últimos días antes de fugarme los pasé preparando febrilmente el viaje e intentando cerrar, aunque fueran pocos, algunos asuntos. Visité a los abuelos en su casa de campo y les ayudé en el huerto. Ya están muy ancianos, y lo más seguro es que no volveré a verles. Luego fui a lo de mis padres: les había prometido instalar la luz en el garaje hacía tiempo ya. Mientras mamá me hablaba sobre sus planes para la semana siguiente, yo tenía un nudo en la garganta. Dima y yo pasamos la noche en la *dacha* de un amigo. No le dimos explicaciones de ningún tipo, él tampoco nos las pidió. Es de agradecer que los amigos comprendan que si haces algo es porque tienes tus razones de peso…

…Camino de la frontera. Tengo el corazón en un puño. Duele despegarte de todo lo que quieres. El futuro de los compañeros detenidos corre peligro. Pero Dima está peor que yo: ha tenido que separarse de su amada. La suerte del movimiento preocupa, la situación es dramática: se publica y se dice por ahí que “los radicales no son nuestros compañeros de viaje”. Responder públicamente a ese tipo de declaraciones atraería la atención de los vendidos y, en consecuencia, de los polizontes. Cuando, en aras de la seguridad, se hostiga a sus propios compañeros, la unidad del movimiento se desvanece. La solidaridad constituye la base mínima sobre la que se hace posible la interacción entre distintas opiniones y tendencias. Se ha producido la diferenciación, lo mismo que en Alemania, Polonia, Francia, Grecia, España. Qué se le va a hacer, amen. El espíritu aventurero se impone, y nosotros recobramos nuestro optimismo. Seguiremos luchando, por nosotros mismos y nuestros compañeros. Aunque el mundo entero se vuelva contra nosotros. No abandonaremos ni nos rendiremos.

…Moscú. Nos lo pasamos alojándonos en pisos ajenos, yendo de un lugar a otro, buscando el Wi-Fi gratuito, conociendo gente, sufriendo del insomnio, cambiando de casa casi a diario. Sabíamos que estábamos en busca y captura y que nos seguían la pista en serio. No dejamos de buscar un lugar seguro para estar; aceptamos trabajos duros al aire libre, hiciera frío o lloviera; caímos víctimas de unos empleadores estafadores; algunas veces pasamos hambre. Pero precisamente aquel otoño conocí una solidaridad insólita, en acción: fuimos teniendo lugares para pernoctar, comida, dinero, compañía, diversiones. Sin aquel apoyo, jamás habríamos salido adelante. Por aquella época las palabras de Kropotkin sobre la solidaridad cobraron para mí un nuevo sentido. Pudimos apreciar toda la grandeza y magnificencia del verdadero compañerismo.

La información sobre nuestro caso aparecía a cuentagotas. La situación iba empeorando. Sania y Mikola, acusados de varios delitos, se encontraban en prisión preventiva. Los agentes provocadores del KGB intrigaban, mandando mensajes falsos por internet y ejerciendo presión sobre nuestros familiares. Los métodos empleados contra Dima revestían un carácter especialmente cruel e inhumano. Mi compañero vivía un verdadero drama, pero su fuerza de voluntad era inquebrantable. Ninguna de las provocaciones del KGB había surtido efecto: sus procedimientos eran demasiado torpes, salvo algunas excepciones. Entonces decidieron infiltrar a un chivato. Con respecto a Buratino, se nos había puesto sobre aviso en numerosas ocasiones aunque no teníamos ninguna prueba directa de su traición. En absoluto queríamos correr riesgos, además, acabábamos de instalarnos por fin en un lugar seguro y de encontrar un trabajo decente. Pero, costara lo que costara, debíamos desenmascarar al judas. No se podía permitir que una persona así permaneciera en las filas del movimiento.

Antes de partir hacia el encuentro con él mandamos un mensaje a personas de confianza advirtiendo que si…

**4**

…Varios días después comenzaron las diligencias: los careos con las tres personas que habían declarado. Yo albergaba la esperanza, tenue por demás, de que no se atreverían a ratificar sus declaraciones en mi presencia. Arsén estaba totalmente abatido, Vetkin escondía la mirada y hablaba como un cobarde. Denia estaba muy nervioso, pero me miraba directamente a los ojos.

Por supuesto, los careos dejan un poso amargo: al final, todo tiene su precio. De momento, lo que no admite duda es que me han echado el guante en serio.

“¡Cambio de celda!”, sonó el orden del celador. Dos semanas de aislamiento han tocado a su fin; a partir de ahora compartiré celda con otros presos. Entro y saludo. Gente de lo más normal, con caras humanas. Me imaginaba a los delincuentes de otra forma. Se me acerca un chaval cubierto de tatuajes y pregunta: “¿Has sido de MTS?”. Aunque dicen que el mundo es un pañuelo ¡acaso podría haberme figurado que me cruzaría, en la prisión preventiva del KGB, que solo dispone de 18 celdas con un total de aproximadamente 60 plazas, con la persona que, lo mismo que yo, había sido durante algunos años seguidor del equipo de fútbol MTS-RIPO! ¡Verdaderamente el mundo es un pañuelo! Eso me subió el ánimo en seguida. Nos pusimos a fumar. Se llamaba Max, tenía 22 años, era antifa, aficionado al punk rock, fútbol y anfetaminas. Le habían caído nueve años por vender drogas (art. 328/3 del Código Penal, de 8 a 13 años de prisión). Otro chico, Kiril, un joven apuesto de 22 años, había trabajado en KGK (Comisión de Control del Estado) y estaba acusado de estafa (art. 209). Según la acusación, Kiril pedía dinero prestado a chicas enamoradizas para no devolvérselo jamás. El botín era sorprendente: ¡un millón y medio de rublos (375 euros) birlado a cuatro ingenuas! Jamás habría creído que por algo así uno podría ir a la cárcel, y más todavía a la del KGB, si Kiril no me hubiese leído extractos de su sumario. Vladímir, hombre de 55 años, antiguo funcionario municipal de Moguiliov. Unos años atrás se había apropiado de varias toneladas de arena para desviarla, transportada por un par de camiones, a su dacha. Más tarde cometió la imprudencia de entrar en conflicto con una persona equivocada, y ahora aquella arena le iba a costar cara: hasta 10 años de cárcel sin derecho de ser amnistiado.

Días y semanas fueron pasando… Compartir prisión con personas adecuadas es mucho mejor que estar encerrado en una celda de aislamiento. Los problemas relacionados con la falta de gran cantidad de cosas necesarias para la vida cotidiana de un preso se van resolviendo: ajo, cebolla, cerillas, hervidor, bolígrafo, lápiz, hoja de papel, sobre, palangana, hilo de coser, artículos de higiene: imposible recordarlo todo. Pero lo que es más importante, uno se va formando idea acerca de cómo va a ser su estancia en la cárcel al conocer cuestiones que tienen que ser resueltas por vía administrativa y la forma de resolverlas, tendencias que se dan en ese momento dentro del sistema judicial, plazos aproximados de la fase de instrucción, artículos de Código Penal que especifican delitos que pueden ser imputados a uno. Es decir, un análisis bastante completo de la situación de un preso. Aunque lo principal es el sentido del colectivismo. La solidaridad entre presos se desarrolla rápidamente, eso que la *Amerikanka* carece de una cultura carcelaria arraigada. Se dan todas las formas naturales de la interacción humana: comunicación, ayuda mutua, complicidad, juegos, bromas y, por supuesto, la risa. La desgracia une, y queda patente que la persona individualista y de carácter cerrado se vuelve más sociable y solidaria en la cárcel. El acto de cocinar, de limpiar, de lavarse, y aun un simple desplazamiento por la celda, en solitario o en grupo, exigen una coordinación constante con los demás. En resumen: el miedo inicial ante lo desconocido y la dureza de la vida en prisión desaparece. Y es que, muchas veces, el peor enemigo de uno es su propia imaginación desaforada. Muy pronto, las circunstancias se encargarían de corroborar esa verdad. Todos los que estuvimos recluidos en la *Amerikanka* en aquella época fuimos testigos de ello.

Pero mientras, jugábamos al dominó y a las damas, al *footbag* en el patio, mirábamos la tele por las noches, nos contábamos chistes e historias.

Fueron llegando cartas de familiares, amigos, compañeros y desconocidos, con palabras de ánimo y apoyo. Tuve cita con el abogado. Este apareció ante mí como una especie de mensajero de aquel mundo que me era tan familiar y a la vez absolutamente ajeno a ese vacío pétreo en que me encontraba ahora. Su visita me subió el ánimo y me reafirmó aún más, si cabe, en la idea de que yo no estaba solo. El sentimiento de autoconfianza se sobreponía de forma aplastante a las voces de desesperación y los lamentos a propósito de la vida y la carrera truncadas, las comodidades perdidas y fruslerías semejantes. Para qué mentir, todo preso deplora durante el primer tiempo ese tipo de cosas. La cuestión es si esos lamentos no pasarán del “primer tiempo” o, por el contrario, no dejarán de atormentarle en adelante.

5

Supimos los resultados de las elecciones presidenciales de 2010 por Oleg Korban, que llegó a la celda la noche del 19 de diciembre. Nos contó además que decenas de miles de personas habían salido a la calle, provocando disturbios delante de la Casa de Gobierno. Ver para creer…

Al día siguiente vimos en el pasillo decenas de planchas de madera, de las que se montan literas para presos, la mayor parte de las cuales estaban recién cortadas y cepilladas, lo que denotaba una preparación previa. Algo que, a su vez, hizo sospechar que…

Lo que estaba claro era que las detenciones habían sido masivas. En el noticiero se hablaba de 600 detenidos. A cuántos detuvieron en realidad no lo sabremos nunca. A Oleg se lo llevaron al día siguiente. En su lugar, trajeron a Anatoli Lebedko, presidente del OGP (Partido Civil Unificado). A ese partido, nosotros le cambiamos el nombre al llamarlo en broma OPG (grupo criminal organizado). Sonaba más adecuado para el lugar –las mazmorras chequistas- en que nos hallábamos. Anatoli, siendo un veterano de la política, había tomado parte en multitud de acontecimientos, incluyendo la llegada de Lukashenko al poder: una ironía del destino. Todo eso, sin embargo, no fue óbice para que nos ganara a todos al dominó u otros juegos que se practican en la cárcel, juegos que él habría aprendido probablemente en otros centros de detención provisional. En señal de protesta, Lebedko se declaró en huelga de hambre que mantuvo, armado de coraje, hasta el fin de año.

Viendo el panorama, se generalizó la opinión de que lo que se proponían las autoridades era meterle algo de miedo a la oposición al mantener a los detenidos en prisión durante unos diez días. La peor trastada que esperábamos por parte del poder era que no pusieran a los compañeros en libertad hasta un par de días después del fin de año, para así joderles las fiestas. Aun esa idea se nos antojaba casi irreal. El régimen dictatorial bielorruso nos había habituado a pensar de él que era de lo más blando y, en principio, incapaz de cualquier acción sería, sosteniéndose exclusivamente en la mentalidad esclava del pueblo.

No dimos ninguna importancia a la aparición en la cárcel de guardias con ropa de camuflaje y pasamontañas. Como la prisión estaba a reventar era lógico que se reforzara la vigilancia. No sabíamos qué significaba en verdad la llegada de aquellos miembros de OMON\*. Presos con experiencia entre nosotros no había… Al principio, respondíamos iracundos ante la orden “¡morro contra el suelo!”, achacando la grosería y brutalidad de aquellos matones a su condición de geos. Aun cuando nos pusieron de cara a la pared con las piernas separadas en el gimnasio donde nos llevaron especialmente para cachearnos, nos lo tomamos a guasa, pensando que se trataba de un vacile barato, un intento de intimidación o una torpe farsa que no tardaría en acabar. ¡Si todo el mundo, todo el Occidente, según creíamos, vigilaba lo que estaba sucediendo entonces en Belarús!

Las ilusiones se desvanecieron cuando nos privaron de la televisión y los guardias por poco le provocan un ataque cardíaco a Vladímir respondiendo a sus insistentes pedidos de asistencia médica con un “si la diña, se lo llevamos y punto”. En el patio, ahora nos obligaban a caminar en círculo, y a las diez de la noche el 31 de diciembre a Lebedko, con todas sus pertenencias, se lo llevaron de la celda, para traerlo de vuelta media hora más tarde… La prisión había cambiado, lo mismo que el país entero. El régimen dio un paso inequívoco hacia una dictadura sin ambages, demostrando confianza en su poder, solidez e impunidad.

Aquel Fin de Año fue el más increíble de mi vida. Aun en un sueño más fantástico me habría imaginado que celebraría la llegada del 2011 en las mazmorras del KGB, en una compañía tan peculiar, con coca-cola y pastel de chocolate sobre una mesilla de noche, al son de canciones viejas y con el presentimiento confuso de una batida grandiosa.

Vladímir, el de más edad entre nosotros, pronunció un brindis de tipo “¡Qué guay que nos hayamos reunido todos aquí!”\*. Lebedko, cuando le tocó brindar, fue breve. “¡Zhivé Belarús!”\*, dijo.

6

El 2011 empezó mal. El uno de enero, mientras paseábamos en el patio, Max y yo dibujamos con nieve sobre el muro una carita sonriente y el eslogan “*Vivat anarchia*”. Nada más volver a la celda, en el “comedero” asomó la cabeza del guardia, que preguntó: “¿Quién es el listo que ha pintado ahí fuera?”. Me hice responsable y fui solo al patio para borrar aquello. Error. Luego, en el patio, no di importancia al hecho de que dos “pasamontañas” me hubieran seguido hasta allí. De golpe, me ordenaron que me quitara el jersey, tejido por mi abuela, y borrara con él lo que había dibujado con nieve. Por supuesto, me negué. Acto seguido recibí un porrazo en la cabeza. Los primeros segundos me quedé en estado de choque: parecía inconcebible que aquellos dos creyeran de verdad que una persona cuerda se desvestiría con el frío bajo cero, para limpiar con su propio jersey aquel muro áspero y sucio. ¡Pero era precisamente lo que ellos pretendían! Orden, negativa, golpazo, orden, negativa, golpazo… Me pegaban en la cabeza, en los oídos, en el cuello, en la entrepierna, debajo de la rodilla, sin contar coscorrones en los ojos y los dientes. Me hervía la sangre; automáticamente, apreté los puños. Al darse cuenta de mi estado, los “pasamontañas” se alejaron un par de pasos y, blandiendo las porras, me gritaron que abriera las manos, pero yo ya no les oía. La repentina aparición de un guardia rebajó la tensión: en su presencia, aquellos dos no se atrevieron a proseguir. El cuerpo me ardía por dentro… En el camino de regreso a la celda, al pie de la escalera, me volvió a detener una pareja de “pasamontañas”. No pude precisar si eran los mismos de antes. Me ordenan que baje la cabeza. Me niego. Recibo un fuerte golpe en la parte posterior del cuello. Me niego. Otro golpe. Me niego. Entonces, el verdugo, totalmente desquiciado, vocifera: ¿Qué eres? ¿Hombre de principios? –Lo soy- respondo-.No acabo de entender ¿eres *vor*\*? -No-.Entonces, la puta que te parió, ¿qué principios defiendes? -¡La libertad! -¡Y una mierda! ¡Largo de aquí!- siguió vociferando. Un histérico…

Por la mañana del día siguiente las torturas continuaron. Me cogieron mientras regresaba del cuarto de baño. Esa vez los “pasamontañas” estaban todos, eran cuatro o cinco. Me cerraron el paso y me ordenaron que bajara la cabeza. Me negué. Recibí un par de golpes, pero seguí en mis trece. Me pusieron de cara a la pared y me hicieron separar las piernas. Preguntaron si iba a seguir negándome. Mi respuesta fue afirmativa. Acto seguido me derribaron con una patada en las piernas. Me caí sobre los codos y las rodillas. Intentaron alzarme, pero yo ya estaba fuera de mí, un velo rojizo me cubría la vista. Ese ya no era yo. Giraba en el suelo como una peonza, intentando rechazar sus agarrones. Al fin consiguieron reducirme y esposarme. Me arrastraron hasta el gimnasio. Una vez allí, me apoyaron la cabeza contra la pared y me separaron las piernas a patadas, desgarrándome la piel sobre la pantorrilla. Me golpearon en el plexo, en las costillas, pero ya no sentía el dolor. Gran cantidad de adrenalina fluía en mi sangre. Entonces, me acercaron a la cara una pistola eléctrica. Daba miedo, y me apreté los dientes con más fuerza. Se produjo una negociación. Acordamos que, a la orden “¡cabeza abajo!”, solo bajaría la mirada. Al menos eso. Mientras tanto, me desinfectaron con disimulo las heridas, probablemente con agua oxigenada.

Al día siguiente pedí cita con el médico, para que atestiguara los traumatismos recibidos. Sobre la frente tenía un hematoma; las rodillas y los codos estaban magullados; sobre la pantorrilla, una cicatriz; de los labios y un oído, mejor no hablar. Pero, en vez de al médico, me llevaron ante el coronel Orlov, director de la prisión: un tipo bajito aunque con aire autoritario y seguro de sí mismo, que me recibió en un despacho amplio y bien equipado.

-¿Usted es terrorista?- me preguntó con dureza.

-Qué va.

-¿Por qué agredió entonces a dos guardias? Aquí tengo los partes. Uno tuvo que pedir la baja, el otro tiene lesión en una mano.

¡Vaya! Le conté cómo había ocurrido todo, pero el coronel se mostró terminante al aprobar el modo de actuar de sus subordinados.

-Aquí es como en la mili- siguió Orlov-. El reglamento exige que el castigo se aplique, aun cuando uno no es culpable. Lo que interesa es que haya disciplina, no quiero problemas. ¿Acaso no se da cuenta de lo graves que son los problemas que nuestro país tiene que enfrentar?

Mientras regresaba a la celda, empecé a comprender que allí todo estaba bien atado y que los abusos a los que se me había sometido no eran fruto de casualidad. Lo mismo que la llegada a la prisión de Orlov, que había relevado al anterior director justamente después de las elecciones. Si hasta entonces las cosas no habían sido fáciles, ahora pintaban realmente negras.

7

Mis días en la prisión, ya de por sí sombríos, fueron convirtiéndose en tormento. La jornada comenzaba a las seis de la mañana, con los “pasamontañas” vociferando en el pasillo mientras se llevaba por turnos a los presos al retrete. Mientras golpeaban con sus porras en las paredes, los pasamanos y el suelo, no paraban de gritar “¡cabeza abajo!”, “¡más rápido!”, “¡corriendo!”, con el mismo tono con que los SS gritaran “*Schneller!*” a los judíos en Auschwitz camino de las cámaras de gas. Las puertas de las celdas chirriaban al abrirse. No importaba la celda de procedencia de cada preso: el trato vejatorio era el mismo para todos.

Todo aquello, en conjunto, creaba una cacofonía áspera y sonora, que minaba la fuerza de voluntad y alimentaba el miedo. Después de la ronda matutina de guardia, la tortura volvía a empezar. Comenzaba a las 8.30, la hora del paseo del primer turno, y luego se repetía cada una o dos horas hasta las 12.30 cuando el último turno regresaba a sus celdas. Según nuestros cálculos, se llevaban a cabo unas seis carreras de las celdas hasta el patio y otras seis del patio hasta las celdas (a los presos de cada celda se los llevaba de paseo a un patio distinto, y en total había seis). Si las carreras eran menos, deducíamos que los presos de ciertas celdas se habían negado a salir. Con el paso del tiempo, advertimos sin embargo que la dureza del trato variaba en función de cada preso. También en la cárcel se aplicaba el método diferencial.

Almorzábamos de una a tres: dos horas de tregua. Después de las tres comenzaba la ronda de cacheos. Si hasta entonces los registros se habían efectuado una vez cada mes y medio, ahora eran semanales (en nuestra celda, concretamente). Lo habitual era que nos llevaran al gimnasio, donde nos obligaban a desnudarnos y hacer varias flexiones de piernas. Después de registrarnos la ropa, nos ponían de cara a la pared, con las piernas separadas y, a menudo, con el reverso de las manos apoyado contra la pared, como se hace con los que cumplen cadena perpetua. Recuerdo que en una ocasión, mientras se llevaba a cabo el registro, nos tuvieron de esa manera a Max y a mí durante media hora. La primera vez no había sido “nada”, unos cinco minutos, aunque también eso acabó pasándonos factura: apenas pudimos mover las piernas luego. Después de media hora de estar en aquella posición, ya no piensas en nada: te aguantas para no desmayarte, los brazos te tiemblan terriblemente y en el suelo, junto a tus pies, se forma un charco de sudor, de tu sudor.

A las 16.30 nos volvían a llevar al retrete, de la misma forma como lo hacían por la mañana. Luego continuaban los cacheos, hasta las 18.00. La cena. A las 20.00 se producía el cambio de guardia. Los celadores recién llegados intentaban, a su vez, organizar para nosotros alguna “actividad” extra. Lo habitual era que realizaran el así llamado “registro personal”. Consistía en que el recluso tenía que juntar todos sus efectos personales dentro de una bolsa, enrollar el colchón con las sábanas, empaquetar las provisiones de comida, etc. Luego le hacían ir hasta el gimnasio cargando con todos los bártulos, y si al principio aún se podía llevarlos por separado, acabaron por obligar a cargarlos todos de una vez. Una vez en el gimnasio, los celadores vaciaban las bolsas, registraban la ropa, las cartas y los paquetes, y entonces el preso tenía que volver a juntarlo todo. Por si eso fuera poco, se le metía prisa constantemente. “¡Más rápido! ¡Muévete!”, ordenaban. Si el interno, desde su punto de vista, lo hacía demasiado despacio, le obligaban a volver a hacerlo todo desde el principio. De modo que, en vez de colocar las cosas dentro de la bolsa ordenadamente, había que meterlas de cualquier manera: el tiempo escaseaba, ya que por ahí había muchos otros esperando su turno. Lo peor era el camino de regreso a la celda. Al principio, podíamos volver caminando, pero luego ya se nos obligaba a correr. Al final, las carreras eran continuas. Una vez cargábamos las bolsas y los colchones, con las sábanas continuamente a punto de caer, nos ordenaban subir corriendo una escalera angosta y empinada. Pocos metros antes de llegar a la meta, los verdugos nos daban el alto y nos hacían desandar el camino. Y luego vueltos a subir… ¡Aun una persona físicamente muy fuerte no lo habría resistido! Llegábamos a nuestras celdas echando espuma por la boca como caballos, para recostarnos enseguida dejando los bártulos sin deshacer: tanta apatía se apoderaba de nosotros.

Tras torturarnos “anímica y corporalmente”, los verdugos se ponían con nuestra mente. De 18.00 a 22.00, en CCTV (la tele convencional la habían desconectado todavía en diciembre) ponían distintos programas, noventa por ciento de los cuales eran una auténtica basura. En la pantalla aparecían místicos, historiadores impostados, guerrilleros chechenos, terroristas, politicastros, drogadictos, conspiradores sionistas, el dólar chupasangre, es decir, figuras destinadas a meter miedo al ciudadano medio. Habría sido soportable si no se repitiera todos los días, decenas de veces. Una sensación machacona de zozobra y peligro laceraba la mente. Por lo visto, se buscaba provocar distintos trastornos nerviosos, en primer lugar, la neurastenia. Aquel atontamiento televisivo era lo peor de todo. A ciertos presos lograban provocarles un estado de pánico y autoflagelación. Además, echaban programas de contenido manifiestamente ultraderechista, como RUSTV y Kulikovo Pole\*, o películas de tipo “La Rusia acuchillada por la espalda”, etc. Resultaba absurdo que, por medio de aquellos programas, se intentara convencer a los reclusos de que Putin fuera judío y Rusia un país sionista. De tiempo en tiempo entraban celadores en compañía de los “pasamontañas” armados de porras, para comprobar si estábamos atentos a la pantalla. Pasado un tiempo, empezaron a hacer trampas, poniendo sonido de fondo, para acabar quitándolo del todo.

El paseo en el patio, que duraba entre una y dos horas, era una válvula de escape, a pesar de los lúgubres muros color gris mate que rodeaban un espacio de seis pasos de largo y tres de ancho (había patios más pequeños). Los guardias en la torre de vigilancia ponían la radio (más tarde ni eso) o discos de música electrónica bastante decente. Pero también en el patio los verdugos consiguieron amargarnos la vida, obligándonos a caminar en círculo; al principio, con las manos a la espalda. A quien se negaba se lo mandaba de vuelta a la celda. Entonces, una parte de los internos renunció por completo al paseo. Empezaron a obligarles a salir. Costaba mucho caminar durante dos horas en círculo cuando 15 minutos después del comienzo del paseo el suelo del patio se convertía en una pista de patinaje. Naturalmente, no hubo quien echara arena sobre el hielo. Tan solo varias semanas más tarde, cuando empezó el deshielo y todos los días había alguien que resbalaba en aquel lodo, cubrieron el suelo con arena.

De un día para otro las cartas dejaron de llegar. En diciembre había recibido un fajo de ellas, pero desde el mes de enero llegaban a cuentagotas, y de personas muy concretas: padres, familiares, un par de amigos, más algunas cartas de ciertos compañeros cuyo contenido político venía en una clave difícil de descifrar. Los intervalos entre carta y carta (de unos días a un mes) variaban en función de nuestro comportamiento y de lo que hablábamos dentro de la celda. Las cartas enviadas desde Minsk tardaban en llegar dos semanas la media.

Las cartas ¡qué cosa perversa! Suben mucho la moral, sobre todo cuando abundan en detalles de la vida cotidiana. Pero la perversidad radica en el hecho de que los verdugos, regulando y filtrando el volumen de correo, pueden crear una impresión falsa, tanto acerca de lo que sienten realmente los que están fuera a propósito de los que están dentro, como sobre el auténtico estado de cosas inframuros. Por ejemplo, te han escrito varias personas con las que mantienes relaciones más o menos similares en cuanto al grado de proximidad, pero los carceleros dejan que solo te llegue una carta y la próxima vez ninguna. Eso crea la impresión de que se han olvidado de ti y de que nadie te quiere. O te hacen llegar varias cartas seguidas con malas noticias. Eso pesa. Por supuesto que, racionalmente, entiendes que se trata de una engaño, pero el gusanillo de la duda te corroe. Es algo inevitable, por lo que los carceleros se aprovechan de ello. En situación de vacío informativo, el suministro selectivo de información te influye aunque no lo quieras. En esas circunstancias, hay que repetir, como si fuera un mantra: “Alguna vez sabré la verdad”, cosa que hacía diariamente. A pesar de aplicar constantemente el filtro, no pudieron impedir que se les escaparan algunas cosillas. Un par de cartas, no por su contenido sino por el simple hecho de haber sido escritas, me ayudaron a desentrañar todo un cúmulo de mentiras por parte de la policía, de modo que supe cierta información contenida en mi sumario que pensaba explotar en beneficio propio. La información es oro. Las noticias que me hicieron llegar mis amigos cuando entré en prisión me proporcionaron un punto de apoyo adicional. Los amigos… ¡Cuánto entendimiento mutuo, cuantos caminos, fiestas locas y aventuras arriesgadas compartidas! Parecía que duraría eternamente. ¿Quién se habría imaginado que, en vez de asaltar en un juego de rol, disfrazados con cota de malla y yelmos, un castillo de madera, acometeríais con vuestras cartas las mazmorras del KGB? Fue inapreciable vuestra ayuda en forma de mensajes con palabras de apoyo que llegaron a mí. Esas palabras, al remover la memoria, ayudaron a no olvidarme de quién era yo e impidieron que los verdugos hicieran de mí un muñeco ciego y obediente.

8

A principios de enero, se produjeron cambios, que fijaron definitivamente quiénes serían los cobayas que permanecerían en aquella jaula-laboratorio, conocida como la celda Nº4: en sustitución de Vladímir y Lebedko llegaron Sania Molchánov y Alexánder Feduta, ambos presos políticos.

Molchánov fue detenido a principios de enero en Borísov: lo “identificaron” en una grabación de video. Era enjuto, tenía aspecto enfermizo y parecía un estudiante idealista. Quizá por eso lo trataban con especial dureza. En su caso, las carreras forzadas a través del pasillo y las escaleras arriba y abajo eran algo habitual. Los celadores le gritaban a menudo, le agarraban de la cabeza y el cuello y, en general, no dejaban de hostigarlo. Los chequistas le buscaron las vueltas con insistencia desde el primer día, consiguiendo que confesara e hiciera acto de contrición ante las cámaras. Recuerdo: las puertas de la celda se abrieron y entró un “pasamontañas” – ¡a cara descubierta!- blandiendo la porra. Creímos que acto seguido comenzaría un “baile de máscaras”, es decir, la paliza general, pero el tío agarró únicamente a Sania y se lo llevó al pasillo. Encima, lo hizo de tal forma como si lo llevara a fusilar. La pregunta de Kiril “tíos, ¿y ahora qué?”, después de que las puertas se cerraran tras aquellos dos, quedó sin respuesta.

Con el tiempo, fuimos conociendo mejor a Sania. Participante desde muy joven del movimiento por la democracia, había estado en muchas movidas para los veinte años que tenía. En su momento, se salvó de milagro de ser investigado por el KGB, al sospechar a tiempo que le habían tendido una trampa. Fuera de actividades políticas, practicaba *stalking*\*, leía y navegaba en internet. Ese modo de vida tan positivo le llevó a convertirse en una especie de celebridad durante los disturbios del 19 de diciembre. Las cámaras de televisión grabaron cómo arrancó la bandera nacional de la sede del KGB y luego agitó la enseña blanca y roja\*, de pie sobre el techo de una máquina quitanieves... Tras cada sesión de tortura, Sania no perdía la moral y rajaba de los chequistas, jurando como un carretero aunque sabía que se nos espiaba en todo momento.

Alexánder Feduta tenía 46 años y llevaba gafas. Tanto en lo físico como en lo político era un hombre de talla grande. Y no sólo durante las elecciones. Lo suyo eran tecnologías políticas: había sido jefe del equipo electoral de Nekliáyev\*. Tenía aire de humanista del siglo XVIII a la vez que de eminencia gris. Poco faltaba para que se lo llevaran a interrogar también durante las noches: entre ocho y doce horas diarias en poder de los inquisidores era normal para él. A pesar de su condición de tiburón político, no tardamos en hacer buenas migas con él. En otro tiempo, Alexánder había sido maestro de escuela, un activista del komsomol y reportero, llegando a entrevistar al mismísimo *Gorbi*. Luego pasó a ser uno de los lugartenientes de Lukashenko, para acabar covirtiéndose en su rehén. Es la vida. Además de político, Alexánder resultó ser un escritor profesional y gran contador de historias. Esa virtud suya la explotamos activamente. Recuerdo cómo, después de acostarnos por la noche, escuchábamos a Feduta relatar, conteniendo la respiración, numerosas historias de viajes y “Conde de Montecristo”. Era interesante observar las muecas de los compañeros de celda, en el momento en que Alexánder narraba el episodio del acto de venganza de turno llevado a cabo por Edmond Dantes: seguro que cada uno se imaginaba a sí mismo en el papel del conde. Mis fantasías sanguinarias –qué casualidad- giraban en torno a cuatro personajes, cuyo número era igual al de los enemigos jurados del conde de Montecristo.

Cuánto mayor era la presión sobre nosotros, tanto más alto resonaba la risa dentro de la celda y más nos aficionábamos a los juegos de mesa. El juego que de más popularidad gozaba entre nosotros había sido inventado por convictos y en seguida bautizado “cucarachita” por Feduta, que tenía un genoma de intelectual. Eso, por supuesto, le valió numerosas bromas.

La solidaridad, que se practicaba en nuestra celda, ayudaba a hacer frente a la pesadilla diaria del encarcelamiento. Risas como relinchos y humor negro hacían las veces del mecanismo de defensa psicológica, ya que la razón era incapaz por sí misma de aceptar la realidad.

En lo que se refiere a la comida, en nuestra celda se había instaurado el comunismo. Normalmente, a la hora del almuerzo y la cena, nos sentábamos todos juntos alrededor de la mesa –una mesilla de noche cubierta con una hoja de diario-. Lo habitual era que Kiril, y más tarde yo, preparara la ensalada. Se cortaban las verduras, la cebolla, el pan, la panceta y el embutido. Algún tiempo después yo volvería al vegetarianismo e incluso convencería a Max que hiciera lo mismo. El té, el café, las galletas, los dulces y la fruta también se compartían. Sencillamente, cada uno evitaba excederse en el consumo de aquel producto que escaseaba, y en ese sentido jamás tuvimos ningún problema.

De todos modos, con el aumento de vejaciones que sufríamos por parte de nuestros verdugos, había días en los que apenas si nos hablábamos dentro de la celda, presas de miedo y desesperación. Oponíamos resistencia: cada vez eran más frecuentes las conversaciones en susurros, dentro del ángulo muerto de la celda, inaccesible para las cámaras de video vigilancia. Cuando se nos obligaba a desplazarnos corriendo, con las manos a la espalda y la mirada baja, colocábamos a la cabeza a Feduta por su corpulencia: de ese modo, nadie se quedaba rezagado y el último de la fila se ahorraba ser arreado con la porra. Los verdugos trataban de romper nuestra solidaridad. Se las arreglaban para efectuar un registro de la celda o el “cacheo personal” en el momento preciso en que, olvidados de todo, estábamos en pleno juego. O realizaban un registro selectivo, para suscitar suspicacias entre nosotros. Eso, a pesar de nuestra resistencia y sin que fuéramos conscientes de ello, nos dejaba cierto poso amargo. Como se supo después, ese era justamente el propósito de nuestros verdugos. Estos no desdeñaban siquiera recurrir a la mentira directa. Así, cuando regresó del interrogatorio de turno, Feduta nos preguntó nada más cruzar el umbral de la celda: “Tíos, ¿qué os hice para que pidierais que me trasladaran a otra celda?”. Nos quedamos atónitos en vista del descaro con que habían mentido a nuestro compañero. Con todo, nada de qué sorprenderse: en otra ocasión, habían amenazado a ciertas personas con encerrarlas en nuestra celda en la que, según afirmaban, estaban recluidos terroristas y drogadictos. No conviene creer que si aquellas mentiras colaban fue exclusivamente a causa de la ingenuidad de los internos: el recién nombrado director de la prisión en persona –el coronel Orlov- impartía clases magistrales de la manipulación.

9

Las visitas al despacho del “amo” de la *Amerikanka* son un tema aparte. En medio de aquel pandemónium, su oficina era un oasis de paz y tranquilidad. A la hora de recibir a los reclusos solía mostrarse amable, tenía don de palabra y sabía escuchar. No bebía ni fumaba. Contaba de sí mismo que había participado en misiones especiales en las montañas y estado encarcelado en algún lugar de Asia. Costaba creer que no era otro sino él mismo el que dirigía las torturas, jugando con nosotros como un gato con un ratón y moviendo los hilos de toda aquella tragicomedia. No cometía torpezas, a diferencia de otros instructores. Como quien no quiere la cosa, podía pedir tu opinión sobre algún compañero de la celda. O imponerte su punto de vista, recurriendo al truco de rechazar una postura aún menos aceptable, etc. Recuerdo cómo me propuso ver unas fotos en las que, supuestamente, se veía a Lebedko romper disimuladamente la huelga de hambre. En esa ocasión, se equivocó sin embargo, puesto que ya había intentado con otro interno aquella treta, que consistía en que el ordenador “se quedara colgado repentinamente” justo en el momento de abrir el archivo con las fotos. De modo que, esa vez, no logró sorprenderme. También los expertos se equivocan. Aparte, tuve la ocasión de conocer de primera mano el estado que presentaba Lebedko tras varios días de huelga de hambre: estaba lívido y sufría mareos. Para justificar la penosa situación de los reclusos, Orlov hablaba de “la respuesta que era necesario que diera el país ante las difíciles circunstancias del momento”. Al comparar las fuerzas opositoras con los líderes de la Revolución Francesa, afirmaba que aquellas “hacían evolucionar la situación hacia el terror, y estaba por ver quién de los dos bandos enfrentados acabaría siendo más violento”.

En su presencia, yo tenía que mantener la concentración todo el tiempo, atento a las palabras y la lógica de los razonamientos, tanto los míos como los de él, temeroso de caer en una trampa. No era nada fácil. Imposible evitar el riesgo de expresar alguna opinión o mencionar algún detalle que, posteriormente, el coronel pudiera aprovechar para dar más peso a su discurso, con el fin de sembrar cizaña, interrogando a otros presos. Era imposible no hablar con él. En más de una ocasión, aunque mi intención inicial era responderle con monosílabos, Orlov conseguía hacerme hablar una y otra vez. Lo mismo que aquel coronel del 4º departamento, conocía bien su oficio. El juego de té de su despacho era bonito, sobre el escritorio siempre había dulces y coñac: parecía de película. Pero ¡jamás uno debe dejarse convidar por su verdugo! Se lo hice saber el primer día y se lo repetí cada vez que me ofreció té con melindres. Muchos opinan que eso carece de importancia argumentando que si el polizonte se porta de forma correcta y educada no hay por qué rechazar la invitación. ¿Y qué hay entonces de todas aquellas mentiras y vejaciones que sufren los presos? Carceleros hay de dos tipos: malos y muy malos. Es un axioma. Ningún acto de amabilidad por su parte es gratuito, su propósito es suscitar en el recluso una confianza inconsciente. De los métodos que Orlov practicaba en su trato con los internos puedo destacar “la sintonización mediante la conexión con el sistema de valores”, es decir, la coincidencia parcial con los puntos de vista del interrogado, o “el reflejo”, en otras palabras, la reproducción de la postura de este. Lamentablemente, mis conocimientos en esa materia son más bien escasos, por lo que el sentido de gran parte de aquellos trucos psicológicos quedó fuera de mi alcance.

Yo tomaba contramedidas. A modo de autodefensa, mientras miraba con media sonrisa al coronel, repetía una y otra vez para mis adentros: “Él es quien me presiona, me ahoga, me humilla, hace daño a mis seres queridos. Él es el enemigo. Todo lo que dice es mentira”.

El odio al enemigo… Un conocido mío decía que, para conquistar a una chica, había que desnudarla con la mirada. Adapté esa técnica para mi situación: me imaginaba que agarraba a Orlov del cuello y lo estrangulaba mientras este, con los ojos desorbitados, asfixiándose y echando espuma por la boca, emitía ruidos roncos, presa de pánico e incapaz de sacudirse mi mano de hierro. ¡Funcionaba muy bien!

Orlov hablaba sin tapujos sobre métodos de tortura y su dimensión moral. Afirmaba que su objetivo era hacernos dudar. No dijo nada cuando le recordé que eso contradecía el principio de presunción de inocencia. De todas formas, ya estaba comprobado que, para él y sus semejantes, la condición de sospechoso era igual a la de culpable. ¡El KGB, a diferencia de los simples mortales, jamás se equivocaba!

De las conversaciones con él, supe que al conjunto de los presos de cada celda y a cada recluso por separado se les dispensaba un trato individualizado. En total, había 18 celdas y aproximadamente 60 internos, lo cual no requería por parte de la dirección grandes recursos técnicos ni humanos. Se planificaba con precisión en qué momento, dónde y cuántas veces se debía sojuzgar a cada preso. Dónde llevar a cabo el cacheo, a quién hostigar personalmente, en qué celda dejar encendida la luz durante toda la noche, en cuál prohibir fumar. Aun a quién provocar durante el desplazamiento al cuarto de baño o al lugar del paseo. En mi presencia, Orlov dio por teléfono la orden de dejar en paz a Molchánov por dos días. Sobra decir que los cambios de celda eran continuos, en función de si se pretendía complicar o, en cambio, facilitar la existencia al interno.

-El mundo es una guerra entre manadas de lobos. Los fuertes se imponen a los débiles. Yo me identifico con la manada de la que formo parte, de modo que su bienestar es el de mis familiares, parientes, miembros de mi tribu- se sinceraba Orlov mientras exponía su credo. Ante semejante clase de patriotismo, yo tenía argumentos que esgrimir-: Eso lo que dice es un clásico del fascismo. Lea a Mussolini, le gustará- replicaba yo-. Usted, desde luego, acierta al describir de ese modo la fisionomía actual de la civilización humana, nada que objetar. Con los lobos está todo claro. Mas ¿qué les queda a los simples antílopes a cuyas expensas sobreviven aquellos?

Por lo visto, a los antílopes no les quedaba otra opción que partirse el espinazo currando e ir preso, dando de comer a los lobos y entregando su propia piel para fabricación de cintos y macutos para el ejército. Mientras tanto, a los antílopes, en función de lo bien que se portaran, se los llevaba a interrogar por el jefe ya de forma civilizada, sin esposar, ya en forma de “golondrina”, es decir, con las manos a la espalda, encadenadas y alzadas hasta el punto de que uno podía besar sus propios zapatos. Tuve que caminar en aquella postura de pasillo en pasillo, escalón tras escalón, como si fuera un condenado a cadena perpetua\*. En una ocasión, los guardias se olvidaron de cómo tenían que llevarme ante el coronel. Le telefonearon para aclararlo. “Haré que eso parezca Guantánamo”, amenazaba Orlov. Así fue cómo *Amerikanka* fue rebautizada en *Guantánamka*.

10

A finales de enero trasladaron a Feduta. Con su marcha cundió el desánimo en la celda. Yo mataba el tiempo leyendo una enciclopedia de psicología, que finalmente me habían permitido comprar, tras varias semanas de insistir. Por las noches, aprendía a dibujar con la ayuda de un manual para autodidactas, que me habían hecho llegar mis padres. O hacía flexiones en el suelo o las literas, que utilizaba a modo de barras paralelas.

De vez en cuando, se dejaban oír rugidos, que helaban la sangre, de los “pasamontañas” que, según su costumbre, hostigaban a la víctima de turno en el pasillo. Eso hacía que cundiera el pánico en la celda. Tan solo el ejercicio físico apenas si ayudaba a conservar la compostura.

En secreto, elaborábamos posibles guiones para la película “Saw 8: Siempre presentes”. Con nuestros carceleros en el papel de víctimas, por supuesto. Desbordábamos odio, y nuestra imaginación hervía de fantasías sangrientas. Nuestras risas sonaban cada vez más histéricas. El peculiar humor carcelario, desarrollado en la situación de encierro y cambio radical de condiciones de vida, elevado al grado de un código de comunicación, había reemplazado, en nuestro caso, las bromas habituales entre seres humanos.

**“cita Orwell…”**

Ese fragmento extraído de “1984” de George Orwell describe de forma cabal el estado psicológico en que nos hallábamos. Solo que la luz en nuestra celda no se apagaba nunca. Una bombilla de 100 W iluminaba la celda por el día, y durante la noche se encendía otra cuya luz era tan potente que uno podía leer. Algunas veces, tuvimos que dormir varias noches seguidas con las dos bombillas encendidas. Ante nuestras quejas, el celador respondía impotente: “Estoy cumpliendo órdenes”. Con cada semana que pasaba, nuestra situación empeoraba progresivamente. De modo semiconsciente, deseábamos que llegara ya el desenlace, sin importar cuál, porque ya no podíamos seguir así pues estábamos al límite.

Entonces, se sucedían momentos de “la segunda ola”. Una cosa es sentir la pérdida o la impotencia de luchar contra algo. Aunque, mientras ese “algo” está presente, sigues poseyendo consciencia de ti mismo, de tu situación y de lo que eres. Otra cosa muy diferente es empezar a creer que no hay ni habrá *nada*. La monotonía de la escasez mortifica, hasta el punto de que a uno ya ni se le pasa por la cabeza que las cosas pueden ser de otro modo. Un calabozo en medio del vacío, con pocos estímulos externos, siempre los mismos. La sensación de la pérdida del sentido del tiempo, del principio y del fin. Uno está recostado en la litera sin poder levantarse, ya que no acierta decidir qué es más importante para él en ese momento: la llegada de un meteorito o el acto de tomarse un té mientras se puede, pues aún no le han requisado el hervidor. La desintegración esquizofrénica de la conciencia. Entonces, como si no estuviera en sus cabales, uno se pone a preparar frenéticamente la ensalada, cortando todo ingrediente que encuentra a mano, hace flexiones o se fuerza para jugar una partida de ajedrez. Las ocupaciones cotidianas se vuelven un ritual, una coraza contra la locura. También el miedo fue un visitador asiduo. Para combatirlo, solo se podía recurrir a una especie de auto terapia.

A veces, me hacía un ovillo en la litera tapado con la manta, para no ver ni oír nada, y contemplaba en secreto una foto que me había hecho llegar un desconocido desde Petersburgo. En la imagen aparecía una nube negra y compacta a través de la cual se adivinaba a duras penas el perfil de una escultura de piedra, en forma de puño cerrado. Parecía que la nube ya había envuelto la piedra por completo, pero esta seguía en pie, indestructible, como un faro en la niebla. ¡Cuánta gente sufrió la cárcel y campos de concentración, persecuciones y torturas! He leído mucho sobre el tema y sé que aquellas personas lo tuvieron realmente difícil. Cuántas de ellas perecieron en la miseria total y anonimato. Pero no se habían resignado ni habían dejado de luchar. Esa lucha –la que confronta la libertad y la esclavitud- es el leitmotiv de la historia de la humanidad.

Se sucedían épocas y civilizaciones, cambiaban los nombres, pero la esencia de la lucha seguía siendo la misma: el antagonismo de intereses entre el hombre humilde y los señores (representados por la estirpe, la fe, el dinero, el estatus). El Hombre versus el Poder: en todas las épocas. Soy tan solo una partícula minúscula en medio de esa tormenta de sentimientos, ideas, acciones; una gota dentro del océano, que, aunque existiría sin mí, no está formado sino por gotas como la mía, y cada una de ellas participa del ritmo general del latido oceánico. Que los verdugos hagan conmigo lo que quieran: soy el vencedor…

11

Para principios de febrero los “pasamontañas” ya estaban totalmente pasados de rosca. Recuerdo que era viernes, y en nuestra celda había tres enfermos de gripe. Estuvieron con fiebre y tiritera durante toda la noche anterior. Por la mañana fueron al médico, que les recetó unas pastillas. Ya era de noche cuando a Molchánov y a mí nos ordenaron salir con todas nuestras cosas al pasillo. Sabiendo por experiencia a lo que nos íbamos a enfrentar, dejamos en la celda los libros y otros objetos pesados. Desde el pasillo, nos condujeron al gimnasio aunque, por alguna razón y a diferencia de otras veces, a paso normal y sin gritarnos. Los guardias se portaron de forma sospechosamente pacífica. Eso no auguraba nada bueno. En el gimnasio vaciaron el contenido de nuestros bártulos en el suelo formando un montón confuso. Nos mandaron que nos desnudáramos y nos dejaron con los pies descalzos sobre un suelo de hormigón. Luego fueron al grano: “¡Recoged vuestras cosas! ¡Moveos! ¿¡Entendido!? ¡Más rápido! ¡¡¡Te lo digo yo!!! ¡¡¡¡A correr!!!!”.

Recorrimos escaleras y pasillos, hasta que nos introdujeron en la “celda para locos”\*, en el sótano. Allí nos volvieron a cachear. Luego nos pusieron de cara a la pared, con las piernas separadas, y se fueron para vigilarnos periódicamente a través de la mirilla en la puerta. Apenas si nos dieron tiempo para recoger nuestras pertenencias y vestirnos, antes de hacernos correr por el pasillo de nuevo, con el colchón enrollado debajo del brazo, hacia la escalera que conducía al centro de aquel neocoliseo. Arriba de la escalera me esperaba uno de los verdugos que me gritó: “¡Demasiado lento, otra vez!”. Otro me apremió para que bajara. Se oía cómo en otra escalera hostigaban a Sania Molchánov. Cabrones. Volví a la “celda para locos”, muerto de calor, literalmente sudando a chorros, con la mente nublada. Estaba al límite. Si lo traspasaba ¿qué pasaría? Pero me daba igual.

El verdugo, mientras tanto, vociferó:

-¡Segunda toma! ¡En marcha! ¡Paso ligero!

- No.

- ¡Te he dicho que cojas tus cosas y a correr! ¡Rápido!

- Me niego.

- ¡Coge tus cosas y a correr!

- Haz lo que quieras, pero no.

Se quedó mirándome unos segundos en silencio, luego fue a buscar al otro, para comentarle algo en susurros. El segundo verdugo se me acercó y, como si nada, me invitó, en un tono de lo más cordial y pacífico: “Coja las cosas y vuelva a su celda”. Sin dar crédito a lo que acababa de oír, me quedé pasmado por lo absurdo de la situación. Resultaba que *ellos* también sabían ser corteses. Menuda sorpresa…

…Sin desenrollar el colchón, me eché directamente sobre los barrotes metálicos de la cama. No tenía fuerzas para nada. La cabeza me zumbaba. Tras de mí, llegó arrastrándose Sania. Medio muerto y pálido como el papel. Se sentía mal, tenía nauseas. Un silencio de ultratumba se hizo en la celda. A Kiril y Max todavía no les habían tratado de esa manera. Todo el mundo estaba aterrado, y más que eso: el miedo había invadido cada átomo de nuestras mentes y cuerpos y estábamos callados, temerosos de decir una sola palabra…

Cavilé febrilmente sobre qué debía hacer. Me perdería el respeto a mí mismo si traspasaba el límite en el que me hallaba. Un paso más y cualquier cosa sería posible. Tomé clara conciencia de que no me lo podía permitir de ninguna manera. Y en eso decidí ser categórico. Lo que había de hacer era negarme desde el principio a recoger mis cosas y salir de la celda cuando vinieran a buscarme para otra sesión de tortura. Sabía que para un simple cambio de celda el que tenía que venir era el celador de turno. Pero este jamás aparecía. Se ausentaba adrede para no ser testigo de los desmanes. Se lo montaban bien, los muy cabrones.

A la mañana siguiente, el celador se interesó: “Y bien ¿quién más está enfermo aquí?”.

Varios días después, tuvo lugar la batida más dura de las que padecimos en todo aquel invierno “negro”. Era tal el jaleo que armaban los “pasamontañas” en el gimnasio que se los oía vociferar con claridad desde nuestra celda, es decir, con dos puertas y el vestíbulo central de por medio. Mientras duró, no fuimos capaces de leer, escribir, jugar o sencillamente estar recostados dentro de la celda. Los hubo quienes caminaban sin parar, otros hacían flexiones. Estuvimos así, expectantes, durante varias horas: se oía constantemente abrir y cerrar las puertas de otras celdas, pero no vino nadie a buscarnos. Desde fuera se oía: “¡En pie! ¡Cuerpo a tierra! ¡En pie! ¡Cuerpo a tierra!”. Una pesadilla. Ninguno de nosotros miraba a los ojos de los demás, sólo el movimiento de labios revelaba lo que pensábamos: “Malnacidos, mierdas, cabrones…”. Nos trajeron la cena lo que indicaba que estábamos a salvo, pero ¿por cuánto tiempo? El milagro no ocurre por partida doble, la próxima vez seguro que sería nuestro turno.

El sábado, a primera hora de la mañana, me llevaron ante el director. Orlov, vestido de paisano, me dio una acogida cordial. Nada más verme, me preguntó: “¿Qué le preocupa?”. Luego dijo algo sin tapujos acerca de mi estado y añadió que le habían encomendado despejar “las dudas”.

-No tema, todo eso no es más que una simulación, al estilo de una obra de teatro- me explicó en un tono cordial y de confianza-. Estamos atentos en todo momento al estado anímico de cada preso, y le aseguro que, en realidad, ninguno corre peligro-. Y agregó-: El mayor enemigo de uno es su propio miedo. No se debe actuar con temeridad, cualquier problema es posible solucionarlo por vía pacífica directamente aquí, en mi despacho.

Me quedé pasmado al oír aquello. ¿Cómo lo había sabido? ¿Sería posible que las especulaciones en torno a los dispositivos de control psicológico tuvieran fundamento? Le pregunté directamente:

-¿Cómo lo ha sabido?

-Por la expresión de sus ojos- respondió en tono serio el ciudadano jefe de la prisión preventiva del KGB.

12

La primera década de febrero quedó marcada por el comienzo de la “suavización del clima”. Se notaba que, extramuros, se había producido cierto acontecimiento importante que hizo que se rebajara la presión sobre nosotros. Las carreras forzadas y los así llamados “cacheos personales” habían cesado. Los registros de las celdas, en general, se habían vuelto menos severos y frecuentes, y mientras se realizaban, se nos llevaba al cuarto de baño, como antes.

El 23 de febrero Kiril cayó de la escalera: bajó los escalones corriendo, con las manos a la espalda, sin hacer uso del pasamano, tal y como nos habían “acostumbrado” los “pasamontañas”. Era la primera vez que yo veía un hematoma que cubría media espalda. Kiril sufrió un choque traumático. Tuvo temblores tan fuertes que apenas si podía hablar ni aun fumar. Acabaron llevándoselo al hospital. A juzgar por los que pudimos pescar de las conversaciones entre celadores, se habían producido otros casos no menos graves. Sea como fuera, al día siguiente nuestros verdugos nos reprendieron a gritos porque… ¡bajábamos las escaleras corriendo y sin hacer uso del pasamano! Los “pasamontañas” se dejaban caer por la prisión cada vez menos, hasta que, por fin, hacia principios de marzo, desaparecieron para no volver.

Nos quedamos descansados y empezamos a respirar con mayor libertad. En el patio, ya no volvimos a caminar en círculo o en fila, aunque, en más de una ocasión, pudimos oír cómo obligaban a hacerlo a los del patio de al lado: el método diferencial seguía en vigor aunque ahora se lo aplicaba con mayor sutileza.

Era curioso observar cómo los celadores rasos, a medida que sus atribuciones de poder aumentaban, se iban transformando: algunos de ellos, corteses y bonachones al principio, acabaron convirtiéndose en canallas redomados. Como, por ejemplo, Vasia y el Rana, de los que todo el mundo se llevó un “buen” recuerdo. Este último me mandó en una ocasión al pasillo con los “pasamontañas” solo porque no me puse de pie cuando entró en la celda. Ya en el pasillo, me pusieron de cara a la pared, con las piernas separadas, y me rodearon. Entonces, el Rana me pateó en la pierna con tanta fuerza que por poco me caigo. Quería demostrar a los “pasamontañas” que también él era “un tío duro”. Unos pringados, aquellos dos: un mes más tarde ya ni se les oía levantar la voz. También hubo celadores que evitaron convertirse en bestias y conservaron su humanidad. De todos modos, un mandado es un mandado. Por muy honesto que pueda llegar a ser, tiene que cumplir órdenes. El que esos polis “buenos” no nos torturaran personalmente no era óbice para ponernos en manos de los que sí lo hacían. El problema no radica en las personas sino en el sistema que posibilita ese tipo de desafueros.

Sania y Kiril fueron procesados. El primero fue sentenciado a tres años de prisión y el segundo a una pena de confinamiento o libertad vigilada: no volvió más a la celda. Eso nos serenó de alguna manera: resultaba que aquel “submarino” también tenía salida. Hágase notar que ninguno de los dos contó, antes del juicio, con la asistencia de un abogado.

Fue más o menos en aquellas fechas cuando supimos, además, que Mijalévich, uno de los “decembristas”, había denunciado torturas en *Amerikanka* antes de fugarse a Chequia. Cuál fue nuestra sorpresa cuando nos enteramos por la prensa (¡habían empezado a proveernos de *BelGazeta*\*!) que aquel acto de valentía le granjeó ciertas críticas por parte de algunos compañeros. Por lo visto, no podían comprender que la condición de refugiado político no era ninguna ganga: permanecer en un país extranjero rodeado de gente extraña y poder regresar a casa solo en caso del cambio de régimen. Quién sabe cómo habríamos acabado, padeciendo aquel infierno diario, si no fuera por Mijalévich. ¡Muchos de los que estuvimos entonces presos en *Amerikanka* le damos las gracias!

A raíz de aquellas denuncias, se ordenó una inspección de la fiscalía, aunque amañada.

A mí, en cambio, me preocupaban más ciertas noticias que se habían filtrado a pesar de un bloqueo informativo casi total. Todos aquellos meses no había dejado de pensar, angustiado, en mis compañeros. ¿Consiguió esconderse Dima? ¿Cómo resistían Kolia y Sasha, presos en *Volodarka*\* (les mandé un mensaje oral a través de Molchánov)? ¿Cuáles eran las intenciones de Denís? Si a todos los que habían cantado en los interrogatorios yo los tenía por personas mediocres, con Denís la cosa era muy diferente. Nos habíamos conocido mucho tiempo antes, en un concierto de punk. Y el mismo día de conocernos fuimos a parar a una refriega importante en la que nos enfrentamos a un grupo de nazis en la plaza Oktiábrskaya. Estos acababan de reventar un concierto de *Toro Bravo*, y les plantamos cara con una fuerza de 150 hombres. En aquel entonces, los últimos años 90 y primeros 2000, presenciamos en Belarús el nacimiento de la escena musical independiente, D.I.Y., que necesitaba ser protegida de los ultras de derechas, que se mostraban intolerantes para con los que declaraban abiertamente que el racismo y el fascismo eran una mierda y tenían que ser combatidos. Todos los días, en la calle, se libraba una guerra invisible. Constantemente pasaban cosas: se celebraban conciertos, quedadas, reuniones, se producían escaramuzas y batallas importantes, acciones de carácter político. Aquel era el mundo en que vivíamos, un mundo que enriqueció y formó nuestra personalidad, templó, cual el acero, nuestro carácter, volviéndolo inflexible y voluntarioso. En esa época a Denís y a mí nos tocó compartir muchas cosas. Y aunque, cosa dos o tres años, me había distanciado de la subcultura mientras que Denís se centraba en el mundillo de los forofos del fútbol, no nos habíamos perdido de vista, ayudándonos mutuamente cuando era preciso. Sobre todo el último año, debido a que sufrí varias pérdidas importantes de carácter personal, lo cual hizo que me volviera hosco y el mundo alrededor me pareciera completamente gris. Fue precisamente la compañía de Denís la que me ayudó a superar entonces aquella mala racha. En realidad, de entre los amigos que uno cree tener, son pocos los que merecen verdaderamente ese nombre. Y es encontrándose en prisión cuando uno se da cuenta de que son aún menos de los que creía. Para entonces, ya había quedado de manifiesto que la declaración prestada por Denís no influiría en nada. Lo que había declarado Vetkin, en cambio, era más que suficiente. Aunque tampoco importa mucho lo que uno declare o deje de declarar o la gravedad de la condena a la que se enfrenta sino, más bien, la pugna entre la amistad y el miedo: ¿cuál de los dos acabará siendo más fuerte? Da igual el tiempo que te encierren en la prisión -tarde o temprano saldrás en libertad, pero si pierdes a un amigo lo perderás para siempre. Aunque estaba hecho un mar de dudas, seguía teniendo fe en mi amigo. Por eso mismo fui presa de euforia durante tres días cuando por fin supe que Denís, antes de refugiarse en el extranjero, había colgado en internet un video en que se retractaba de sus declaraciones. ¡No vayan a creer esos chupasangre que nos tendrán echado el guante eternamente! Por mucho que repriman e intimiden a placer, hay cosas que quedan fuera de su alcance. Como, por ejemplo, esos valores verdaderamente humanos que un día harán que ese régimen despreciable se quiebre el espinazo.

De las cartas que recibí de mi madre me enteré, leyendo entre líneas, que algunos compañeros se habían interesado por mi situación: la habían llamado por teléfono y visitado en casa. Eso me dio nuevos bríos.

El juez instructor, que no se dejaba ver desde el año pasado, de pronto vino a verme junto con un abogado. Traía informes periciales. El abogado se me quejó de que hasta entonces, lo mismo que a otros letrados, no le habían dejado hacer visitas en la prisión por “razones técnicas”. Ni a él ni a ningún otro, hay que decirlo.

Fue durante esa misma entrevista cuando supe que Dima seguía en libertad, por lo que no disimulé mi alegría a pesar de la presencia del juez instructor.

Aparte, en los informes periciales no figuraba ¡*absolutamente ningún* dato que me pudiera comprometer en serio! No había nada: ni conversaciones telefónicas, ni correspondencia, ni datos informáticos, ninguna prueba recabada durante los registros que se habían practicado en distintos pisos y el coche ni tampoco dígitos que coincidieran con los de mi móvil. En resumen, mi tono vital experimentó una mejora considerable. Solo me quedaba esperar que me dieran leer mi sumario antes de ser llevado a juicio para ser condenado a presidio. Pero ese “solo” duró una eternidad.

13

Los primeros días de marzo, en sustitución de los que acababan de marchar, llegaron a nuestra celda otros dos. Uno de ellos, Serguei Martselev, había dirigido el equipo electoral del presidenciable Statkévich\*. Cuando le vi por primera vez, pensé que se trataba de un matón polaco. La expresión de su rostro, en el momento de entrar en la celda, nos dejó a Max y a mí patidifusos. Pero resultó que Serguei era “uno de los nuestros hasta la médula”. Ya en la cárcel había sido bautizado “estudiante” por los compañeros de celda puesto que tenía en su haber tres carreras universitarias.

El otro, Alexánder Kisiliov, alias *Oligarca*, era un importante empresario ruso, por lo que, en *Amerikanka*, se lo tenía por un personaje singular. Su negocio consistía en ampliar, mediante inversiones, el capital de una empresa, con el objetivo de revenderla después. Desde el punto de vista tanto del capitalismo de mercado como del estatal, Alexánder hacía un gran trabajo. Pero según el KGB, era un delincuente. Kisiliov era una persona muy organizada, su manera de ver las cosas era invariablemente constructiva. A la vez era firme, afable y positivo. Orlov, el carcelero mayor, lo odiaba. Lo mismo que algunos celadores, como, por ejemplo, Vasia, quien, cuando le tocaba servir sopa a los reclusos, escatimaba al *Oligarca* su ración de pan reglamentaria. Lo cambiaban constantemente de celda (había estado en catorce de las dieciocho que había) o lo llevaban a *Volodarka* para someterlo allí a interrogatorios durísimos. Pero Alexánder se negaba en rotundo a declarar, argumentando: “Aunque tenga que morir aquí me mantendré en mis trece, porque todo debe tener un límite y esos del KGB parecen no tenerlo”. Hacía ejercicio y estudiaba alemán todos los días sin excepción; era inflexible, en resumen, un tipo de acero.

Después de que llegara, discutimos durante toda una semana acerca del capitalismo mundial y la crisis financiera, las perspectivas de la economía bielorrusa, el control obrero y autogestión laboral, los orígenes mafiosos de la política rusa y, por supuesto, la arbitrariedad del régimen bielorruso. Por su boca supimos en detalle cómo se sobrellevaba el “eterno invierno”\* en otras celdas. Por ejemplo en la 13, la de “castigo”, de la que Orlov, en una ocasión, dejó caer que allí tenían encerradas a “personas descontentas con el estado de cosas”. Por lo que nos contó Kisiliov, durante aquellos días con los presos de la celda 13 se procedía de dos maneras: un registro cada dos días o un registro diario. Mientras se los registraba, sus pertenencias se vaciaban de los petates directamente en el suelo. Los “pasamontañas” podían entrar en la celda en cualquier momento y destrozar a porrazos los recipientes en los que se preparaba el té. Allí, un preso recibió una paliza en represalia por haber presentado una queja formal ante la fiscalía directamente en la sala del juzgado (enero del 2011). A otro lo agarraron del cuello de la chaqueta para arrojarlo al patio pero “erraron” y lo estamparon contra un muro… En el transcurso del “registro personal”, a los presos se los obligaba a desnudarse y colocarse de cara a la pared con las piernas separadas, mientras el celador les formulaba preguntas rematadamente soeces.

Por cierto, en cuanto a la inspección de la fiscalía en respuesta a las denuncias de torturas, se hizo de la siguiente manera. La víspera de la llegada de Martselev y Kisiliov, el vice fiscal Shved en persona, con un séquito de cuellos blancos, se dignó hacernos una visita. Antes de que el fiscal hiciera su aparición, Orlov entró en la celda y nos miró con expresión severísima, para luego salir bruscamente. Acto seguido entraron los de la inspección. Shved nos preguntó un par de veces que si teníamos alguna queja y se retiró. En el pasillo, delante de la puerta de la celda, formaban fila los celadores, con la expresión de asistir a un ajuste de cuentas entre gánsters. Naturalmente, ninguno de nosotros dijo nada. Ninguno se fiaba de la fiscalía. Ya desde finales de diciembre sabíamos que era una tomadura de pelo. En aquella ocasión, a Lebedko se lo habían llevado al médico (por segunda vez el mismo día) justamente en la media hora en que el fiscal había recorrido todas las celdas realizando la inspección mensual reglamentaria. Estaba claro que, de encontrarse Lebedko, le hubiese formulado al fiscal unas cuantas quejas. Aunque no habría servido para nada. ¿Qué confianza merecía aquel fiscal que ni siquiera se interesó por el paradero del preso ausente: Lebedko? Cuando vino a vernos, fue más de lo mismo. Se podría ilustrar con el famoso dibujo del mono que se tapa la boca, los oídos y los ojos.

Diez días más tarde, a Kisiliov lo volvieron a cambiar de celda. En su lugar, llegó un chaval de nombre Denís. Era un mecánico de coches muy capaz; tenía madre discapacitada y una novia que lo esperaban en casa. Por primera vez pude observar desde fuera el comportamiento de un preso novato. Dolía contemplar cómo, día a día, se iba haciendo poco a poco a la idea de que, probablemente, todo lo que más quería –la madre, la novia y el trabajo-, quedara en el pasado. Una visión penosa…

No llegó ni una carta en todo el mes de marzo. Ninguna noticia de la familia. Habían cortado el último nexo que me unía con el exterior. Al parecer, mi actitud en la prisión molestaba a alguien. Aunque comprender su lógica era tan difícil que ni lo intenté. Matamos el tiempo leyendo, dibujando y conversando. Entre Max y yo, a menudo nos poníamos nostálgicos recordando los viejos tiempos: acciones antifascistas, el fútbol y conciertos de punk. O fantaseábamos con la idea de montar un local al estilo ciberpunk. Con Serguei, en cambio, se podía discutir sobre temas históricos, por ejemplo, la cuestión del patriotismo en la época de las guerras mundiales. O debatir acerca de qué debía hacer una persona honrada en caso de la ocupación del país por la OTAN. Las disertaciones de Martselev sobre ciertos aspectos de tecnologías políticas y publicidad desbordaban interés e inteligencia. Ya antes, Feduta nos había explicado en líneas generales el funcionamiento de un equipo electoral. Una cosa seria. ¡Una máquina! Así supe que durante la campaña el candidato carece por completo de autonomía: se limita a cumplir con la mayor precisión todas las directrices de su equipo. El modo de vestir, los discursos, la elección de interlocutores forman parte de la estrategia diseñada por el equipo. De modo que los verdaderos protagonistas de la campaña no son los candidatos sino los jefes de sus equipos respectivos. Mientras escuchaba aquellas explicaciones, tomé conciencia de dos cosas: nuestra manifiesta inferioridad –hablo de los anarquistas- en la esfera pública y lo ilusorio de la “democracia” y los “demócratas”. Así, el pueblo no es más que cuerpo electoral o el as en la manga del político en su enfrentamiento con otros. Su sentir es objeto de manipulación y uso con fines mercantilistas (de modo parecido, los bolcheviques en su momento ensalzaron al proletariado). En nombre del pueblo se pronuncian discursos transidos de patetismo, pero, en realidad, la única democracia real es la de la burguesía y su aparato político. Para impedir el acceso de clases populares a los resortes del poder, las primeras repúblicas burguesas introdujeron el censo de propiedad, de modo que únicamente los ciudadanos pudientes podían pasar el filtro. El censo de propiedad no fue abolido hasta que la burguesía comprobó que el sufragio universal no amenazaba el dominio de los partidos burgueses. El pueblo para el político es lo mismo que el mar para el marinero: medio de vida y toda una fuente de folclore. Pero también el símbolo eterno de los elementos que lo barren todo a su paso. El anarquismo, sin embargo y a pesar de su falta de financiación exterior y descuido de leyes y tecnología sociales, tiene dos virtudes clave: un entusiasmo inagotable y posesión de la verdad. Y en lo que se refiere a capacidades técnicas, es cuestión de tiempo y ganas.

14

A finales de marzo llegó el momento de conocer los detalles del sumario. Junto con otros, se nos imputaban ahora delitos de daños a propiedad (art. 218). A Sania y Kolia les podían caer entre tres y diez años, a mí entre siete y doce: condenas totalmente desproporcionadas con los delitos que se nos imputaban. Yo tenía entendido que eran condenas propias para sancionar delitos de sabotaje, terrorismo, asesinato, etc. En mi sumario, busqué en primer lugar lo que habían declarado mis compañeros, para despejar de una vez todas las suspicacias. Y no me defraudaron: no se habían dejado intimidar por la instrucción. También quise conocer las declaraciones de distintos testigos y, de modo general, los fundamentos de la causa instruida contra mí. Hay que decir que las huellas dactilares en tanto prueba del delito –tópico recurrente de las novelas policíacas- constituye un anacronismo. El olor corporal (secreción sudorípara), las células de la epidermis, la saliva y aun la composición del aire en espacios cerrados: esos son los indicadores verdaderamente fiables para identificar al individuo. Cerca del consulado ruso la policía encontró unos guantes que tenían restos del sudor de Vetkin y de un líquido inflamable, probablemente el mismo que fue detectado en los fragmentos de los cócteles molotov. Además, interceptaron su llamada desde una parada de transporte público próxima. Aunque no se podía decir que aquel conjunto de pruebas fuera concluyente, desde el punto de vista de Vetkin era irrefutable: resistió unos cinco días antes de confesar. Al principio señaló como cómplices a mí y a una tercera persona, luego acusó a Dima Dubovski, para al final retractarse y apuntar a Denís. Así fue cómo delató a los compañeros, a cambio de recibir mercedes por parte de los verdugos y la esperanza de una ilusoria libertad. Un chivato es un chivato, que arda en el infierno.

El juez instructor, mientras tanto, intentó desacreditar a Sasha, diciendo que estaba desmoralizado. Luego me insinuó que, en caso de colaborar, la condena sería corta pero que de todos modos no era él quien lo decidía y bla, bla, bla. Esas justificaciones del camarada policía no lo eximían a él ni a sus colegas, sin embargo, de la complicidad con aquel sistema judicial de abusos y arbitrariedades. Todavía intentó apelar a mi sentido de responsabilidad, lo cual dejó de manifiesto que ignoraba el hecho de que a mí hacía mucho que me tenía sin cuidado el llamado “juicio” y la condena. El único interés que tenía para mí el proceso era la posibilidad de volver a ver a mis compañeros y cambiar aquel manicomio por un presidio.

Llegó la edición del diario con un artículo sobre la liberación de Feduta: fue excarcelado con la promesa firmada de no abandonar su lugar de residencia. Para nosotros, esa noticia fue un motivo de alegría, aunque esta no fue plena: había un detalle significativo. Resultaba que, de nuestra celda, Feduta había sido trasladado a una de aislamiento donde permanecería ni más ni menos ¡55 días! Es poco probable que alguien, aparte de nosotros, se hubiera fijado en esa circunstancia, pero a buen entendedor… Quizá el peor castigo en la prisión es estar aislado y advertir cómo someten a tortura a los demás. A los tres días del aislamiento te entran ganas de subirte por las paredes y a los cinco se te empieza a ir la olla. Estuve aislado durante dos semanas (el plazo máximo de ese tipo de castigo) y cuando por fin me llevaron con otros presos me sentí feliz. Por eso debe de ser una auténtica pesadilla estar aislado durante casi dos meses. De modo que nos quedamos un buen rato haciendo conjeturas acerca de cómo nuestro literato\* había podido aguantar aquello, y ninguno sonrió, bromeó o expresó una opinión frívola sobre el tema. Llegamos a la siguiente conclusión: aunque en mayor o menor medida cada interno de *Amerikanka* tuvo su ración de horror y sufrimiento, la suerte más cruel le tocó a Feduta. En su caso, no se trataba ya de resistir sino simplemente de no volverse loco.

\*\*\*

Abril. Mi sumario fue llevado a la fiscalía. Martselev esperaba el juicio; Max tanto podía ser excarcelado como imputado en otra causa; Denís no esperaba nada pues su periplo judicial acababa de empezar. La noche del día 11, desde la avenida principal, llegaba un rumor poco habitual, como el de una multitud alertada por un incendio. En eso, el celador nos había ordenado que sintonizáramos en la tele el canal estatal (aunque, oficialmente, la antena estaba fuera de funcionamiento). Así fue cómo nos enteramos del atentado con bomba en el metro. En un primer momento, solo pensamos, preocupado, en nuestros familiares. Al día siguiente aparecieron las listas con nombres de heridos y fallecidos. Daba terror buscar en aquel inventario apellidos de conocidos. Más tarde supe que el coronel Orlov, echando espuma por la boca, había entrado en las celdas donde había presos políticos (en particular, en la que estaba Sánnikov\*), para recriminarles a gritos lo sucedido. Hay que decir que luego les pidió disculpas, que no fueron aceptadas.

Pero la mayor sorpresa me llevé al leer en la prensa la declaración de Záitsev, director del KGB, en la que afirmaba que podía tratarse ¡de la venganza de los anarquistas! ¿Qué hubiera de tomar para llegar a semejante delirio? Me imagino lo que debió de sentir Dima en aquel momento…

Estaba claro que acabaríamos pagando los platos rotos. Fue por la noche cuando me llevaron al despacho de Orlov. Este no estaba solo: había otro colaborador al que yo ya había visto antes por ahí. Me propusieron ver algunas grabaciones de las cámaras de seguridad del metro. El compañero de Orlov aparentó visionarlas junto conmigo, pero su verdadero objetivo era vigilar la expresión de mis ojos. Fue el mismo procedimiento de cuando me habían interrogado en la sección cuatro acerca del incendio provocado en la sede del KGB en Bobruisk, interrogatorio al que habían asistido expresamente varios investigadores de esa ciudad. Después de visionar los videos, pidieron mi opinión pero yo no tenía nada que decir al respecto, aparte, no era para eso para lo que me habían llevado allí. Al final, me entregaron la imagen del fotograma de más calidad, que no dejaba de ser terriblemente borrosa y no tenía nada en común con las fotos de los presuntos terroristas que aparecerían más tarde en la prensa.

El día declarado de luto nacional, en la radio sonaba música clásica. En la prisión reinaba un silencio de ultratumba. Tan solo al celador Vasia, ese idiota redomado, se le ocurrió gritarnos “¡a correr!” mientras nos dirigíamos al lugar del paseo. Serguei y Max solicitaron por escrito donar sangre para los heridos, pero la respuesta oficial fue negativa.

15

Marstelev esperaba ser juzgado a finales de abril. Al principio se le acusaba de organizar desórdenes públicos (entre 5 y 15 años de prisión), pero acabaron por imputarle un delito menos grave castigado con penas de entre 3 y 6 años de cárcel. Como le dieron a elegir un delito entre los dos por el que iba a ser juzgado, con la condición de declararse culpable en caso de escoger el más leve, dudó mucho antes de decidirse. Le intentamos convencer que escogiera el mal menor, ya que ninguno ignoraba que incluso eso sería una victoria en el enfrentamiento con un sistema que nada tenía que ver con la justicia. Serguei, presa de los nervios, se preparaba anímicamente para ir al presidio, lo que le costó bromas y reprobaciones de nuestra parte, pues, para nosotros, resultaba evidente que le concederían la libertad condicional. El tiempo se encargaría de demostrar que sus temores no carecían de fundamento, dado que Pável Severínets sería condenado por el mismo delito a pena de confinamiento en un centro penitenciario de régimen abierto.

Yo discutía con Martselev a menudo. Este se posicionaba como socialdemócrata y patriota cristiano ortodoxo. De modo que el abanico temático de nuestras discusiones era bastante amplio. Lo que más me escandalizaba de él era su actitud ante la Primera Guerra Mundial que le confirmaba como partidario de Mártov\* quien se había opuesto al acuerdo de paz entre Rusia y Alemania. Yo, por mi parte, consideraba un sinsentido la mutua aniquilación de los trabajadores en beneficio de las élites militares e industriales de las partes en conflicto. Al inicio de mi encarcelamiento, cayó en mis manos la segunda parte de la saga “Los Thibault”, un libro que relataba los comienzos de aquella carnicería, con referencias a los socialistas franceses, alemanes, austríacos y suizos de la época, que hasta entonces habían predicado el internacionalismo, la lucha de clases y la huelga general. Pero cuanto más tensa se hacía la situación en el continente tanto más rápido se fueron deslizando estos hacia el pozo negro del patriotismo, para acabar yendo a la guerra en cuyos frentes matarían a sus antiguos compañeros.

¡Así son los socialistas! Martselev se defendía afirmando que aquella postura belicista respondía a los intereses de la clase trabajadora puesto que la ocupación militar extranjera provocaba una caída brusca de su nivel de vida. Pero ¿acaso la guerra en sí no acarreaba una destrucción todavía mayor? Aunque tampoco era esa la cuestión. ¿Acaso el acto de escoger entre una docena de distintos tipos de embutido pueda basarse realmente en un criterio moral? ¿Acaso es moral escoger al amo a precio de derramar la sangre de los compañeros de clase? El patriotismo se anuncia como uno de los valores humanos más importantes. Los intereses nacionales están por encima de los demás. El interés es codicia. ¿Cómo es posible que a la codicia, de signo territorial o étnico, se la iguale a los valores morales, como la justicia o el bien? Lo justo es aquello que es útil: tal fue el concepto del patriotismo que tenía cautivado a aquel coronel de la sección cuatro del KGB, pero también Orlov lo compartía cien por cien. De suerte que hoy en día la moral está influida por la codicia. Dicho modelo no puede tener nada en común con la moral natural cuyos valores -el respeto, el honor, el altruismo, la solidaridad, los derechos y las libertades- no tienen colores nacionales o fronteras. Y son precisamente esos los valores los que miden el grado de humanidad del ser humano, en todas partes y en todas las épocas. El patriotismo no hace sino especular con el amor de las personas por su tierra natal, procurando identificarse con el afecto natural que sienten por ella. Tomemos como ejemplo una idea tan sagrada como el amor por la madre. A nadie se le ocurre construir ninguna ideología sobre ese sentimiento tan común y natural. ¿Por qué consentir entonces que el amor por la tierra natal se erija como base de una ideología? Cuanto más que esa operación requiere echar por tierra la moral y situarse por encima de los valores universales.

Se generalizó la opinión de que había que inculcar el orgullo por lo propio. ¿Y si cierto hecho de la historia nacional no constituye un orgullo sino infamia? La historia bielorrusa tuvo distintos períodos en los que se sucedieron tribus eslavas y baltas, Gran Ducado de Lituania, el Imperio Ruso, el imperio rojo. ¿A santo de qué unas épocas históricas son objeto de negación mientras otras son ensalzadas? Me niego a que el bolchevismo, el zarismo o el período de Gran Ducado sean objeto de orgullo. Por alguna razón, se tiende a soslayar el hecho de que en la época de Gran Ducado de Lituania el pueblo llano vivía en condiciones de servidumbre. Aparte ¿cómo se puede estar orgulloso o tener vergüenza de lo que, por su distancia en el tiempo, no guarda relación directa con uno? Lo que sí se puede hacer es admirar ciertos hechos de nuestra historia, pues cada época los tiene. Como también tiene otros, no tan dignos de admiración. En el colegio, en vez de enseñar un falso patriotismo que ofrece una visión sesgada del pasado, se debería inculcar el interés por la historia. Eso fomentaría la autoconciencia y permitiría aprender de la experiencia de nuestros antepasados, comoquiera que esta fuese, para comprender mejor el presente.

La sociedad que descansa sobre los valores de la libertad y la justicia es más sólida que la que tiene por base una historia expurgada y un colectivismo hipertrofiado.

Soy bielorruso porque, por mi origen, pertenezco a esa comunidad étnica cuya historia y cultura son únicas. Eso no es bueno ni malo, ni constituye para mí un motivo de orgullo o vergüenza. Lo soy y basta. Y en cuanto a los valores, la civilización humana, en colaboración con la filosofía y la ciencia, levantó a lo largo de su historia unos cimientos éticos sólidos: el humanismo.

Al debatir acerca de la doctrina socialista, quisiera señalar el hecho de que, precisamente, fue la socialdemocracia la que llevó a Europa a un callejón sin salida. Son los gobiernos socialdemócratas los que están auspiciando en este momento el desmantelamiento del así llamado “estado social”. Las diferencias entre los liberales y los socialdemócratas se han vuelto meramente formales. Da la impresión que la única desavenencia real entre ellos es la cuantía del impuesto sobre beneficios: la derecha se contentaría con un 25% (el promedio estadounidense), mientras que la izquierda exige un porcentaje más elevado. En realidad, tanto el sistema liberal norteamericano como el social de la CE atraviesan una profunda crisis. De los dos lados del Atlántico se han hartado de obtener créditos que no hay manera de devolver. El capital financiero controla a los gobiernos y el sector real de la economía. El capitalismo del estado personificado en la URSS proclamaba que su objetivo final era el comunismo. Se desmoronó sin conseguir nada que se pareciera al comunismo libresco. Los paladines del capitalismo de mercado no han dejado de anunciar a los cuatro vientos que las grandes depresiones son definitivamente el pasado. ¿Por qué entonces Estados Unidos y Europa están hoy en la mierda? Porque un desarrollo estable, lo mismo que el comunismo estatal, es un bluf: los depredadores cambian de nombre pero no de naturaleza.

A Martselev le agradaba afirmar que, en el mundo actual, las clases sociales eran un anacronismo y que la estructura social contemporánea se componía de estratos. Añadía incluso que en no sé qué congreso de la Internacional socialista, celebrado en los años sesenta, el principio mismo de la lucha de clases había sido abolido. Tal resolución, si es que la hubo, no tiene credibilidad ya que los socialistas, en todas sus modalidades –sean los bolcheviques o los socialdemócratas-, fracasaron por completo en sus predicciones. El capitalismo está vivo y coleando, el gobierno bolchevique desembocó en el totalitarismo, las reformas emprendidas por parlamentos socialistas han revelado su naturaleza burguesa.

Recuerdo cómo en 2006 fui a trabajar al extranjero y pude conocer de primera mano la tan cacareada *social partnership*. Fui contratado entonces por la compañía Carnival Cruis Lines, que se dedicaba a organizar cruceros, mayormente por el Caribe. Como muchos otros, me proponía, trabajando duro, ganar dinero, en la fe de que la fórmula “quien trabaja más, gana más”, asociada desde siempre a los Estados Unidos, no fallaba. Desgraciadamente, la realidad se encargó de desmentirla… En un crucero se trabaja diez horas diarias, sin días de fiesta. La mayoría de los trabajadores -cocineros, responsables de almacén, limpiadores, azafatos, pintores- cobraban de 450 a 780 dólares mensuales. Las horas extras no se pagaban porque oficialmente no se hacían: los mánager falseaban debidamente hojas de horarios. Repito: la prohibición oficial de hacer horas extras, con las que todo el mundo contaba para aumentar el sueldo, era terminante. Nada de pagas extra ni bonus. Al fin y al cabo, trabajé por un dinero que, si quisiera, habría podido ganar con menos esfuerzo sin salir de mi país. Antes, había trabajado pavimentando calles, pintando y estucando paredes y levantando los cimientos de un bloque de pisos. De modo que podía comparar. Aún así, la carga de trabajo en el crucero estaba más allá de todo límite. Pies maltratados hasta sangrar, luxaciones en los tendones de la mano, dolores en la columna vertebral eran cosa habitual allí. Se llegaba al extremo de que a las mujeres se les cambiaba el ciclo. Aun los chavales más curtidos, que habían trabajado en la recogida de fresa en Europa, en fábricas avícolas en Inglaterra o en restaurantes en Estados Unidos, maldecían de aquel empleo. Los camareros y los que estaban en el servicio de cabinas no ganaban mucho más: de 900 a 1100 dólares, casi sin la posibilidad de recibir propinas. Aunque peor aún que las condiciones económicas era el ambiente de trabajo. Los supervisores, que no paraban de apremiar a los empleados rasos, eran omnipresentes. El sistema de chivatazos funcionaba a toda máquina. Los de seguridad llevaban porras; no sonreír al oficial o hablar con un cliente se consideraba falta. El alcohol y las drogas eran la única vía para combatir el estrés. La situación se agravaba porque carecíamos de todo derecho: nuestros superiores inmediatos nos echaban descaradamente el muerto sin que pudiéramos hacer nada. Allí se aplicaba el sistema de responsabilidad colectiva, que no te dejaba ninguna oportunidad de demostrar tu inocencia. Todos los trabajadores estaban agrupados en distintas castas, con su propio reglamento y estatus jurídico, que formaban una cadena jerárquica. Incluso había comedores especiales para cada casta. Los trabajadores rasos tenían prohibido vestir pantalones cortos, llevar un corte de pelo original o hablar con los clientes. Los de la casta del servicio de camarotes sí podían hacer esto último. A los “cuellos blancos” se les permitía lucir el aspecto que quisieran, relacionarse con los clientes y disfrutar de los servicios destinados a estos. En cuanto a los oficiales de cubierta, podían hacer lo que les diera la gana, incluso agredir a los subalternos. Se hacía todo lo posible para impedir que los integrantes de distintas castas se relacionaran entre sí. Los “cuellos blancos” tenían prohibido acudir al comedor de los “negros”, bajar con estos a tierra o mezclarse con ellos en el bar. Recuerdo a una chica, violinista, de Minsk. Una buena tía. Le traía sin cuidado toda aquella jerarquía. En una ocasión, ella nos acompañó, un grupo grande, a la playa. Alguien se chivó, la llamaron a la oficina y durante media hora intentaron lavarle el cerebro, diciendo que ella no podía mezclarse con gente como nosotros. En otra ocasión conocí a un chico, un punki de Canadá, a la sazón técnico de sonido, con quien jugué una partida de futbolín. Media hora después se produjo el chivatazo. Parecía un delirio, pero era así cómo funcionaba. Divide y vencerás. Pasaban cosas tremendas: las parejas que llegaban a trabajar en el crucero acababan por separarse si el estatus laboral de uno de sus integrantes era superior al del otro. El envilecimiento, la envidia, la hipocresía, la delación, el desprecio, la alegría por la desgracia ajena remataban la faena allí donde el sistema se quedaba corto. En semejante ambiente, aun el sexo puntual entre miembros de distintas castas se percibía como protesta contra aquella “moral”. Después de trabajar en aquellas condiciones de esclavitud y recibir aquel trato denigrante, no me quedó ilusión alguna acerca del capitalismo. El grado de democracia en los países occidentales está condicionado no tanto por el mercado como por la disponibilidad que tiene la gente de defender sus intereses y salir a la calle.

A ese respecto, los americanos y los europeos merecen todo mi respeto. Su sentido de la dignidad y conciencia de clase son muy superiores a los nuestros. Aunque, sea como fuere, la existencia de las dos clases, la dominante y la dominada, es un hecho. Ellos constituyen el 1% y nosotros el 99%. Belarús, con su economía mixta y dictadura de la burocracia, incorporará tarde o temprano los métodos modernos de administración corporativista, que ya están presentes en el campo de la IT y algunos ramos del comercio. Mas nada bueno habrá de aportarle, ninguna liberación sino una explotación más sofisticada y una dependencia crediticia de los bancos, que es como la drogodependencia.

Para matar el tiempo fui leyendo “La hora del toro”\* de Yefrémov. Una novela para leer despacio, prestando atención. Lo mismo que la obra de los hermanos Strugatski. En el libro, una sociedad solidaria triunfó en la Tierra; los más altos ideales de la libertad se llevaron a la práctica; el estado fue abolido; la gente vive de modo intenso, sin problemas materiales de ningún tipo; la dirección se efectúa mediante estructuras de tipo horizontal, que se coordinan entre sí para lograr el bien común; el ser humano harmonioso, altamente moral y polifacético constituye el centro gravitatorio de ese sistema.

Algún día, ese tipo de organización social dejará de ser una utopía. Pero actualmente nos vemos obligados a vivir en un mundo donde las desgracias se suceden y los brotes de la razón y la alegría se topan con muchas adversidades para abrirse camino.

Martselev fue juzgado y obtuvo la libertad condicional. La fiscalía devolvió el sumario de Max, lo que provocó su inmediato traslado a *Volodarka*. También trasladaron a Denís. No he vuelto a saber de él.

A mí me cambiaron a la celda vecina, la cinco. Comencé el mes de mayo esperando el juicio…

16

La celda de cuatro plazas a la que me trasladaron se diferenciaba de otras semejantes por la cantidad de ventanas: en vez de una había dos. ¡Todo un lujo! Pero lo más excitante, y con creces, resultó ser la compañía. Volví a encontrarme con Vladímir con quien había compartido celda al principio. Me impresionó el cambio que había sufrido en cuatro meses aquel hombrecito mayor pero enérgico: ahora era un viejo encanecido, blando y acoquinado. Aun suponiendo que quedara libre de todos los cargos ¿acaso podía el Estado recompensarle de alguna manera por *aquello*?

El resto de los reclusos eran antiguos colaboradores del Interior, víctimas del mismo sistema al que habían servido. Uno, Serguei Yelin, había ostentado el cargo de vice fiscal en la provincia de Grodno. Estaba acusado de cohecho. Los detalles de su caso eran truculentos. La persona que intentó sobornarle había tratado durante un tiempo de conseguir infructuosamente que le ayudara a resolver ciertos asuntillos. Al toparse con la negativa de Serguéi, el sujeto contactó con el KGB, proponiendo “hundir” al intransigente. El primer intento de “untar” a Yelin con cinco mil dólares fracasó. Al día siguiente el individuo volvió a la carga, con el mismo resultado. Entonces, ofreció a Yelin 500 dólares por los “servicios jurídicos prestados y el tiempo empleado”. Yelin aceptó y fue pillado in fraganti. En el sumario, la información sobre los antecedentes del caso brillaba por su ausencia. La grabación de audio, realizada durante la reunión entre Yelin y el provocador ¡fue aportada por éste, pese a que la detención corrió a cargo del KGB! No es de sorprenderse entonces que la única copia existente de la grabación se guardara en un disco duro, mientras que el original había sido borrado de la grabadora con la excusa de “falta de espacio”. Según Yelin, el original recogía ciertas frases suyas que podían exculparlo. Como el KGB carecía de la orden para realizar escuchas secretas en el caso de Yelin, daba igual lo que grabaran pues no serviría como prueba durante el juicio. Seguramente fue por eso mismo por lo que tuvieron que recurrir a aquel montaje. Lo que hicieron, en realidad, fue realizar la escucha completa y grabarla en el disco para, tras algunos cortes, incorporarla al sumario. Por una “extraña” coincidencia, no fue otro sino Yelin quien, de modo similar, había cogido en una trampa a uno de los dirigentes (puede ser que al mismo director) de “Harinas de Lida” quien gozaba de la protección del KGB…

El otro ex policía preso, Zajar Dzhilavdari, llegó a trabajar en OBEP, UBOP y DFR\*. Participó en la investigación del atentado con bomba en 2008 en Minsk. Fue él quien investigó al último ladrón en ley\* bielorruso, alias Biria. Pero su mayor proeza fue la detención del vice director del KGB, en relación con el caso de Aduanas, es decir, Zajar formó parte del grupo investigador encabezado por Baikova\*, la fiscal caída posteriormente en desgracia. El mismo Zajar estaba imputado por intento de cohecho, a raíz de una denuncia. Solo que, durante la vista, el denunciante se hizo un lío cuando se le preguntó sobre la suma del soborno, como tampoco pudo precisar si el acusado había exigido que se le pagara en dólares, euros o rublos. Entonces, la acusación salió del paso al recalificar el delito de intento de cohecho en el de omisión (hasta 3 años de cárcel): al parecer, una insignificancia, pero que le costó al acusado, aunque un ex policía, nueve meses de prisión preventiva en aquel foso de piedra… Un detalle a tener en cuenta: a lo largo de una semana, en tres ocasiones, Zajar se había cruzado en los pasillos de la prisión con… ¡Baikova! En la prisión preventiva del KGB, cosas así jamás pasan por casualidad. Por norma, los celadores que escoltan a los reclusos en sus desplazamientos por la prisión anuncian su marcha con silbidos, para así prevenir un encuentro indeseable. En caso de no poder evitarlo, ordenan al escoltado que se detenga y se ponga de cara a la pared, como me pasó a mí en un par de ocasiones. Recuerdo una sola vez cuando los carceleros metieron la pata al introducir en nuestra celda a una persona equivocada: se confundieron de celda. Se lo llevaron al momento, visiblemente preocupados: quizá aquel error se considerara realmente grave según su código de conducta.

Haciendo a Zajar coincidir con Baikova en tres ocasiones, le daban a entender cuál eran las verdaderas causas de su detención. Y es que, desde el 2009, se venía librando una verdadera guerra entre distintos departamentos de las fuerzas de seguridad del estado, en la que lograr encarcelar al adversario era “cosa sagrada”. Una vez se había aprobado la disposición que avalaba, junto con las escuchas, la prisión preventiva hasta dos meses sin la orden de la fiscalía, aquella guerra tomó unas dimensiones verdaderamente grandiosas. Gracias a esa disposición, el Interior, con sus distintas secciones, el KGB y DFR fueron habilitados para incoar causas judiciales poniendo en prisión preventiva a personas cuyo enjuiciamiento hasta entonces habría sido rechazado por la fiscalía. Por si eso fuera poco, las diferencias entre departamentos, especializados en la investigación de los delitos especificados en el código penal dentro del marco de competencias de cada uno, fueron eliminadas. Era natural, entonces, que aquella guerra se recrudeciera. Según las estadísticas, la cantidad de delitos relacionados con la corrupción aumentó el doble en 2009-2010. El enjuiciamiento de Baikova supuso la muerte de la fiscalía como órgano judicial autónomo. El DFR también cayó víctima del KGB, que logró colocar en el puesto del director a un antiguo colaborador suyo, para acabar encarcelando a uno tras otro a los funcionarios más independientes (por ejemplo, a Adamóvich\*, encerrado en la prisión por la misma época que nosotros). A ese respecto, podríamos evocar a Alexánder Kisiliov: por una ironía del destino, el funcionario del DFR quien instruyó el proceso contra él, poco tiempo después dio con sus huesos en *Amerikanka* donde compartió celda con Kisiliov. ¡El mundo es un pañuelo hasta extremos insospechados! Fue ese mismo funcionario quien le confesó a Alexánder los antecedentes de su caso: había recibido la visita de dos colaboradores del KGB que le habían pedido que incoara una causa contra Kisiliov por una actuación en que el cuerpo del delito era más que dudoso. Se había negado al principio, aduciendo que la fiscalía se opondría, pero los del KGB le habían asegurado que la fiscalía no sería un problema. Así fue como a Kisiliov le echaron el guante. En cuanto a los Juzgados, el KGB ejerce sobre ellos un control parcial. En particular, bajo su dominio se encuentran los Juzgados de distrito y el Juzgado municipal de Minsk. Por lo visto, el Tribunal Superior escapa por ahora a su influencia, pero es cuestión de tiempo de que el KGB logre tenerlo bajo su control. Llegar a dominar el Interior, en cambio, es mucho más difícil. Para empezar, el Interior tiene en nómina a cien mil personas contra las cinco mil que componen la plantilla del KGB. En segundo lugar, la parte integrante del Interior es el GUBOP\*, que solo acata las órdenes directas del ministerio. Y aunque el nivel de formación del personal y los recursos técnicos del KGB son superiores a los del Interior, ambos organismos, a juzgar por la composición de los reclusos en *Amerikanka*, se dedican a las mismas tareas. Y como no puede haber dos gallos en el mismo corral, los del GUBOP, que no les van a la zaga a los del KGB en cuestión de experiencia, son capaces de mandar de “vacaciones” a *Volodarka* a cualquiera de estos. Yelin lamentaba el hecho de que, a consecuencia de aquella guerra, la profesionalidad de los jueces instructores se resintiera notablemente: incapaces ya de instruir un proceso como es debido, se veían obligados a confiar cada vez más en la docilidad del tribunal y la fiscalía.

Las hostilidades entre distintas secciones de los cuerpos de seguridad nacional se alientan, como no, desde la camarilla que gobierna el país. Por demás, el método no es nuevo: hubo un personaje en la historia, un georgiano ruso\*, que gustaba de barajar a los cuadros. Ese método se podría llamar “la selección del rey de las ratas”. Los *aparatchiki* entablan una lucha encarnizada entre sí, en la que logra dominar el menos escrupuloso pero a la vez más eficiente. La cúpula gobernante, mientras tanto, permanece intocable: en caso de que la lealtad del “rey de las ratas” se ponga en tela de juicio, sus patronos, para quitárselo de en medio, echarán mano de la información comprometedora recabada para tal fin.

Zajar relató cómo habían descubierto un burdel para personas VIP en Drozdí\*. Cuando los agentes estuvieron a punto para desmantelarlo, desde la dirección les comunicaron sin ambages vía telefónica que se largaran de allí cuanto antes. En otra ocasión, el recién nombrado director del DFR, por novato, rubricó con su firma la lista de las empresas para inspeccionar que alguien se las ingenió para colársela. El asunto no habría tenido mayores consecuencias si en la lista, como por descuido, no figurara *Triple*\*. Cuando llegó el momento de la inspección, el director, al caer en la cuenta, se llevó las manos a la cabeza y recriminó a Zajar: “¿Acaso no sabías quién era el propietario?”.

En nuestras conversaciones, también abordamos el tema de la política de oposición al régimen. Hay que decir que corría gran cantidad de rumores en torno a los entresijos del proceder de las fuerzas opositoras. Como es imposible sacar nada en claro al respecto, obviaré, por principio, dichas murmuraciones. La percepción de dichas fuerzas en la calle, debido en gran medida a la actuación de los romanchuk\* y los rimashevski\* así como la forma de reaccionar de los medios alineados con la oposición, ya de por sí no es muy buena. Con todo, voy a contar un episodio que considero debe ser de dominio público. Sucedió el 31 de diciembre de 2010, en la celda Nº1, donde se encontraba preso Dmítriyev, jefe del equipo electoral del candidato Nekliáyev. Por la noche lo llevaron a interrogar y allí mismo negoció, vaya a saber a cambió de qué, su liberación. Luego lo devolvieron a la celda para que recogiera sus cosas. En eso, Dmítriyev explicó a los compañeros de celda que los jueces le habían amenazado con mandarlo la Nochevieja con los “pasamontañas”. Los compañeros, conmovidos, reunieron para él, a modo de despedida, dos paquetes con comida. Y el bribón de Dmítriyev se largó a casa… Mientras se encontraba preso, confesó a los compañeros de celda, sin sonrojarse, que se había comprado un piso con el dinero que había ganado con la campaña electoral y que la política de las fuerzas opositoras le importaba un bledo. No creo que vaya muy errado al pensar que Dmítriyev tirara los dos paquetes con comida en la primera papelera que topara camino de casa, aunque quién sabe, no es improbable que los reciclara para la cena de Nochevieja, ya que un político omnívoro como él no hace ascos a nada.

17

Pasábamos días enteros debatiendo acerca del funcionamiento del sistema judicial, del trabajo de los inspectores y los jueces instructores. También hablábamos mucho de política. A pesar de frecuentes discusiones, todos coincidíamos en que, sin la implicación activa del pueblo en el control efectivo de las estructuras del poder, cualquier régimen democrático derivaba irremediablemente hacia la dictadura. Por muy raro que suena, los miembros de las fuerzas de seguridad son los primeros en advertirlo ya que, a fuerza de frecuentar casi a diario las cloacas del poder, no conservan ilusión alguna acerca de su verdadera naturaleza.

El funcionamiento mismo del sistema judicial es tan sencillo como horripilante. El verdadero poder, y es la clave de todo, lo tienen los inspectores. El trabajo previo de acumulación de pruebas para incoar la causa corre a su cargo. Para conseguirlo, no se ponen ningún límite. La experiencia, la capacidad lógica e intuición juegan el papel primordial. Como a un clavo ardiendo, se agarran a cualquier prueba, por muy irrelevante que sea su peso jurídico. El objetivo de todo inspector consiste en lograr presentar los hechos ante el juez de tal manera que permita entrever en ellos un delito tipificado. En consecuencia, la decisión de incoar la causa se toma basándose en valoraciones subjetivas. El éxito profesional de un inspector se mide por la cantidad de causas criminales incoadas a sus instancias. Le beneficia, pues, que los hechos se interpreten como delictivos y se detecte la implicación efectiva en ellos del sospechoso. Por tanto, los fundamentos de la sospecha se apoyan, a su vez, en el juicio, por demás subjetivo, del inspector. Cualquiera podría ser enviado a prisión preventiva, entonces, si así lo quisiera el inspector.

Ese es el momento de la verdad: uno puede ser acusado por cualquier indicio indirecto, por mínimo que sea. Una colilla con restos del ADN (la saliva, el sudor), la señal del móvil cerca del lugar de los hechos, un casco de botella con huellas dactilares o la denuncia de una persona malintencionada: todo sirve para que a uno lo detengan y envíen a prisión. Antes, cualquier detención tenía que ser sancionada por la fiscalía y en caso de duda pesaban las conexiones personales y el interés que podían tener en el asunto personas influyentes, etc. Hoy en día, para poner a uno en prisión preventiva durante dos meses, basta con la firma del jefe de cualquier departamento policial. Una vez la persona ha sido detenida, rueda inexorablemente “cuesta abajo”, hacia la condena. A partir del momento de la detención, el resto es mera formalidad, y lo es cada vez más a medida que se acerca el juicio. Incoada la causa, un juez instructor se hace cargo de ella. Aunque, a efectos legales, se inicia así la fase de instrucción previa, el juez no hace más que examinar y formalizar según la normativa la información recabada por el inspector al respecto. El éxito profesional de un juez instructor está en proporción directa con la cantidad de causas incoadas que acaben con una condena en firme respecto de la totalidad de las causas instruidas por él, en otras palabras, con el coeficiente de los condenados. Otro índice importante es el grado de gravedad del delito investigado, según el código del procesamiento criminal: leve, grave, muy grave. Resumiendo: a todo juez instructor le beneficia que el acusado, aparte de acabar siendo condenado, lo sea por un delito que revista el mayor grado posible de gravedad.

Lo más descorazonador es que los mencionados índices del éxito profesional de los inspectores y jueces instructores tengan carácter oficial, es decir: las pagas extra de las que son beneficiarios, su promoción y los ascensos están condicionados por esos criterios. Para un juez instructor, no hay mayor fiasco que una sentencia absolutoria del acusado. Puede acarrearle las más duras sanciones, sin excluir el despido. En caso de que, durante la fase de instrucción previa, el juez instructor se vea incapaz de probar el delito que se le imputa al acusado, no dudará en intentar recalificarlo en uno menos grave, castigado con la condicional o pena de prisión cuya duración iguale el tiempo que el acusado ha pasado en prisión preventiva. Aún así, éste sale ganando: es prácticamente imposible salir indemne tras pasar por aquella máquina de picar carne. Las estadísticas constatan al respecto que el porcentaje de los fallos condenatorios en la República de Belarús ¡supera el 99,7%! En Europa es de 80%, aparte de que los delitos por los que cumplen condena la mayoría de los presos en Belarús, en Europa jamás supondrían su ingreso en prisión. Incluso en el trágico 1937, con sus *troikas*\* y juicios sumarios, hubo 10% de sentencias absolutorias.

Cuando el juez acaba de instruir el sumario, lo remite a la fiscalía. Solo entonces el acusado y el abogado defensor pueden tener acceso a él. Hasta ese momento, el juez y los inspectores podían haberles comunicado solo algunos datos. Un abogado, en la práctica, carece de todo derecho y es muy poco lo que puede hacer. La obligación de la fiscalía es comprobar la veracidad del sumario. A juzgar por lo que sucede durante los juicios, en la fiscalía no se toman ese trabajo demasiado en serio. Y, por fin, llega la culminación: se celebra el juicio, que no es sino un farol, un espectáculo. Lo habitual es que el magistrado pase por encima todas las incoherencias e irregularidades. Para él, eso del enjuiciamiento hace tiempo que se ha convertido en rutina. Aun en casos más flagrantes, cuando la contradicción es manifiesta, hace que no detecta ninguna incongruencia. Y es que su señoría prefiere no ir contra corriente, para evitar entrar en conflicto con los instructores que se lo sirven todo masticado y en bandeja. Le resulta menos problemático condenar al acusado basándose en pruebas dudosas para transferir así la responsabilidad al tribunal de instancia superior ante el que se recurre posteriormente la sentencia.

Visto lo visto, el que sentencia en la práctica es el inspector. Una vez incoada la causa, la instrucción posterior recuerda la cadena de montaje, o para ser más preciso, el sistema de compuertas: su mecanismo bien engrasado permite transformar lo inconsistente, tras una fase intermedia, en relevante, sólido y de gran envergadura.

Todo se basa en la argucia de hallar desde el principio los elementos susceptibles de convertirse en “pruebas”. En caso de no poder detectar prueba incriminatoria alguna –y es que hoy en día en Belarús los auténticos sherlock holmes o bien han abandonado las fuerzas de seguridad para buscarse la vida en otra parte o bien están presos- el inspector se rascará el cráneo, por demás, nada privilegiado, para acabar recurriendo a la vieja fórmula de la confesión que nunca falla.

A los testigos se les amenaza con cambiar su estatus al de “sospechosos”, y ya se sabe que de “sospechoso” a “acusado” solo hay un paso. El esquema clásico es el siguiente: si aceptas declarar lo harás en calidad de testigo, si te niegas serás acusado de cómplice. En caso de que las circunstancias del caso excluyen la posibilidad de complicidad en el delito, pueden imputarte por encubridor o amenazan con crearte problemas en el trabajo o el centro de estudios, y no solo a ti sino también a tus amigos y familiares.

Otro procedimiento, algo más complejo, consiste en convencer a uno de los acusados que declare en contra de los demás, a cambio de prometerle una condena más suave. Funciona siempre cuando el delito imputado está relacionado con estupefacientes (art. 328). Se supone que los consumidores de drogas forman un medio social propio en que cada uno de ellos, de una forma u otra, está relacionado con el resto por medio de compra o venta de sustancias prohibidas: una especie de marketing en red.

Por ejemplo, la policía detiene a tres individuos con varios gramos de marihuana o anfetamina. Es un delito leve, clasificado como posesión, que se castiga con una pena máxima de 3 años de prisión (art. 328, 1ª parte). Se asegura a dos de ellos, en caso de que aceptaran colaborar con la investigación, que se les concedería la libertad vigilada o se les sentenciaría a dos años de cárcel o se les aceptaría la redención de condena por el tiempo cumplido en prisión preventiva. Eso en el mejor de los casos, puesto que el juez instructor puede perfectamente faltar a su palabra. Sin embargo al negarse, lo mismo que el tercero, podrían acabar siendo condenados a ocho años, eso si aceptan declararse culpables, y si no lo hacen, a nueve, menudo carrusel.

Para un juez instructor, lo que tiene más valía es, sin lugar a dudas, la declaración del acusado. Y si esta es de culpabilidad, tanto mejor. En ese último caso, el juez puede instruir tranquilamente el proceso paso a paso, completamente seguro de que nada fallará. Los métodos para hacer confesar al acusado son de lo más variado. El más común de ellos es intentar intimidarle. Se le dice que el hecho de confesar redundará en su beneficio. O le toman el pelo, asegurando que son sensibles respecto de su situación, creen más que nadie en su inocencia y harán todo lo posible para que no se le condene. “Para poder ayudarte necesitamos que declares, chico, pues sabemos que eres un <<tío legal>>”, le urgen. Pueden también amenazar con encerrarle en una celda junto con matones, sodomitas, tuberculosos o indigentes. Poner en apuros a los allegados del acusado, sin excluir la posibilidad real de presionarles, es otra de las amenazas habituales. En lo fundamental, el proceso de instrucción persigue el desmoronamiento psicológico del acusado. Los métodos se alternan: interrogatorios hasta la extenuación, presión, gritos, insultos, limitación de libertad de movimientos, privación de agua, luz cegadora en los ojos.

Si no consiguen que el acusado confiese enseguida, lo ponen “a remojar” en una celda, para rendirle por agotamiento. Para un recién detenido, la atmósfera de la prisión es agobiante en extremo durante los primeros días tras el arresto. El desconocimiento y la dureza de las condiciones le provocan pánico y miedo. Si todavía consigue, aunque es infrecuente, hacer acopio de valor para resistir los primeros interrogatorios, la incertidumbre, el ambiente de miedo y el aislamiento total minan a la larga sus defensas, desanimándole. Es el momento que los jueces instructores aprovechan para hacerle creer que le quieren ayudar. Aunque también pueden recurrir a la violencia, desde amenazarle hasta amagar con pegarle o agredirle de verdad dándole coscorrones, bofetadas, golpes en el pecho o en la pierna. En cuanto a las promesas de violencia extrema, de torturas o agresión por parte de otros presos, quedan, por norma, sin materializar. Aunque tampoco se puede fiar del todo. Eso sí, dichos métodos constituyen delito, por lo que emplearlos supondría correr el riesgo de perder el puesto de trabajo cuando no la libertad. Pero siempre hay excepciones: sobran muestras de ello. Sin embargo, hay quienes aguantan, no se rinden y salen vencedores de esa lucha desigual.

Aun las declaraciones en que el acusado niega su participación en el hecho delictivo, poseen cierto valor para el juez, que las utiliza como plataforma para la instrucción posterior. Alrededor del 80% de las causas instruidas se basan en las declaraciones prestadas en el curso de la instrucción previa. El sistema se ha habituado a que las cosas funcionen de esa manera, y es su mayor debilidad: lo que más teme el juez es que el acusado se niegue a declarar. Porque eso le obligaría a emplearse a fondo para elaborar una base probatoria sólida. No hablemos ya de que nadie le puede garantizar que las posibles irregularidades pasen desapercibidas. Pongamos que el juez instructor presenta a un falso testigo, en cuyo testimonio se fundamenta toda la acusación. Y el acusado por su parte realiza durante el juicio unas declaraciones que dejan en evidencia la falsedad del dicho testimonio. Entonces, el juez instructor se verá en un serio aprieto. Por eso mismo, negarse a declarar ante el juez instructor es el método más efectivo y útil.

Sea como fuere, una vez estás detenido, la posibilidad de que te absuelvan es ínfima. En esas circunstancias, minimizar el daño ya de por sí es una victoria. Pero incluso en el mejor de los casos sería una victoria pírrica.

Tres meses en prisión preventiva es mucho tiempo, un verdadero castigo. Los que han hallado la manera de no convertirse en presa fácil para la instrucción pueden pasar entre rejas antes de que se celebre el juicio un año, dos e incluso más. Durante ese período, los cambios, las pérdidas, las rupturas y los olvidos son inevitables. Este es el precio que tendrán que pagar por haber osado ir contra corriente y poner en duda la autoridad de los poderosos.

No se puede dejar de mencionar el elemento clave del sistema, ese que pone la instrucción en marcha y que determina las cantidades de material humano destinado al banquillo de los acusados. Se llama PLAN. Aunque su existencia es extraoficial, es el que condiciona los parámetros cuantitativos del trabajo de un juez instructor. Conforme estos, el número total de causas criminales, de distinto grado de gravedad, incoadas a lo largo del año corriente no puede ser inferior al mismo número del año anterior. Al igual que el coeficiente de delitos resueltos. En otras palabras, los jueces y los inspectores se guían en su trabajo no solo por incentivos económicos o de promoción profesional sino que, además, echan los hígados por cumplir con cantidades estipuladas. Si no llegas, deja tu lugar a otro, quizá menos cualificado pero, en cambio, más astuto e inescrupuloso.

Presunción de culpabilidad constituye el principio básico del sistema represor (no merece otro nombre) del régimen bielorruso. ¡Estas son su moral y su justicia!

18

Falta poco para la celebración de la primera vista judicial. La espero como si de una salvación se tratara. Pero antes se me concede un breve cara a cara con mi padre. Pantalla de cristal, el auricular… Cómo pesa encontrarme no más de un metro de una persona tan querida y no poder darle un abrazo. Mi padre me insinúa que es consciente de que, tras el juicio, ingresaré en prisión. Me alegra saber que lo comprenda y esté preparado moralmente. Ahora, las falsas esperanzas de que sería absuelto cien por cien, etc., que contenían las cartas que recibí de casa solo me provocan un amargo escepticismo. La cruda verdad siempre es mejor. Durante el cara a cara, doy a entender a mi padre que mi espíritu sigue inquebrantable y que afrontaré la sentencia con impasibilidad.

La última noche antes del juicio… Estoy deseoso de cambiar de aires, ver a mis padres, parientes, amigos, conocidos, compañeros, simpatizantes. Por fin podré, aunque brevemente, tratar con mis correligionarios. Cuántos años de esperanzas, ilusiones, intentos, errores, desilusiones, triunfos, asambleas y discusiones compartidas. Todos nosotros comenzamos de cero, de un impulso confuso de libertad, justicia y hermandad. El marco de los movimientos juveniles era demasiado estrecho para nosotros ya que, debido a nuestra propensión intuitiva a la emancipación, no admitíamos medidas a medias. No se debe limitar a las personas.

Primeros artículos sobre el anarquismo, descargados de páginas cutres y grabados en disquetes, primer libro de Kropotkin. Para nosotros, no había tesoro más preciado, pues a través de él el sueño tomaba cuerpo. A partir de entonces, ni la omnipotencia de la autoridad, el servilismo del pueblo o la indiferencia del ciudadano medio han conseguido frenarnos. De conversaciones aderezadas con cerveza, sobre un banco en el parque, al *samizdat*. Primer grupo anarquista en el barrio, y luego en la facultad. Primera manifestación y primeros contactos con otros entusiastas de la causa. La cultura *DIY*, reuniones, acciones en la calle, pegatinas, folletos, periódicos… Guerra callejera contra los fachas, conciertos, viajes… Con la marcha de los primeros desencantados se pierde el romanticismo inicial. Los que se quedan estrechan aún más los lazos… Crisis personales, cual francotiradores, abren grandes brechas en las filas… La época de juventud libre de preocupaciones ha tocado a su fin: es necesario buscar trabajo, un lugar donde vivir. Los gastos de luz, agua, gas, teléfono obligan a revalorizar las nociones de justicia social y explotación. El pan nuestro de cada día… “Menos hablar y más hacer” se impone como piedra angular de la existencia. El crecimiento se hace notar en todas partes, cuantitativo y cualitativo. Empezó en 2008. El anarquismo. Aniquilado tras las alambradas del GULAG, renació durante la *perestroika*. Desde entonces, habrían de transcurrir veinte años de fatigas antes de que se sucedieran varias generaciones de activistas y se elaboraran métodos de acción y formas de organizarse. Ahora ya somos un auténtico movimiento social y estamos dispuestos a pelear por la realización plena de los ideales humanistas.

La autoridad se empecina en que nos arrepintamos y nos cubramos de fango los unos a los otros, presentándonos como personas quebrantadas que se lamentan por su vida “echada a perder”. Los poderosos pretenden celebrar un juicio modélico, a modo de escarmiento, para deleitarse en su dominio. ¡Pero no sucederá! No renegaremos de la esencia misma de nuestra vida, pidiendo clemencia. ¡No daremos motivo alguno a los compañeros para que duden de nuestra elección! Amamos demasiado la libertad para rogar por ella. Firmeza y resolución, es lo que observarán nuestros seres queridos sobre nuestros rostros a la hora de la verdad. El orgullo que les inspiramos y el respeto de los compañeros es todo lo que queremos. Iremos al presidio sin dejar de ser lo que somos…

19

…Por la mañana, la guardia, las esposas, el coche celular con su interior angosto y oscuro. El vehículo avanza a través de la ciudad sin pararse en los semáforos, con la sirena sonando. Para no perder el equilibrio, tengo que apoyar la cabeza contra la pared. El coche se detiene delante de la puerta de atrás. El acceso al edificio está custodiado por dos filas de agentes que forman un pasillo. Nos trasladan uno por uno al sótano. Allí nos distribuyen por celdas con muros de cemento, tan estrechas como el interior del coche celular, de un metro por cincuenta centímetros. Luego, nos registran con esmero. Es en ese momento cuando, por fin, cruzamos las miradas: Sania, Kolián… Tenemos ganas locas de decirnos tantas cosas, abrazarnos, estrecharnos la mano. Pero de momento, nos limitamos a saludar con la cabeza, observándonos atentamente. Se nota que cada uno quiere saber, impaciente, hasta qué punto conservamos alta la moral. El tono firme de nuestras voces y el modo en que tratamos a los guardias dejan nos confirman que ninguno ha tirado la toalla. Así las cosas, nos soltamos cada vez más, conversando, pese a las continuas llamadas de atención por parte de la guardia, y esa primera toma de contacto nos reconforta sobremanera. Vetkin intenta meter baza, pero ninguno le hace caso. Su mirada denota la curiosidad de un escolar. Podría haber llegado a ser todo y acabó siendo nada. Es muy triste. Una larga espera dentro de la celda. Las paredes están cubiertas de garabatos: alias, artículos del código penal, penas impuestas, peticiones. Abundan menciones de los artículos 205 y 328, en los que se recogen delitos relacionados con robos y narcotráfico respectivamente. Estampo mi firma, dibujo símbolos y eslóganes. Que sepan que no solo se castiga con cárcel la codicia y otros delitos comunes. El tiempo pasa muy despacio.

…Por fin, llega nuestro turno. Nos hacen formar una columna y luego nos conducen a la sala donde se celebrará el juicio. En el vestíbulo, multitud de gente; flashes de cámaras de fotos. Todo eso nos provoca estupor. En la entrada de la sala, detectores de metales, mucha policía y agentes de paisano, un delirio. Ya dentro de la jaula de los acusados, nos quitan las esposas. Intentamos conversar entre nosotros, pero los guardias nos vigilan de cerca, cortando de raíz cualquier tentativa de intercambio de palabras. Avisan que el edificio de los juzgados está rodeado de antidisturbios. En resumen, han montado un espectáculo alrededor de otro. Llegan los abogados; una tras otra, aparecen caras conocidas y desconocidas, formando multitud. Durante los largos meses de prisión preventiva, se pierde la costumbre de estar en sociedad, hasta el punto de que uno se siente desconcertado a la vista de tanta gente alrededor: padres, parientes, amigos, conocidos, compañeros. Su presencia nos sube tremendamente el ánimo, pues demuestra que podemos contar no solo con nosotros mismos sino también con todas esas personas que se preocupan por nosotros. El aislamiento al que nos hemos visto sometidos hasta ahora, se resquebraja por los cuatro costados.

El juez y ambos miembros del jurado fingen no advertir lo absurdo de ciertas pruebas y declaraciones, pasando por alto el hecho manifiesto de que hayamos sido presionados por los inspectores, etc. Parecen zombis. Los testigos, uno tras otro, se retractan de lo que “declararon” con anterioridad. El fiscal les mete presión, pero sin resultado. Durante las largas horas de palabrería, articulada por personas totalmente ajenas al asunto, aprovecho el rato para mirar por la ventana. Jamás imaginé que alguna vez la vista del verde de las hojas y del azul del cielo me haría disfrutar tanto. De un cielo no atravesado por las rejas.

El fiscal, alias “amigo castor”, afirma durante las deliberaciones que los acusados solo reconocen las leyes de física y química. Cierto, como también las demás leyes naturales de la existencia: las de biología, las de la historia, aparte de la ley moral, la más importante, en la que descansa la esencia misma de la naturaleza humana y la evolución social.

Nos conceden la última palabra. No me he preparado, pues creía que no sería hasta el día siguiente. He escogido hablar de Dima Dubrovski, nuestro compañero víctima de calumnias y persecución. Vetkin y Konofalski, esos canallas, le responsabilizaron durante la instrucción de ciertos actos, pero sus mentiras se han hecho patentes durante el juicio. De nosotros cuatro, el que más tuvo que sufrir fue Dima, por mucho que había conservado lo que esa sociedad miserable entiende por “libertad”. En su caso, se recurrió a métodos de investigación más infames. Pero Dima lo ha resistido todo y es seguro que, en adelante, superará cualquier adversidad. Personas como él son compañeros para siempre. Nuestra hermandad sobrevivirá aun los años que he de pasar tras las rejas. En su última intervención, Sania y Kolia han pronunciado un discurso muy digno. Como tenemos la conciencia limpia, las privaciones que nos esperan no serán sino un premio. El juez pronuncia la sentencia: qué se le va a hacer, también Majnó estuvo preso. ¡Ocho años de prisión como un solo suspiro! Echo un último vistazo a mis seres queridos congregados en la sala. Excepto a mis padres, tardaré mucho en volver a verles. Me despido del abogado. Esa persona, cuando me visitó en la prisión preventiva del KGB, fue como una bocanada de aire fresco. Me ayudó todo lo que pudo en aquella situación desesperada. Estrecho la mano de Kolia y le doy un abrazo. Poder compartir la suerte de compañeros como él es un honor para mí.

Vetkin fue agraciado con cuatro años de libertad vigilada. Él, Zajárchik, Arsénchik, Búrochka, llevarán una vida despreciable, mísera. La delación es imperdonable. ¿Qué podrán enseñar a sus hijos si es que llegan a tenerlos?

…Otra vez el coche celular; la próxima parada: el KGB. Al bajar grito: “¡Compañeros, hasta la vista!”.

20

El vis a vis con la familia. Esa vez han dejado que venga también la madre. Nuestras madres queridas… Son ellas las que sufren de verdad. Los padres se angustian también, pero está en su naturaleza creer en que les hará bien a sus hijos que la vida los ponga a prueba. Las madres, en cambio, jamás aceptarían razonar en clave positiva la prisión de sus hijos. No pueden pasar un día sin preocuparse por ellos. Se podría afirmar que la madre de un preso vive cumpliendo condena con él, día tras día, año tras año: espera en las colas que se forman en la prisión para entregar paquetes para los reclusos; espera sus cartas, siempre atenta a cualquier noticia que pueda llegar del penal o el presidio en que su hijo está internado. El heroísmo y el martirio de esas mujeres son auténticos. Soy consciente de lo que mis padres están sufriendo por mi culpa, aunque también me alegro, durante el vis a vis, de que estén enérgicos y orgullosos de mí. Intercambiamos impresiones acerca del juicio. Me cuentan lo que piensan al respecto distintas personas, que me mandan saludos y me desean buena suerte. Nuestra derrota, que la celebración del juicio venía a confirmar, lo es solo en apariencia. Ese tipo de procesos no hacen sino cavar la tumba para el régimen. Es evidente que siguen sin aprender las lecciones del estalinismo.

Mis últimos días en *Amerikanka*. Voy notando cómo ese lugar está perdiendo su poder sobre mí. Rayos de sol, aunque inquietantes, lucen muy bonitos sobre la superficie áspera de los muros. El medio año de encierro no ha pasado en balde para mí. La impronta de esa casa de piedra roja permanecerá grabada en mi alma para siempre. Dentro de sus paredes, donde el mundo exterior se desintegra, aun la esperanza acaba muriendo y el tiempo y el espacio dejan de existir. Allí, una congoja constante hace que la vida se encoja, para formar un ovillo hecho a medias de miedo y voluntad. Miro por última vez esos muros macizos y adustos, los pasillos, las escaleras, los pasamanos, la torre de vigilancia, la espiral del alambre de espino, las puertas de hierro: centenares de detalles que componen un monolito, cuyo única función consiste en aplastar a la persona. Pero gracias a ese infierno y sus horrores, pude mirar dentro de mí mismo y aprender muchas cosas. Es un materia prima inmejorable para visiones anti-utópicas, al son de *industrial ambient*. Lástima que no entienda de arte, si no, sabría encontrar una expresión cabal para su contenido. ¡Lástima!

A lo largo de una semana, me topo tres veces con una chica atractiva de trenzas rubias. Forma parte del personal de servicio. ¿A qué viene semejante descuido por parte de los celadores? Qué más da. Mentalmente, yo ya no estoy aquí. Un día de estos me trasladan a *Volodarka*. Mis compañeros de celda se muestran ensimismados. Sus juicios respectivos ya están en curso. Acabamos de saber que a Vladímir se le denegó el indulto. Zajar comenta de él que confiaba en que se le enjuiciara conforme el artículo 70 del código penal, que es menos que nada, pero a cambio se esperaba de él que hiciera *algo* para merecer semejante magnanimidad. Recuerdo que Molchánov nos contó que cuando había tenido acceso a su sumario se había topado con un informe sobre cada uno de los presos de nuestra celda, aunque carente de toda información comprometedora. Al hacer cuentas de cuándo fue, resulta que un par de días después a Vladímir lo trasladaron a otra celda. Fue él mismo quien había intentado sonsacarme el nombre del “jefe de los anarquistas” y el de quien me “mandaba”, aparte de preguntar sobre la receta del cóctel molotov e inducirme a que cometiera algún acto de desobediencia. Ante sus intentos, yo me hice el tonto y le tomé el pelo al gilipollas…

Fue uno de mis últimos días en *Amerikanka* cuando la puerta de la celda se abrió, franqueando el paso… ¡al coronel Orlov en persona! Naturalmente, venía a por mí. Tuvimos una conversación. Se interesó por mi estado de ánimo en relación con la condena que me tocaba cumplir. Incluso dejó entrever cierto sentimiento de condolencia por su parte. Desconfiado del sentimentalismo de los chequistas, le dejé hacer, esperando a que fuera al grano. Sin embargo, logró sorprenderme. Me propuso a bocajarro: “¿Por qué no viene a trabajar de hacker con nosotros? ¡Mire a los chinos! Tendrá su propio portátil”. Confieso que me dejó atónito. Sin obtener respuesta, Orlov volvió a la carga: “Si no quiere hacer de hacker, entonces podría integrarse en el personal de servicio. Las condiciones son muy buenas, tienen muchas ventajas”. Rotura de esquemas, explosión cerebral, choque total… ¿Acaso en algún momento yo haya podido darle algún motivo para que me proponga *algo así*? ¡Cuántas personas cayeron luchando contra esa maldita organización de la que él era miembro! ¡Cuántos millones de ciudadanos, y de los mejores, fueron sus víctimas! ¡De qué manera están vejando ahora mismo a toda una nación! Y encima creen que yo podría traicionar mi conciencia a cambio de su limosna miserable: la comodidad, las oportunidades… Ya las tuve y no me arrepiento de haberlas perdido… Eso fue lo que le respondí:

-Antes voy al presidio.

-8 años son muchos.

-No me importa, los aprovecharé para formarme.

-Es lo que dice todo el mundo. Los primeros tres años todavía se puede aguantar, pero luego…

-Tendré la oportunidad de saberlo por mí mismo. Nuestro Estado humanitario me ha concedido esa posibilidad.

A decir verdad, no acabo de comprender la mentalidad de los coroneles del KGB. Saben mostrarse muy convincentes al mentir. Es su deber profesional, de acuerdo, pero mientras, no sé distinguir cuándo lo hacen por razones pragmáticas y cuándo expresan su verdadera opinión. En su boca, todo suena igual. Orlov aseguró en varias ocasiones que su objetivo era hacernos dudar. Y no cabe duda de que, a ratos, lo consiguió. Desde mi punto de vista, la especialidad de un coronel del KGB es resolver encargos delicados, ni más ni menos. En cuanto a Orlov, me da la sensación que sintiera lástima por nosotros. Aunque no de la misma manera como podrían hacerlo personas normales y corrientes. Era otra cosa. Orlov tenía algo de Kramer, aquel loco de “Saw”. Aunque quizá me equivoque, pues Kramer, al fin y al cabo, se guiaba por razones éticas. Su meta era la humanización del individuo en condiciones extremas. Por el contrario, el KGB y el humanismo están en las antípodas. Creo que el personaje qué más se acerca a Orlov es O´Brien de “1984” de Orwell: convencido, metódico, despiadado.

…El traslado a *Volodarka*. ¡Por fin! Me despido de mis compañeros de celda, cojo mi macuto y, tras el cacheo de rigor y algunos trámites, subo al coche celular. Pero antes, me vuelvo para mirar el edificio de *Amerikanka*: aquel lugar saturado de sufrimiento, pena y desesperación… Algún día, se convertirá en museo.

21

*Volodarka*, con sus vastas y sombrías bóvedas y largos pasillos. No obstante, la soltura en el trato de los celadores y los presos desmiente al punto aquella silenciosa adustez. Detrás de la fachada, se esconde un verdadero hormiguero, atravesado por millares de hilos, que bulle de vida. Me entregan un colchón, y, tras una ducha fría y una breve espera, hago mi entrada en la celda. Nada que ver con aquella ocasión cuando por primera vez pisé una celda de *Amerikanka*… Aquí tengo la impresión de haber ido a parar a un vestuario de mano de obra extranjera. Nada más entrar, me convierto en el foco de todas las miradas, proyectadas desde las literas de arriba y de abajo, desde la mesa e incluso desde el suelo. Quince tíos en calzoncillos, envueltos en una densa nube de humo de tabaco, sudan intensamente a causa del calor y falta de aire. ¡Ahora sí que estoy en una cárcel de verdad!

El día que llegué allí, un 4 de junio, fue feliz para mí.

En la celda que disponía de diez camastros había dieciséis personas. La mitad de los presos eran delincuentes económicos y la otra, tres toxicómanos, un ladrón de coches, un estafador, un antiguo diputado, un deudor de pensión alimenticia, un homicida, un asaltante, un preso político –Kazakov-, en resumen, arca de Noé. Allí el movimiento no cesaba durante las veinticuatro horas, y el aire, aparte de humo de tabaco y transpiración, estaba impregnado de una especie de espíritu de libertad. Me ofrecieron té y me dieron de leer un diario con un reportaje sobre mi juicio. El reportaje venía acompañado de una foto mía, de modo que mis nuevos compañeros no perdieron la ocasión de compararla con el original. El nuevo ritmo de vida y un ambiente de libertad me provocaron un efecto inesperado: durante tres días no pude salir de mi estupor. ¡Medio año en Amerikanka hace que uno pierda la costumbre de estar con mucha gente y se encierre irremediablemente en sí mismo! Mis compañeros de celda lo advirtieron y me mostraron su solidaridad, interesándose por las condiciones de vida en *Amerikanka* y los métodos de presión que se aplicaban allí a los presos. Me esforcé en satisfacer su curiosidad todo lo que pude, pero hubo ciertas cosas no conseguí expresar con palabras. ¿Cómo describir la angustia que iba en aumento día tras día ante la amenaza de vejaciones? ¿O la sensación de estar siendo vigilado constantemente? En las celdas de *Volodarka* había ángulos muertos: espacios inalcanzables desde la mirilla en la puerta; el retrete se encontraba aislado del resto de la celda, y uno tenía la posibilidad de quedarse solo, aunque sea por un momento. No era gran cosa, pero únicamente el ser desposeído de ello hace comprender lo que significa para el individuo la pérdida de su propio espacio.

Según se acordó, yo podía disponer de mi catre desde las 8 de la mañana hasta las 8 de la tarde; las siguientes doce horas tocaba a otra persona ocuparlo. Así es como fue transcurriendo mi vida allí: de día dormía y de noche alternaba con los demás, jugaba a las tablas y al ajedrez, o me ocupaba de distintos asuntos de la cotidianidad. Gracias a un ingenioso sistema de comunicación entre presos, pude establecer contacto con Sasha, que se encontraba en *Volodarka*: ¡un auténtico regalo! Los dos sacamos aprovechamos al máximo la oportunidad. Así descubrimos que coincidíamos por completo en la manera de valorar lo que nos había sucedido. En los momentos de aislamiento y pesadumbre, se agradecen la unidad y entendimiento mutuo. Ya nos gustaría que allí, extramuros, las cosas fueran de otro modo, sin tantas pérdidas y decepciones. Pero qué le vamos a hacer: *marsh or die*, como decían los legionarios.

Un breve cara a cara con la madre. Por fin pudimos hablar sin preocuparnos porque el KGB nos espiara. Me contó, de manera relativamente detallada, lo que había sucedido durante los seis meses de mi encarcelamiento. Fue como si se me abrieran los ojos. El aislamiento había creado la ilusión de calma total, cuando, en realidad, una actividad frenética se producía en el exterior. El dique se vino abajo. Un torrente de cartas con palabras de apoyo y solidaridad, por parte de las personas más diversas, conocidas y desconocidas y aun de aquellas de las que en ningún caso esperabas que se interesaran por ti, se abrió camino de repente. Cosas así le cargan a uno de energía y aumentan su fuerza.

…Al cabo de diez días aprendí los rudimentos de la vida en la cárcel. Personas diversas, de hábitos y condiciones diferentes, compartían, por mandato del malvado destino, la misma desgracia de ser privados de libertad. Tras hablar con una multitud de presos acerca de su situación, condiciones de vida en cárceles y presidios, tácticas de conducta de los acusados y los jueces instructores elaboradas a lo largo de años y transmitida, cual una sabiduría ancestral, de recluso en recluso, pude descubrir la esencia misma del sistema “responsable de la aplicación de la ley”. Se trata de un sistema represivo que forma parte orgánica del modo general de funcionar de la sociedad bielorrusa. Las tesis que elaboré al respecto, sin basarme en el ideario anarquista siquiera, incluidas en el apéndice del *Diario*, son resultado de mis conversaciones con distintos internos –políticos, empresarios, científicos, funcionarios, ex policías y criminales- mantenidas en un ambiente de solidaridad y confianza que se da en las condiciones de extrema dureza propias de la vida en prisión.

22

…Me trasladan. Ni siquiera sé adónde. Después de sacarme de la celda por la mañana, me encierran hasta la noche en la sala de registros, junto con otros infelices, que se cuentan por decenas. La inmensa mayoría son jóvenes, de distintas zonas del país; sus rostros expresan preocupación y desconcierto. Nos cachean dos veces: primero, los celadores, y luego, los de la escolta, que para ello usan guantes de goma y detectores de metales. En la sala de registros me cruzo con un preso político, apellidado Kirkévich: estuvo internado en *Amerikanka*, y en *Volodarka* compartiócelda con Kolia. Kirkévich insiste en hablar solo en bielorruso\*. Unos compañeros nos prestan un hervidor y una taza y así podemos tomarnos un té. Tras hacernos pasar por otra sala de registros, donde no hay agua, por fin nos llevan afuera. Una vez en la calle, nos ponemos en fila junto a un muro, debajo del arco del patio. Pasan la lista. Al que llaman tiene que subir con sus pertenencias al coche celular. Allí dentro, vamos apretados como sardinas en lata. El vehículo se dirige a la estación de tren. El lugar del embarque está acordonado por la policía. Después de atravesar uno por uno el pasillo formado por dos filas de guardias subimos al vagón: el mítico *stolipin*\*, con compartimientos de triple litera, sin puertas ni ventanas, separados del pasillo por una reja. *Chinese express*.

Eso es todo, comienza una nueva etapa. ¿Y qué es lo que he aprendido de un tiempo a esa parte? El verdadero tesoro son las personas que no te abandonan a pesar de las adversidades. Solo merecen confianza los que comparten privaciones contigo, a tu lado y a distancia. Lo demás no deja de ser frágil.

El pasado permanece en el recuerdo, el futuro, en la imaginación, y solo el presente es realmente importante, cada uno de sus instantes concretos. El pasado quedará descolorido, víctima de tergiversaciones y calumnias; el futuro que uno anhela puede que no llegue. Sin embargo, mirar atrás en el tiempo y procurar ir hacia adelante llenan de sentido ese Aquí y Ahora.

Hoy no hay libertad. Mientras exista el Estado, no podremos ser libres. Pero es posible rozarla y sentir su aliento mientras se lucha por conseguirla. En esa lucha se materializan el sentimiento y el pensamiento reprimidos por la disciplina estatal. Luchando por la libertad, no solo acercamos el día anhelado del triunfo de la justicia sino que además rescatamos a nuestro propio ser de una existencia gris y degradada. Cualquier acto de liberación tiene sentido Aquí y Ahora.

Me aguardan años de oscuridad y privaciones, pero no me preocupa. Cuanto peor, mejor, pues lo que no nos mata nos hace más fuertes. Revertir en beneficio propio las duras pruebas que me toquen en suerte es la única solución correcta. Se me presenta la oportunidad de conocer desde dentro el mundo nacido de la vorágine secular que arrastró a millones de destinos humanos tras las rejas y alambradas de las cárceles y los campos.

…El tren se dirige a algún punto del norte. Todo el mundo duerme, salvo dos presos veteranos que hablan sobre la vida en el presidio y el guardia con chaleco antibalas que va y viene despacio por el pasillo. Se me ha pegado la melodía de la canción carcelaria “Voy a Magadán”, y nada me pesa en el alma.

Verano de 2011.

Apéndice

La corporación

La República de Belarús funciona como una corporación familiar, cuyos beneficios anuales rondan varias decenas de miles de millones de dólares (el beneficio anual de *Intel*, por ejemplo, son 15 mil millones de dólares, y de *Apple*, 45 mil millones). A la cabeza de la corporación se encuentra un consejo de administración compuesto por ministros y jefes de comités, que dependen del Consejo de Ministros. No son propietarios sino gerentes de alto rango. Cualquiera de ellos puede ser destituido y enviado a la miseria en cualquier momento. El único propietario real es la Familia. Los mandos intermedios de la corporación (ejecutores de proyectos) se acercan a 1000 personas. Todo poder real se concentra en sus manos. Son los cuadros ejecutivos de base los responsables de la aplicación local de la política de la Corporación. En total, el aparato corporativo cuenta con aproximadamente noventa mil funcionarios. Ellos son la clase gobernante del país. Son dos las funciones más importantes que tienen a su cargo: controlar la totalidad de la actividad económica nacional, con el objetivo de recaudar tributos, y salvaguardar la Corporación ejerciendo la represión social.

El negocio más lucrativo de la Corporación es la exportación de petróleo importado desde Rusia y refinado en Belarús así como de productos derivados de él, de fertilizantes a base de potasio, de maquinaria, de lácticos y cárnicos y de productos químicos.

80% de toda la propiedad en el país pertenece al estado, el resto a particulares. El sector privado es más efectivo que el estatal, pero la Familia frena por todos los medios su crecimiento. Las causas de ello son las siguientes. En primer lugar, la propiedad estatal es más fácil de saquear, y la parte de león en el pillaje se destina a la Familia en persona. En segundo lugar, se ponen en juego los intereses del aparato corporativo. Junto con los privilegios que les asegura su estatus, el personal dirigente aspira a participar en el reparto de beneficios a cambio de su lealtad. Así las cosas, florece el saqueo legal y el robo directo, el cobro de comisiones ilegales, la subcontratación, el nepotismo, etc. Los mecanismos corruptos funcionan a la perfección. Y la Familia tiene que resignarse ante ello. En tercer lugar, la privatización, aunque promete beneficios momentáneos en caso de producirse, conlleva un aumento cuantitativo del elemento burgués, es decir, de personas jurídicas particulares y empresarios privados. El peligro radica en el hecho de que la burguesía, por su naturaleza, no quiere compartir el pastel con nadie, por lo que intentaría seguramente sacudirse el yugo de la Corporación. Por su gran número, su capacidad de gestión, voluntad y medios a su alcance, la burguesía busca unirse con movimientos políticos de corte liberal (la oposición) y/o una parte del aparato de la Corporación. Su objetivo es destronar a la Familia y establecer un órgano colegial de gobierno, es decir, un parlamento. Pese al peligro que representa para la Familia el sector privado, ésta no puede permitirse el lujo de eliminarlo por completo, ya que le sirve para tapar agujeros en la maltrecha economía estatal.

En el nivel más bajo de la escala social, por debajo del aparato corporativo y sujetos de la economía, se halla el pueblo llano llamado bielorruso. No posee nada, puesto que su bienestar depende mayormente de las asignaciones del presupuesto estatal y empresas con capital del estado. El pueblo es un dolor de cabeza constante para la Corporación, porque tiene necesidades que hay que cubrir: salarios, exenciones, asistencia médica, transporte, educación, ocio, etc. Los problemas comienzan en el momento en que las masas expresan su descontento. En última instancia, el descontento popular en sí y los disturbios que puede acarrear no representan un auténtico peligro para la Corporación. Son fáciles de reprimir por las fuerzas de seguridad. El número de funcionarios del Interior por cada mil habitantes es de 14,5. Sin embargo, la burguesía y las fuerzas políticas liberales podrían aprovechar en su propio beneficio el descontento popular. Por eso mismo la Familia utiliza todos los medios para ahogar cualquier expresión propia de la sociedad civil e impide la formación y consolidación de fuerzas liberales, reprimiendo de forma encubierta a miembros más activos de la burguesía y la oposición (expulsiones de centros de estudios, despidos, inspecciones de negocios, etc.).

El descontento popular es permanente. La sucesión lógica de los acontecimientos sería la siguiente: descontento-disturbios-huelgas-revuelta-revolución. Aunque lo que más preocupa a la Corporación no es ni siquiera la influencia que puedan ejercer los liberales sobre las masas sino la desafección de éstas hacia cualquier fuerza política. En caso de que la población comprendiera que toda la riqueza del país es fruto exclusivo de su esfuerzo y que, sin los trabajadores rasos, los jefes no son nada, tomaría conciencia de su propia fuerza y se convertiría en pueblo. El pueblo es eso, la sociedad consciente de sí misma, de sus derechos y sus intereses. ¡Tiemble, entonces, cualquier poder!

Todos los políticos, en todos los tiempos, han desconfiado de la “carta popular” en su juego. El reverso de esa carta es la revolución social. Es imposible reprimirla de otro modo que no sea mediante un terror ilimitado. Los bonapartistas de los tiempos de la Revolución Francesa y los bolcheviques se vieron en esa situación. ¡No en balde Lenin y Trotski afirmaban que las revueltas populares eran para ellos más peligrosas que todos los ejércitos blancos juntos!

Esa es la razón por la que la Corporación no escatima medios para fomentar la indiferencia de la población hacia la política. Es por eso por lo que su segundo cometido más importante consiste en garantizar su propia seguridad, ejerciendo, si hace falta, represión social.

La Corporación cuenta con organismos especiales encargados de estudiar, con ayuda de métodos científicos más avanzados, la influencia que puedan ejercer los altibajos de la economía sobre la disposición mental y anímica de las masas. Al manipular hábilmente los números de la política social, la Corporación logra, año tras año, asegurar una relativa indolencia de la población. Uno de los mecanismos que sirven para ese fin es el Comité Estatal de Control, que, a su vez, está controlado desde arriba. Aunque son pormenores. Generalmente, el sistema de la represión social trata de imponer a la población los siguientes valores:

-el conformismo, uno de cuyos efectos consiste en que las personas sientan miedo y vergüenza de no pensar igual que los demás;

-el consumismo, que asocia los progresos personales con los bienes materiales al alcance de uno;

-el nacional-patriotismo, que con su exacerbación del sentimiento colectivo persigue convertir los símbolos de la Corporación en objeto de culto por parte de la población e infundirle el sentimiento de unión e identificación con la clase gobernante, aparte de presentar a otros países como enemigos declarados o encubiertos.

La política de la represión social incluye el mantenimiento programado de la escasez permanente -cuando los medios disponibles apenas si alcanzan para sobrevivir-, de la sensación de amenaza interna y externa, con el fin de distraer a la gente de los problemas reales y las causas que los generan.

Además de imponer valores destructivos y de servir, vía mediática, mentiras y atontamiento a diario, la Corporación lleva a cabo las políticas activas de alcoholización y narcotización de la población. La primera se lleva a cabo de modo legal, gracias al monopolio sobre la venta de alcohol y tabaco. La segunda, de forma clandestina, mediante la protección encubierta de laboratorios de droga, canales de suministro y distribución (¡ni más ni menos!). Además de aportar enormes beneficios, esa es una herramienta de control social muy útil.

El sistema ideal, desde el punto de vista de la Familia, lo integrarían:

-un aparato corporativo absolutamente leal e infalible;

-una burguesía mansa, siempre dispuesta a ser trasquilada;

-una oposición formal, inviable, que sirva de tapadera ante el mundo “civilizado”;

-un rebaño obediente, en lugar del pueblo, que se halle en un estado de degradación total.

Para la Corporación, las personas son material desechable. Jamás faltarán trepas y gentes inescrupulosas dispuestas a lo que sea con tal acceder a la clase gobernante, habiendo recibido previamente la formación correspondiente y renunciado a toda ética. ¿Y los demás? Que se acanallen o emigren…

La manipulación social, la despersonalización cultural y la dependencia económica del estado son, sin embargo, herramientas secundarias de la opresión. Su verdadero caballo de batalla es el aparato represivo integrado por juzgados de instrucción, la fiscalía, tribunales y centros “correccionales”. En los capítulos anteriores ofrecí una descripción detallada de su funcionamiento. Su lógica requiere que la incoación de nuevas causas sea constante, lo cual asegura la supervivencia del propio sistema. ¡En Belarús, la reincidencia alcanza, como mínimo, 45%! Es evidente que el sistema reproduce la delincuencia para su propia perduración. Nuestras vidas sirven de combustible para los órganos represivos. Lo arriba expuesto se limita, claro está, a explicar los principios básicos de funcionamiento y auto mantenimiento de ese mecanismo. ¿Pero cuál es el objetivo último de la represión y qué clase de efecto sobre la sociedad procura? A simple vista, “una rotación rápida” de la población reclusa en que el ciudadano libre es encarcelado una y otra vez comportaría mayor provecho para el sistema. En otras palabras, sería más útil castigar a los reincidentes con condenas cortas, con el fin de que salieran cuanto antes en libertad para volver a delinquir, ser imputados de nuevo o servir de cabeza de turco para purgar delitos ajenos, etc. Ciertamente, los delincuentes profesionales que han adoptado el modo de vida del hampa por carecer de oficio o los simples pobres diablos son castigados con penas relativamente leves. Al mismo tiempo, enorme cantidad de ciudadanos sin antecedentes penales son castigados, al cometer un delito leve, con largas condenas de prisión, lo cual, dentro de la lógica del sistema represivo, es difícilmente comprensible. La relación entre la política social de la Corporación y el conjunto de rasgos psicológicos de los delincuentes considerados criminales (cuyas condenas oscilan entre 3 o 6 y 20 o 25 años de cárcel) nos puede dar una pista. En su mayoría, y eso salta a la vista de cualquiera, son personas más activas, emprendedoras, inteligentes, originales y, lo que es más importante aún, firmes en sus principios que el ciudadano medio bielorruso. Con penas leves se castiga bien a delincuentes profesionales (son contadísimos, y pocas veces se dejan coger), o mayormente a perturbados, alcohólicos, degenerados o personas cortas de entendimiento que caen víctimas de su propia sencillez, un malentendido o una arbitrariedad. Dicho de otro modo, los “criminales” son, básicamente, personas de acción, conscientes de su propia valía y dispuestas a correr riesgos para conseguir una suerte mejor y granjearse el respeto propio cuando no el de los demás. Constituyen la parte pasionaria de la sociedad y, en circunstancias favorables, ocuparían en ella un lugar destacable.

Limpiar de modo selectivo a la sociedad de elementos concienciados, burgueses en potencia, activistas sociales, políticos opositores y líderes obreros es un proceso arduo que ofrece pocas garantías de seguridad. Es mucho más efectivo, de acuerdo con los objetivos de la represión social, sofocar las fuerzas activas de la sociedad de forma más general. Se logra aplicando el “micro secuestro”, es decir encarcelamiento prolongado, a individuos activos en el amplio sentido de la palabra. Corrupción, delitos económicos, el tan cacareado crimen organizado, homicidios: cualquier excusa es buena. Las personas cuya capacidad intelectual y fuerza de voluntad son mayores que las de la media son un peligro en potencia para la Corporación. Encarceladas por un período largo, las personas pierden el tren de la vida y difícilmente pueden recuperar algún día sus cualidades: unos se vienen abajo, otros emigran, los de más allá se resienten de la salud. “La represión de la *intelligentsia*” quiere decir eso, el genocidio de un pueblo. Solo que yo entiendo ese término de un modo más amplio, es decir, lo extiendo a las fuerzas activas de la sociedad en general.

Ahora, algunas estadísticas al respecto. En 20 años, han pasado por la prisión no menos de… ¡quinientos mil varones! En total, el sistema penitenciario ha absorbido durante el mismo período de tiempo, incluyendo a los condenados a confinamiento y penas similares, no menos de 1,2 millones de personas -cuya inmensa mayoría son varones-, es decir, de 60 a 70 mil almas anualmente. Mientras tanto, la cantidad total de varones en edad de trabajar ronda en el país ¡entre 2 y 2,5 millones! Quiere decir que un varón de cada dos ha sido objeto de atención por parte del sistema represivo y uno de cada cinco (20%) ha recibido “tratamiento” en la cárcel o presidio. Los nazis consideraban que la eliminación del 15% de la población en edad reproductiva llevaba al declive de la nación. Trotski, para reprimir revueltas cosacas en el Don, propuso aniquilar el mismo porcentaje de la población masculina. ¿Acaso esa coincidencia es susceptible de varias interpretaciones? ¿O quizá la Corporación no sabe lo que hace? ¡Qué va! ¡Son conscientes de todo y, para retener el poder, están dispuestos a lo que sea!

Se dice por ahí que los bielorrusos son unos inútiles, no saben hacer nada bien. ¿Y cómo podría ser de otro modo si se los hace pasar por cárcel masivamente! Las consecuencias de esos veinte años de “micro secuestros” son patentes: el desarrollo social se ha frenado, la cultura se ha empobrecido, las costumbres se han relajado peligrosamente, la frontera entre lo que está bien y lo que está mal se ha difuminado, imperan una indiferencia general y sumisión a las autoridades. Es un auténtico genocidio espiritual. Pero, al poco que se afloje la presión, el espíritu renacerá, créanme.

Desde que existe la Corporación, el sistema represivo ha evolucionado de cierta forma. Actualmente, ha recuperado por completo la experiencia y la práctica de la Checa/OGPU/NKVD de comienzos de los años treinta, es decir, el período previo a las ejecuciones masivas y procesos estalinistas más sonados. El parecido asombroso que se observa entre los modos en que evolucionaron el sistema represivo de aquella época y el actual, confirma que en la base de la política de la Familia subyacen la experiencia y los métodos estalinistas. Por demás, de la admiración de Lukashenko por Stalin, como también por Hitler, jamás se ha hecho secreto.

Stalin empezó por destruir a sus rivales directos, en primer lugar a Trotski y sus allegados. Más tarde se llevó a cabo la colectivización forzosa y deskulakización. A los llamados “kulak” se los condenaba, de hecho, a la muerte al confinarlos en poblados especiales en el corazón de Siberia, mientras sus reservas de granos se requisaban y se vendían al extranjero. Al mismo tiempo, se perseguía a la oposición política: antiguos trotskistas, fraccionarios, desviacionistas, etc. Sin embargo, el trato que se daba a estos últimos al principio era relativamente suave: en caso extremo, se les podía condenar a tres años de confinamiento, en contraste con la aniquilación fáctica del campesinado trabajador en la misma época. Ya mediando los años treinta, empezaron a proliferar las acusaciones de “sabotaje”; a medida que la industrialización avanzaba, cada vez más personas eran condenadas por “daños a la propiedad socialista”: la rueda fue aumentando de revoluciones. El rasgo característico de la “campaña contra el sabotaje” fueron los procesos contra grupos de ingenieros. Solo faltaba un paso para que alguien “encabezara” políticamente a los “saboteadores” y “terroristas”. Y ese paso sonado e inaudito, el que desencadenó las purgas del tristemente famoso 1937, fue el asesinato de Kírov\*. Son del mismo período los juicios del Partido Industrial, de Kámenev y Zinóviev, de Piatakov y Rádek, las purgas de las fuerzas de seguridad (Yágoda, Yezhov)y del Ejército (Tujachevski, etc.). A los acusados se lo etiquetaba por lo común como “agentes del imperialismo mundial”, “enemigos del pueblo”, “quintacolumnistas”, etc.

También la Familia comenzó por eliminar a adversarios directos y realmente peligrosos (Zajárenko, Gonchar, Krasovski\*) y desalojar el Parlamento. Poco tiempo después fue erradicado el crimen organizado. El “padrino” de la Cosa Nostra bielorrusa, alias “Schávlik”, fue asesinado y el resto recibió el ultimátum de abandonar el territorio nacional en 24 horas. Previamente, se había llevado a cabo una operación policial de grandes dimensiones contra el crimen organizado (caso “Svetlogosk”). Hágase notar que el número de integrantes de la estructura criminal desmantelada era relativamente pequeño -15 personas- en comparación con su gran radio de acción. Las condenas más severas fueron de 15 años de prisión.

La primera década del siglo veintiuno en Belarús quedó marcada por la persecución y destrucción de la oposición política, el recorte paulatino de la libertad de prensa y de publicación, la expulsión de los estudiantes universitarios que habían participado en manifestaciones. A los empresarios, a los que el poder había prometido que les “tendería la mano” en 2010, se los trasquilaba como a ovejas. A partir del 2006, hubo presos políticos de cierta importancia, al tiempo que se volvía más real que nunca la amenaza de que las sentencias de confinamiento se multiplicaran. Se dieron casos, aislados de momento, en los que fueron condenadas personas que habían actuado en nombre de una formación no legalizada. En paralelo, la policía investigaba activamente el crimen organizado. Por demás, era incomprensible que éste floreciera, según podía parecer, después de los devastadores años noventa\*. La época a la que me refiero se podría calificar, sin el riesgo de equivocarse, como “la era de los OPG\*”. Cabe aclarar que un OPG tiene la estructura de una organización mafiosa, es decir, consta de distintas unidades especializadas, desde militares hasta jurídicas, con contactos entre el funcionariado. El KGB y el UBOP no quisieron complicarse la vida investigando y procedieron a “fabricar” OPGes en serie, por decenas, ganando incluso por toda una cabeza a sus homólogos rusos. La cantidad de causas relacionadas con los OPG excedía todo límite razonable. ¡Solo en la región de Gómel fueron “descubiertas” a lo largo de una década no menos de una decena y media de OPG! Si las primeras bandas desmanteladas eran relativamente “modestas”, entre 5 y 15 miembros cada una, hacia el 2006 se sentaron en el banquillo de los acusados ¡70 miembros del OPG “Bomberos” y 130 de la banda “Morózovskiye”! ¡¿De dónde salieron tantos?! ¡Se les sentenció a entre 10 y 25 años de cárcel! Siguiendo al pie de la letra los métodos de instrucción de la época estalinista, los jueces habían investigado básicamente a unas pocas personas, rastreando cada vez mayor número de sus contactos, puntuales o totalmente fortuitos, cosa que dio a la causa apariencia de gran magnitud, lo cual permitió posteriormente aplicar penas graves a los investigados. Otro procedimiento consistió en presentar como una sola organización a distintas bandas, que no solo no tenían nada que ver entre sí sino que muchas veces eran rivales. Y es que cualquier persona del círculo de contactos de un *target group* puede llegar a ser investigada. Se practica la incoación sucesiva de causas que, al parecer, no tienen nada en común, para presionar a los imputados con el objetivo de obtener de ellos declaraciones favorables a la acusación. Por ejemplo, en el proceso contra el tecnólogo en jefe de MTS\* se incoaron dos causas más para imputar a las personas que, por su posición en la empresa, podían, en teoría, proporcionar a la instrucción información comprometedora.

El método de unificar bajo un mismo paraguas las actividades de distintas bandas se practica también a la inversa: se procede a agrupar conscientemente a miembros de un único OPG en varios sindicatos criminales aparentemente independientes, lo cual convierte sus delitos en episodios aislados. Una muestra de ello es el caso de corrupción descubierto en Aduanas del que se hizo cargo la fiscal Baikova. Posteriormente la apartaron del caso y la encarcelaron, consiguiendo así que la causa en cuestión se fragmentara en multitud de causas independientes. Lo más seguro es que los funcionarios imputados no saldrán muy mal parados. Eso se hizo para tapar la corrupción que arraiga muy arriba. Llama la atención el hecho de que gran cantidad de jueces e inspectores ocupados en investigar los OPG acaben, a su vez, sentándose en el banquillo de los acusados. Aún mayor número de ellos renuncian a su cargo o son apartados para evitar el escándalo.

Todo eso demuestra la gran implicación que tienen las fuerzas de seguridad en el crimen organizado. Se trate de narcotráfico, prostitución, extorsión o tráfico de armas y joyas, el KGB y la policía se llevan su parte. Si las mafias de los años noventa fueron exterminadas fue para quitar de en medio a la competencia.

El balance de los años 2010 y 2011 presenta, entonces, cierta lógica: se celebraron juicios masivos contra opositores políticos al tiempo que se descubrieron casos de corrupción que fueron muy sonados. Daba igual el estatus de los acusados –antiguos candidatos a la presidencia de la república, vice ministros o generales del ejército-: el sistema represivo funcionaba a toda máquina. Eso fue posible gracias a un largo proceso, que había durado años, en el transcurso del cual, a fuerza de instruir un sumario tras otro, se había perfeccionado el método de basar la acusación únicamente en la confesión de los inculpados y las declaraciones de los testigos. Era inevitable que se llegara a la situación actual, caracterizada por la falta de derechos del acusado y arbitrariedad policial.

Hoy en día, la población de presos en Belarús ronda 47 mil personas. En 1937, el año cumbre de la represión estalinista, era de 45 mil. Decenas de miles de ciudadanos cumplen condenas en centros penitenciarios de régimen abierto cuyas condiciones de vida son mucho peores que en presidios convencionales. Ya es hora de que llamemos las cosas por su nombre: el país vive bajo un régimen de ocupación, instaurado por una élite que manda y se enriquece a expensas del pueblo, hostilizándolo.

En la diplomacia, la Familia es aliada de la Federación Rusa. La Rusia de Putin está construida sobre el concepto de *petrolium state*, es decir, país productor de petróleo. Se apuesta principalmente por la exportación de hidrocarburos, por lo que se desarrollan únicamente los ramos afines y ciertas infraestructuras. Para atender las necesidades de las élites y cuadros cualificados, que gozan de un alto nivel de vida, existen varias organizaciones financieras de importancia. A la clase gobernante rusa le importa un comino el resto de la ciudadanía. El interés comercial de la Familia pasa por beneficiarse del tránsito de hidrocarburos rusos por el territorio bielorruso hacia Europa como también de su procesamiento in situ y su venta al exterior. Como las élites rusas, a su vez, están interesadas como nadie en que dicho tránsito sea seguro, se esfuerzan por mantener en Belarús el mismo tipo de régimen político que impera en Rusia, el de los saqueadores.

Ese estado de cosas puede durar hasta que la capacidad exportadora se agote. Para el 2023, se espera que alrededor del 80% de las reservas mundiales de petróleo se habrán consumido. Por supuesto que la rentabilidad disminuirá aún antes. En Europa, son muy conscientes de ello y por eso mismo desarrollan activamente fuentes energéticas alternativas, las de energías renovables. Ya hoy, un coloso industrial como Alemania, en particular, cubre con la energía eólica el 20% de toda la energía que consume. La gasolina y el gasoil dejan lugar al hidrógeno. La consolidación de esa tendencia acarreará el declive del poder de los saqueadores, que desaparecerán del mapa llevándose el botín. Y Rusia sufrirá un cataclismo político-social que, posiblemente, desemboque en una desintegración territorial parcial. Por eso las élites rusas buscan un acercamiento con la CE.

En contra de una idea muy extendida, Belarús no se encuentra en la frontera que divide las zonas de influencia rusa y occidental. Belarús forma parte de la zona rusa, como ha sido a lo largo de toda la historia moderna. La razón de ello es sencilla: como unidad de economía, Belarús se encarga de la primera fase, la más contaminante, del procesamiento de materias primas: derivados de petróleo, gas, plásticos, aditivos alimentarios, dolomita, fertilizantes potásicos, celulosa, cemento, etc. En resumen, la CE ya puede aprobar todas las resoluciones que quiera y simular estar maniobrando a favor de la democracia, pero, de hecho, el actual estado de cosas ya le va bien. Esencialmente, la política europea se rige por la idea de que “aun con los caníbales se puede comerciar”. Al mismo tiempo, Europa trata de “civilizar” Rusia, viendo en ella un socio potencial, lo cual no puede dejar de afectar Belarús. Para mayor convencimiento, puedo añadir lo siguiente: la CE tiene, como mínimo, dos instrumentos potentísimos para influir en Belarús. Se trata del régimen de visados y de sanciones contra las exportaciones bielorrusas. Si tantas ganas tiene la CE de que Belarús se democratice ¿por qué entonces no echa mano de esos instrumentos, instrumentos decisivos, por demás? ¡El interés nacional por encima de todo!

En esas circunstancias, esperar que alguno nos rescate sería perder el tiempo: nadie nos va a salvar excepto nosotros mismos. Es necesario tomar conciencia de que a un régimen político-social justo, se llega por la vía de la autodeterminación del pueblo. De lo contrario, la esclavitud, la tiranía, la pobreza y la decadencia son inevitables. El poder puede seguir aterrorizando infinitamente al pueblo, haciendo uso de todos los medios y tecnologías de represión que tiene en su arsenal. Pero también los represores son humanos y ese es su punto débil. La Familia y la Corporación no se componen sino de personas a las que nada humano les es ajeno: el miedo, el pánico, la desesperación, el irracionalismo, la autoconvencimiento. Las ametralladoras y los tanques no sirven de nada para quien carece de fuerza de voluntad y tiene miedo al futuro. Si uno está convencido de que tiene razón y está dispuesto a luchar sin tregua, puede imponerse aun al enemigo acostumbrado a dominar y a ser impune. En *Amerikanka*, presencié una escena de la que me voy a acordar toda la vida. Uno de los últimos días de diciembre de 2010, después de que empezaran a aplicarnos la política de hostigamiento, el celador de turno entró en nuestra celda. La actitud con que los “pasamontañas” formaban fila en el pasillo delante de la puerta abierta de la celda revelaba el odio y desprecio que sentían hacia nosotros. Entonces, Anatoli Lebedko les dirigió una mirada tan penetrante que parecía que viera sus rostros a través de los pasamontañas. El celador se calló en mitad de la palabra, los “pasamontañas” empezaron a agitarse y… acabaron rompiendo filas. Una vez el celador salió de la celda, cerraron la puerta sin levantar la mirada. Y aunque no se privaban de hacer lo que quisieran con nosotros, en aquella situación tuvieron miedo. Cuanto más alto trepa un dirigente tanto más dependiente de las circunstancias se vuelve. Eso hace pensar que nuestra situación no es tan desesperada como parece. Los regímenes se desmoronan de un día para el otro, la historia ofrece muchos ejemplos en ese sentido. La voluntad de luchar es más tangible que los desajustes de la economía. Si no, miren a los libios que cogen las armas a pesar de que el subsidio de desempleo en su país es de 750 dólares estadounidenses. También los sirios se arriesgan diariamente la vida para derrocar al tirano odioso. La voluntad triunfa cuando las personas no se guían en su acción por el interés inmediato sino por altos ideales, los valores de la libertad, la justicia, la dignidad y el bien. ¡Aún estamos a tiempo para cambiar el mundo, la marcha de la historia no es lineal, no hay nada que sea inmutable!

Invierno de 2011

Autodeterminación

¿Qué quiere decir “autodeterminación”? Forma de organización social en que el común de las personas pueden, sin postergaciones ni fraudes de ningún tipo, decidir sobre su propia vida. Se trata de un sistema de autogestión ciudadana sobre la base de la democracia directa. El sistema de autogestión permite a los habitantes de cada región –aldea, provincia o ciudad- escoger, conforme sus deseos, el mejor modo de organizarse, de acuerdo con las circunstancias y particularidades locales. La democracia directa es la participación de los mismos ciudadanos en el debate en torno a las cuestiones y problemas que afectan su vida. El anarquismo plantea un modelo de gestión social en que se apuesta por amplios vínculos horizontales, al tiempo que se minimiza la verticalidad. La auténtica democracia se establece en caso de que la capacidad de iniciativa y la expresión de voluntad pertenece a los ciudadanos locales. El cuadro aproximado es el siguiente: los vecinos de cada inmueble debaten en asambleas regulares cuestiones relacionadas con la vida comunal, la gestión de los terrenos adyacentes, su viabilidad ecológica, la seguridad, etc. Un Comité Comunal, elegido para tal fin, vela por el cumplimiento de las decisiones tomadas en asambleas de vecinos y atiende asuntos corrientes. El Comité rinde cuentas exclusivamente ante la asamblea de vecinos, que en cualquier momento pueden cambiar la composición de los miembros de aquél. Así las cosas, todo el poder en el término de dicho inmueble está concentrado en las manos de los ciudadanos que lo habitan. Nadie puede imponerles decisiones injustas y perjudiciales.

Los Comités Comunales mandan delegados al Comité del Vial, y éste, a la Asamblea de Barrio (Distrito). Las Asambleas de Barrio forman, a su vez, el Consejo Municipal. Los Consejos Municipales y los de las regiones rurales se integran en las diputaciones provinciales, y éstas, en el Consejo de la Federación. ¿Qué es lo que aporta esa estructura y el principio que la rige? La posibilidad de revocar a cualquier cargo público por decisión de una instancia inferior. Eso impediría la situación en que un funcionario respondiera exclusivamente ante sus superiores, gozara de su protección y hiciera lo que le diera la gana, ya que debería obediencia a los ciudadanos y no a su jefe. Es evidente que en los pasillos del poder hoy en día abundan tejemanejes burocráticos a cuyos actores es imposible pedirles responsabilidades ni meterlos en cintura. El principio corporativo, la protección que reciben de arriba y la impunidad los hace inaccesibles. El sistema de delegación y responsabilidad, en cambio, acaba con la burocracia como tal. No cabe duda de que en ese caso se eligirían para ocupar cargos públicos personas capaces y mejor preparadas en vez de lameculos.

Otra muestra de autogestión ciudadana la constituyen asociaciones e iniciativas populares de interés social: ecológicas, jurídicas, de jubilados, juveniles, culturales, etnográficas, deportivas, etc. Para dar solución a sus problemas y lograr sus objetivos, dichas asociaciones gozan de la libertad de establecer contacto con entidades de autogestión de cualquier nivel, en caso de que necesiten la colaboración de la comunidad local correspondiente.

En la etapa actual del desarrollo científico, las tecnologías de información poseen un gran potencial para su empleo en el ámbito de la autogestión y la organización autónoma. Permiten compensar los retrasos que se dan en el proceso del debate y toma de decisiones provocados por las dimensiones considerables de las urbes modernas, grandes distancias y gran número de habitantes. Más aún, las nuevas tecnologías hacen que los procesos de comunicación se aceleren de forma notable. Redes sociales, la telefonía IP, internet móvil proporcionan un nivel de celeridad inaudito. La mayor parte de la población ya utiliza activamente las tecnologías de internet, lo cual le permite ir adquiriendo conocimientos y habilidades propias de la cultura de comunicación virtual. Dentro de dos o tres años Internet será omnipresente, a medida que se extiendan las redes de tercera y cuarta generación. La política debe ser y será patrimonio de cada ciudadano.

Junto con la idea de la autogestión, el anarquismo plantea la exigencia de socializar la economía. Quiere decir que cada trabajador tiene derecho a participar en el reparto de beneficios de la empresa. Es inaceptable el estado de cosas en que una minoría nada en el lujo mientras los demás tienen serias dificultades para llegar a fin de mes. El 80% de la propiedad en el país pertenece al Estado; esa riqueza fue creada en los tiempos de la dictadura soviética gracias al trabajo duro, y a veces esclavo, de la población. Dicha propiedad debe ser administrada por el colectivo de trabajadores, en que cada uno es socio sin derecho a vender su participación. Si cada trabajador se convirtiera en copropietario de la empresa, tendría motivos adicionales para esforzarse en lograr la buena marcha de la empresa, en vez de intentar obtener beneficios a todo precio, como sucede masivamente hoy en día. Las empresas deben pertenecer a colectivos de trabajadores, lo cual aseguraría su bienestar y la justicia social.

Los sindicatos representan un modo adicional de organización autónoma de los trabajadores. Su función es velar por la igualdad de derechos laborales, contribuir a mejorar el nivel de formación de sus afiliados en colaboración con centros de estudios, dar cobertura a aquellos trabajadores cuya actividad profesional es móvil: obreros de construcción, personal de limpieza y mensajería, etc.

En vez de tribunales integrados en un sistema del poder vertical, el anarquismo propone el uso de los de arbitraje. Un juez de carrera es, por encima de todo, un funcionario del estado, de modo que no puede ser del todo independiente. Creemos que, para ocupar cargos de juez, se han de postular, de modo voluntario, los ciudadanos más respetados. Solo de esa forma se puede asegurar la auténtica imparcialidad. Más aún, ningún acto debe ser calificado como delictivo basándose en el código penal. Cada caso es único, y por eso mismo somos partidarios del principio diferencial, inclusive a la hora de fallar sentencia. Asimismo, los anarquistas se oponen por principio a la privación de libertad como forma de castigo. Las mazmorras de cemento solo contribuyen a deformar la personalidad, bien en el sentido de la resignación, bien en el de resentimiento. Las posibles penas serían: censura pública, multa, trabajos para la comunidad, aislamiento provisional o destierro en un lugar inhóspito y de difícil acceso. En casos de crímenes particularmente graves, reconocemos el derecho a la venganza de la víctima o de sus familiares. En la sociedad en que la justicia económica fuera un hecho, la delincuencia habría de disminuir de forma considerable, puesto que el móvil económico del delito desaparecería.

Para acabar, me gustaría decir unas palabras sobre el régimen de la república parlamentaria. Su problema radica en el hecho de que no se ajusta a los principios que declara. De la misma manera como el bolchevismo tuvo poco que ver con el comunismo, el republicanismo está muy lejos de la verdadera democracia. En el estado bolchevique, la “dictadura del proletariado” se convirtió en la tiranía de las élites del partido. Y en una república, “el poder del *demos*” significa, de hecho, el gobierno colegial de la burguesía. Y así ha sido siempre. Hoy en día se dice a menudo que el prototipo de la república como forma de gobierno fueron las antiguas polis griegas, en plan “Atenas es la cuna de la democracia”. Sin embargo, el modo de funcionar ateniense era mucho más acorde a los principios anarquistas que a los parlamentarios. La historia de la república como institución (Revolución Francesa) demuestra que, en su origen, su razón de ser pasaba por despojar del poder a la aristocracia encabezada por el rey y el clero, en beneficio del tercer estamento, es decir, de la burguesía. Logrado esto, el derecho a voto se extendió solo a aquellos que pasaran el filtro del censo de propiedad. La burguesía, de hecho, al declarar el principio de “*liberté* *et* *égalité”*, no deseaba más libertad que la necesaria para asegurar en los órganos representativos la defensa de sus intereses y la igualdad que le permitiese poseer los mismos derechos que la aristocracia. Por supuesto que el pueblo llano también tuvo su botín en aquella contienda: libertad de expresión, de reunión, de asociación, aunque solo en la medida en que el poder burgués no se viera amenazado.

En casos de necesidad, el régimen republicano puede mostrarse tan despiadado y cruel con sus adversarios como los monarcas y los dictadores. Desde los tiempos de los primeros regímenes liberales, hace 200 años, se produjo cierta evolución: se introdujo el sufragio universal. ¿Pero por qué? Pues porque el movimiento socialista fue cobrando importancia internacional. Fue para desestabilizarlo y alejar la amenaza porque la burguesía tuvo que hacer un trato con los socialdemócratas. Estos, oportunistas, obtuvieron acceso al poder a cambio de renunciar a la revolución y lucha de clases. La *inteliguentsia* socialdemócrata aceptó la oferta burguesa y, con la ayuda de los sindicatos bajo sus control, reprimió las tendencias radicales entre la clase obrera, tarea de la que sigue ocupándose todavía hoy. En consecuencia y de modo natural, la fachada de la república adquirió apariencia “popular” mientras que la palabra “democracia” se convirtió en el término más usado. Solo que la introducción del sufragio universal no cambió nada: la burguesía no tardó en comprender que la influencia de un partido político estaba condicionada por el dinero invertido en él y no los programas o las consignas. Un candidato honrado pierde de antemano en la carrera electoral contra un rival inescrupuloso pero acaudalado. El papel decisivo pueden desempeñarlo los recursos de los que dispone el equipo electoral, la habilidad de los directores de campaña, gestos populistas, pero jamás las ideas. Por eso mismo tanta gente deja de votar en las elecciones en los países miembros de la CE, el corazón de la democracia, y pierde interés por la política oficial. Eso se llama desafección e indiferencia, provocadas por la falta de sentido de una representación formal.

Está claro que el nivel cultural y la mentalidad de muchas personas no favorecen su participación en la autogestión. Pero esa situación es el resultado directo de la organización social actual. Para cambiar, las personas necesitan hacerse cargo de la solución de los problemas que afectan su vida. Si uno quiere aprender a nadar, tarde o temprano tiene que meterse en el agua. Una dictadura trata al pueblo como a un niño, una democracia, como a un adolescente, y la anarquía, como a una persona adulta. La autogestión, la socialización, la organización autónoma son fundamentos de una organización social progresista. El triunfo del humanismo, que permitiría que la libertad, la paz y la felicidad estuvieran al alcance de todos, es el objetivo último del anarquismo.

Primavera de 2012

Presos políticos

Por primera vez en la historia bielorrusa, tras el fin de la era soviética, decenas de personas han sido detenidas, juzgadas y sancionadas con distintas penas de prisión, como resultado de ciertos procesos sociales que se dan el país actualmente.

¿Cuáles son los presos a los que se puede considerar políticos y a los que no? Es muy común, en el mundo liberal contemporáneo, calificar de presos políticos a todas aquellas personas que han sido encarceladas por realizar actividades públicas de carácter exclusivamente pacífico. En ese caso, por tanto, se trataría de una imputación criminal, resuelta con una condena basada no en la ley sino en una decisión extraoficial tomada desde “arriba”.

No obstante, para comprender cabalmente la esencia del fenómeno, hay que abordarlo desde la óptica histórica. Lo primero que le viene a uno a la memoria es la Gran Revolución Francesa. Los realistas, los girondinos, los jacobinos y los *enragés*, todos sin excepción, se enfrentaron entre ellos de modo violento y suicida, haciendo uso de picas y mosquetes y enviando a los oponentes por decenas a la guillotina. Combates callejeros, el asalto a la Bastilla, la toma del Palacio Real, la ejecución del rey, Danton, Robespierre, Marat: sin mencionar esos nombres y sucesos, es imposible narrar la historia de dicha revolución, que sirviría de modelo para muchas de las insurrecciones posteriores.

¿Qué podríamos considerar sino presa política a Louise Michel, confinada en una isla por haber participado activamente en la Comuna de Paris? Ella que no se había dedicado precisamente a pegar carteles de propaganda sino a luchar, fusil en mano, en las barricadas de Montmartre. ¿Acaso procede calificar de una banda de gamberros a los comuneros que organizaron desórdenes en la capital francesa? El precio que pagaron por sus convicciones fue alto: 35 mil fusilados por Thiers.

Emma Goldman. Es difícil negar su importancia para el movimiento feminista internacional. También llegó a tomar parte en el terror revolucionario al asesinar, en colaboración con un compañero, al propietario de una fábrica que había hecho efectiva la amenaza de un *lock-out*.

En la época zarista, hubo numerosos levantamientos organizados desde sus sociedades secretas por polacos, lituanos, bielorrusos y ucranianos, por lo que muchos de ellos perdieron la vida en el cadalso. Entre los ajusticiados, estuvo nuestro compatriota Kastús Kalinovski. ¿Acaso se podría calificar de corrupto a ese mártir del pueblo?

Miembros de Naródnaya Vólya no asesinaron con bomba a Alejandro II porque estuvieran celosos de su apelativo de “libertador de los siervos” sino como castigo por el expolio que sufrió el campesinado ruso a consecuencia de su famosa reforma\* que lo condenó a una miseria peor que la esclavitud.

¿Qué fue el intento de asesinato de Lenin por Fanny Kaplán\*, con el posterior fusilamiento de la mujer más audaz de la revolución? ¿Violencia común? ¿O acto de venganza contra el verdugo?

Tras la primera guerra mundial, la República de Weimar se apoyó en los *freikorps*, organizaciones paramilitares que ayudaron a aplastar a la recién creada República Soviética de Baviera. Ese suceso determinó el posterior curso de acontecimientos en Europa.

Y si hablamos de los decembristas\*… Es verdad que intentaron un golpe de estado. ¿Pero quién negará que aquella chispa fuera el acontecimiento político más destacado de la época? ¿Quién osará igualar a aquellos jóvenes luchadores imbuidos de altos ideales y desterrados a Siberia a ciertos milicos golpistas de repúblicas “bananeras”?

La mitad de los millones de presos del GULAG eran presos políticos. Conforme el famoso artículo 58\* del código penal, fueron condenadas tanto personas que por haber dejado caer en público una palabra incauta acabaron, sin comerlo ni beberlo, en un campo de concentración, como distintos militantes clandestinos que habían luchado contra el régimen estalinista arma en mano. Se sabe de los informes del NKVD que “…muchos grupos contrarrevolucionarios actúan bajo la máscara de bandas criminales…”. Se conocen miles de casos de campesinos acaudalados, víctimas de la colectivización forzosa, que, en vez de resignarse, se echaron al bosque armados de un fusil de caño recortado, para cazar a comisarios y funcionarios soviéticos. ¿Quién se atrevería a condenarlos por eso?

Los chequistas, a su vez, distinguían claramente entre presos políticos y delincuentes comunes. El poder, en todas las épocas, ha definido el crimen político tomando en consideración no el modo de proceder de su autor o las disposiciones del código penal sino ¡los motivos y los objetivos del acusado!

La misma marcha de los acontecimientos determinó que fuera así, y nadie tiene derecho de cambiarlo, pues costó sangre y sufrimiento, reflejados en las páginas de la Historia Universal.

Ahora me gustaría hablar sobre la parcialidad judicial en relación con “el caso de los anarquistas”. Para investigar los así llamados “actos de gamberrismo” se solicitó la colaboración ¡del UBOP y el KGB! El equipo de investigación lo integraron ¡30 personas! No se les impuso límite alguno en materia de los gastos. Solo en la ciudad de Minsk fueron investigadas centenares de personas. Se contabilizaron por lo menos 120 sospechosos. Las detenciones se practicaron sin otra excusa que la pertenencia al movimiento anarquista. Para mantener a los sospechosos en prisión cautelar, se impuso una medida sin precedentes: el plazo de detención fue prorrogado en múltiples ocasiones al imputar a los arrestados cada vez nuevos actos delictivos, muchos de ellos completamente infundados. Un mes antes de que a mí y a mi amigo Dmitri Dubrovski se nos acusara formalmente por primera vez, los servicios secretos rusos, a instancias de sus homólogos bielorrusos, emprendieron en Moscú una batida en toda regla para atraparnos. ¡Nos cazó el FSB!

Durante la fase de la instrucción previa, se rodó y se proyectó en la televisión bielorrusa, para desacreditarnos ideológicamente, un reportaje propagandístico totalmente falaz. Los autores del reportaje no tuvieron escrúpulos para utilizar grabaciones de aficionado de contenido lúdico-teatral que hicieron pasar por imágenes de reuniones clandestinas. Una vez encarcelados, fuimos sometidos a distintos tipos de presión, algunos de ellos sofisticados, incluyendo amenazas de muerte, traslados injustificados, impedimentos para recibir cartas y prensa y ser visitados por el abogado.

Finalmente, fuimos condenados sobre la base de los testimonios de compañeros interesados que, a pesar de haber tomado una parte activa en las acciones que se nos imputaban, o bien fueron puestos en libertad una vez concluido el juicio (Vetkin, Selivónchik) o bien participaron en él en calidad de testigos (Konofalski, Akdif).

Al mismo tiempo, fueron pasadas por alto las declaraciones de varios testigos (no menos de cinco) que reconocieron el hecho de que los acusados habían sido sometidos a presión psicológica por parte del juez instructor. Tampoco se hizo caso de la ausencia en el juicio de varios testigos clave ni se tomó en cuenta que Vetkin y Konofalski calumniaran a Dmitri Dubrovski, algo que se demostró durante el proceso. La manifestación antimilitarista, que se había llevado a cabo junto al Cuartel General del Ejército, fue calificada de “acto de gamberrismo” y sus consignas de carácter pacifista, de cuerpo de delito.

A propósito del “caso Bobruisk” (incendio en la delegación local del KGB) surge la siguiente pregunta: ¿cómo es posible que a los acusados se les imputara el delito de daños a la propiedad (el artículo 218/3 del código penal), valorados en más de un millón de rublos\*, cuando el estropicio provocado por el impacto del cóctel molotov en el muro de hormigón de la delegación fue calculado solo en 250 mil rublos? Para poder sentenciar a los acusados a unas penas más largas (hasta 12 años de prisión), no cabe duda.

Y, para acabar, algo más sobre las condenas. Las acusaciones de gamberrismo de grado de gravedad medio (según el código penal bielorruso) se saldaron con penas de entre 7 y 8 años de prisión. Para comparar, los delitos de bandidaje, tráfico de drogas, homicidio e incluso corrupción de menores se castigan con las mismas penas.

Al mismo tiempo, es muy común que en Belarús los delitos de violación y de daños físicos graves que causan la muerte se castiguen con penas de entre 5 y 6 años de prisión. Conozco un caso en que ¡se sentenció a 7 años de cárcel a los autores de un incendio premeditado de un coche abandonado en cuyo interior se encontraban por casualidad dos personas, que se quemaron vivas!

Resulta entonces que a la justicia bielorrusa un muro chamuscado le preocupa más que la dignidad de una mujer o una vida humana.

Ya el cinco por ciento de los casos que acabo de referir debería ser suficiente para darse cuenta de que, en el “caso de los anarquistas”, la verdadera razón que pesó a la hora de fallar sentencia fue la política.

Los anarquistas negamos el principio mismo de la organización estatalizada de la sociedad, puesto que aun el estado menos entrometido y más liberal no puede evitar el compromiso entre la libertad y el autoritarismo, entre el poder del pueblo y la dictadura. De modo que no alimentamos ilusión alguna respecto del sistema judicial o los métodos tiránicos que se aplican al conjunto del pueblo y a individuos concretos. La fuerza motora del estado no es la Ley sino la voluntad real de la clase gobernante y su brazo ejecutor: el funcionariado. Cualquier persona honrada sufre diariamente los efectos de esa “ley”.

No nos sorprende la dureza de las condenas, lo que sí nos asombra es que los defensores oficiales de derechos humanos tengan reservas a la hora de reconocer que se trata de una injusticia flagrante. Su vacilación al respecto todavía sería comprensible si se produjera en condiciones de un vacío informativo. Pero no es así, pues desde el principio un amplio movimiento de solidaridad, con una sólida base informativa, actuó en nuestro apoyo. Se alertó enseguida a la opinión pública, incluyendo a los mismos defensores de derechos humanos.

Su lamentable actitud se deba quizás a que se guíen por modelos de acción y valoración importados de los movimientos anti autoritarios extendidos en Occidente, aficionados a piquetes y manifestaciones. En cambio en Siria, durante días y meses, la gente no deja de salir a la calle a protestar pese a que el ejército, una y otra vez, disuelve las protestas haciendo uso de armas de fuego. Según un guión conocido, actuando de ese modo, las autoridades sirias no hacen sino socavar su propia legitimidad. El Occidente reacciona ante la situación con cada vez mayor dureza, y, finalmente, el gobierno sirio o bien dimite por voluntad propia o bien le “ayudan” a dimitir, como ya pasó en Libia.

En esas circunstancias, la justificación o no del uso de fuerza por parte de los insurrectos depende, en principio, de entidades ajenas al conflicto como los gobiernos de los países más poderosos y en primer lugar de EE.UU. y los países miembros de la CE. Sin embargo, mientras dichos mandatarios tardan en aclarar su posición, a las personas se las sigue asesinando, encarcelando, robando y vejando. Y hasta que, al más alto nivel, se reconozca a los que han cogido una piedra o un fusil y comenzado a luchar con inteligencia, en vez de exponerse sin más a las porras y a las balas, el derecho a la defensa, se los tildará, por alguna razón, de criminales y agentes provocadores. Solo entonces los “criminales y agentes provocadores” de ayer serán consagrados como héroes y mártires de la lucha por la democracia. ¡La doble moral en acción!

No debemos esperar a que se nos dé el visto bueno desde el exterior ni tampoco aguardar mansamente que algo cambie por sí solo, pues no es nuestra intención pasarnos la vida bajo toque de queda. Queremos vivir libremente y con dignidad aquí y ahora, así que escogeremos nosotros mismos las condiciones y el modo de luchar. La única verdadera fuente de derecho en Belarús tiene que ser su pueblo, todos los trabajadores que habitan su territorio. Y el derecho de rebelarse es su derecho natural e inalienable.

A ningún puerco se le puede apartar del dornajo a fuerza de exhortaciones. Solo con un golpe en los morros es posible hacerle entender quién manda. Y el nuestro tiene hueca la cabeza: su cerebro se ha esparcido por países extranjeros, cárceles y presidios.

Desespera saber que en nuestro país, que sufrió gran represión, primero la zarista y luego la bolchevique, es tan complicado para uno conseguir el estatus de preso político sin que las fuerzas de oposición presionen a su favor. En todo caso, no me refiero a nosotros, los anarquistas, pues en ese sentido no tenemos motivos de queja: gran cantidad de personas, desde nuestros familiares y allegados hasta gentes desconocidas, aquí y en el extranjero, nos prestó su apoyo. Y ese aliento que nos dio la gente humilde es lo único que apreciamos de verdad.

¿Pero qué hay de todos aquellos que carecen de un amplio apoyo social y cuyo drama desconoce el gran público? Y no se trata solo de varias decenas de personas detenidas en la Plaza de Independencia sino de miles de presos, condenados arbitrariamente por haber actuado como personas de buena fe, conforme sus principios, dando pruebas de su conciencia ciudadana y negándose a cumplir órdenes criminales, sin ceder ante el chantaje y la extorsión.

La gran mayoría de los reclusos en cárceles bielorrusas son personas de lo más normal, como las que se puede ver diariamente en la calle. Cualquiera podría estar en su lugar. Si bien es terrible no tener un pedazo de pan para llevarte a la boca, más terrible aún es tener noticia de lo grande que se van haciendo tus hijos únicamente gracias a las fotografías.

La reciente liberación de varias decenas de presos políticos no es un síntoma de que la situación haya mejorado. Son una gota menos en el mar de injusticia que es la realidad bielorrusa. El sistema está podrido, el pueblo se encuentra postrado, hay que cambiarlo todo. Reconocer como presos políticos a todos aquellos que desafiaron a las autoridades en la lucha por la verdad y la justicia es el asunto de primera necesidad, máxime cuando el estado los ha reconocido de facto como tales por el mismo hecho de convertirles en víctimas de su arbitrariedad judicial.

**Una carta abierta a los círculos anarquistas**

¡Salud, compañeros!

En primer lugar, quiero agradecer a todos aquellos que nos dieron su apoyo en un momento difícil. Y especialmente quiero dar las gracias a quienes nos prestaron su ayuda antes de que se nos detuviera. Vuestra solidaridad nos permitió superar todas las dificultades. El objetivo de esta carta es dar mi opinión sobre lo sucedido.

**Represión**

Lo primero que quiero decir es que la polémica entre los legalistas y sus oponentes ha perdido vigencia. Todo confirma que en absoluto se debe confiar en la ley, esa especie de limosna liberal. A la hora de buscar culpables y actuar en consecuencia, el aparato represivo se guía por sus propias razones internas. En función de esas razones, el poder está dispuesto a sacrificar personas y violar leyes. Ese es el principio fundamental de su funcionamiento. El cumplimiento de procedimientos legales es meramente formal. Cuando el poder se siente amenazado o tiene un especial interés en algo que le pueda aportar beneficios, aun esa formalidad se vuelve completamente ilusoria. No cuesta nada detener a una persona, fabricarle una causa judicial y sentenciarla a pena de prisión. Y no lo digo únicamente por experiencia propia sino que me baso en la práctica general del sistema judicial, algo que, mirando desde dentro, solo cobra mayor relieve. Buena cuenta de ello dan las causas incoadas a raíz de los acontecimientos del 19 de diciembre. Dichos sucesos confirman a las claras que aun bajo los focos de la opinión pública bielorrusa y occidental las autoridades no dudan en cometer desafueros evidentes. Para aplastar a los indeseables, se les imputa cualquier cosa: delitos económicos, corrupción o crimen organizado. Muchas veces las declaraciones de los testigos son la única prueba de delito pero eso no es óbice para que el acusado acabe en la cárcel. Es eso lo que intentó explicar Sasha cuando ejerció su última palabra durante el juicio, pero posteriormente los periodistas lo tergiversaron todo.

En resumen, ya es hora de abandonar las ilusiones legalistas: quien osa desafiar al poder tiene que estar dispuesto a sufrir la arbitrariedad judicial. No existe ninguna garantía jurídica cuando lo que está en el juego es el interés del estado.

Quiero puntualizar que, en ese caso, no se trata exclusivamente de acciones radicales sino de cualquier actividad anarquista que las autoridades consideran subversiva. Un ejemplo concreto de ello es la manifestación junto al Cuartel General del Ejército. Fue calificada de “acto de gamberrismo” y castigada con penas reales de prisión, eso que el lanzamiento del bote de humo no fue tomado en cuenta por la acusación como factor determinante. ¡Cuántas manifestaciones similares se habían celebrado hasta entonces sin que tuvieran ninguna consecuencia! Mas ahora no hay garantía alguna de que un grafiti no pueda ser calificado como “acto de gamberrismo” o “daños a la propiedad”. Ni que hablar tiene de cosas realmente serias, como una huelga, por ejemplo. La hoz de la persecución penal pende ahora sobre toda nuestra lucha.

**Los delatores y la delación**

Lamentablemente, la ideología de la que uno se proclama partidario no lo hace merecedor de confianza. No podrá demostrar su honradez hasta hallarse en un verdadero apuro. Cada uno debería formularse esa pregunta: ¿Estoy dispuesto a ir a la cárcel? ¿Estoy dispuesto a cumplir condena a causa de mis convicciones y no de mis acciones? ¿Estoy dispuesto a no delatar a mis compañeros aunque eso me cueste pena de prisión? ¿Qué me importa más: la libertad o el honor? Quien no se siente capaz de responder afirmativamente a esas preguntas que se haga a un lado y viva tranquilamente su vida, así evitará exponerse y exponer a los demás.

De todos los que fueron sometidos a interrogatorios en relación con nuestro caso cuatro son delatores declarados: Zajar, Arsén, Vetkin, Bura (ese último que cierre de una vez su boca de judas si aún intenta justificarse). Merecen ser castigados con el ostracismo social, eso está claro, pero no es suficiente, desde luego. ¿Y qué hacer con aquellos que “simplemente” respondieron a las preguntas de los policías y, lo más seguro, firmaron un acuerdo de colaboración? Durante los interrogatorios, los inspectores demostraron estar bastante bien informados. Firmar un acuerdo de colaboración no es censurable solo en caso de querer ganar tiempo para poder marcharse al extranjero y denunciar la situación desde allí. Es lo que hizo Denís, por lo que nada se le puede reprochar. Quienes firmaron y lo guardaron en secreto no tienen justificación. Nada hay que no se sepa tarde o temprano, y por todo habrá que responder.

**“Indy”media**

El principio pluralista y democrático, básico en el anarquismo, es irrenunciable, pese a la represión o preferencias personales. Lo que hizo la Indymedia fue un acto ruin de apostasía en un momento difícil. No puedo recordar nada que minara la confianza dentro del movimiento de esa manera hasta entonces. Se dio una situación paradójica: por un lado, el colectivo de Indymedia estigmatizaba a los “agentes provocadores y radicales”, pero por otro, intentaba encabezar la campaña de solidaridad con los detenidos. Aunque eso solo fue una parte del problema. Aún más triste fue el hecho de que una parte considerable de los anarquistas se dejara embaucar por esa línea e incluso la apoyara con entusiasmo. Hubo quien, a pesar de censurar a Indymedia con palabras, siguió utilizándola como plataforma básica en la campaña de solidaridad. Muchos, sencillamente, no dijeron ni pío. Los hubo quien publicó un montón de libelos a expensas de los radicales.

Todavía en otoño de 2010, en *avtonom.org*, se publicó un artículo competente sobre Indymedia en general. Los autores del artículo acertaron de lleno señalando su defecto principal: Indymedia es un colectivo cerrado que no rinde cuentas a nadie al tiempo que se presenta como plataforma informativa tanto del movimiento anarquista en general como de otras iniciativas sociales no autoritarias. Como resultado, Indymedia se arroga el derecho de realizar una política de redacción de acuerdo con ciertos segmentos del movimiento anarquista, los que se adecúan a las preferencias personales de los colaboradores de Indymedia. Al parecer, existe la posibilidad de relevar la totalidad de los miembros del consejo de redacción, pero entonces se llegaría a la situación en que el mantenimiento técnico de la plataforma correría riesgo ya que precisa de conocimientos específicos que pocos poseen. Es por eso que la mayoría optó por soslayar el problema: ¡craso error! Si algo necesita ser cambiado de forma drástica se debe hacer aquí y ahora.

Una plataforma de noticias libre facilitada por alguna organización, como por ejemplo *Action Directe*, aunque no es ideal, ya es una opción mejor, puesto que el consejo de redacción rinde cuentas ante los miembros de la organización. Mientras que Indymedia no responde ante nadie y, de hecho, constituye un ente independiente.

Según mi punto de vista, que también apoyan Sasha y Kolia, Indymedia se ha convertido en una institución autoritaria, ajena al movimiento anarquista. Su evolución posterior la acabará situando en el bando social-liberal, representado por organizaciones de consumo masivo que se han puesto de moda últimamente, como, por ejemplo, El Partido Pirata, etc. No son de los nuestros, como tampoco los que les apoyaron, justificaron o los que se deslindaron públicamente de los radicales e insurgentes. ¡Boicot!

**El sistema**

El conocer de cerca el sistema judicial demuestra que la táctica que más beneficio puede reportar al acusado es negarse a declarar, y para los testigos, el comportamiento más recomendable es “no saber, no contestar”. Efectivamente, para poder declarar, está el juicio. Así, se tiene margen de maniobra. Aun las declaraciones en las que el imputado niega su participación en los hechos pueden ser aprovechadas por el juez, durante la fase de instrucción, para “componer” la causa. Se seleccionan o se falsifican las pruebas del modo que las declaraciones del acusado suenen poco veraces. Cualquier dato que el acusado llega a proporcionar a la instrucción es susceptible de convertirse en fundamento para su posterior condena. Por eso mismo, se presiona con especial dureza a los detenidos durante los primeros días tras el arresto. ¡Ni una palabra! Ya pueden decir los instructores que lo saben todo. ¡Qué importa! Si lo que afirman saber no está reflejado en el atestado policial carece de valor jurídico. En todo caso, siempre es preferible negarse a declarar que mentir, especialmente si se corre un riesgo real de ser acusado formalmente. Aunque se le multe a uno, se le imponga sanciones administrativas o aun se le mantenga en prisión un par de meses, es mejor eso que ser condenado a pena de cárcel o que por su culpa se condene a otro compañero. Si a uno le presionan para que “se acuerde”, puede excusarse objetando que le están forzando a prestar declaraciones deliberadamente falsas. Eso frenaría el ímpetu de los jueces pues, como tienen miedo a ser denunciados, piensan dos veces antes de seguir presionando. Cualquier palabra comprometedora, aun si se le escapa a uno por descuido, juega a favor de la instrucción y en detrimento de los encausados. Sea como fuere, antes conviene joderse uno mismo que comprometer a los compañeros y tener luego cargo de conciencia. Se ha de procurar que los represores se hagan a la idea de que, sin una sólida base probatoria, no vale la pena intentar echarle guante a uno. En ese sentido, ya no se puede volver atrás: no sirve de nada desdecirse luego en masa de las declaraciones anteriores al juicio, como fue en nuestro caso. El juez procedió como le dio la gana, es decir, siguiendo el criterio de la policía.

**Seguridad**

Según se ha podido comprobar, las medidas de seguridad informativa del movimiento están a la altura. Por lo menos, en comparación con las de los partidos de la oposición. A mi modo de ver, las autoridades pudieron leer en sus intenciones como en un libro abierto. Toda la información comprometida que se pudo recabar en nuestro caso se consiguió por vía convencional, es decir, valiéndose del factor humano, mediante la delación. Aun así, nuestro sistema de seguridad deja mucho que desear.

El centro del problema es la telefonía móvil. Fisgando en el historial de llamadas, la policía tira del hilo y acaba desenrollando la madeja de los vínculos sociales de uno. Fue así cómo supieron a quién debían detener en primer lugar. Por si eso fuera poco, a través de la señal del móvil se puede rastrear la ubicación de su usuario, incluido el edificio en que se encuentra. Una sola llamada o el simple acto de conectar el teléfono pueden costar muy caro. En ese sentido, es ilustrativo el ejemplo de Vetkin: se detectó la señal de su móvil en las inmediaciones de la embajada y la oficina bancaria.

Para evitar ese tipo de problema, uno debería disponer de varios aparatos, para su uso en distintos entornos. Las tarjetas SIM tienen que estar registradas a nombre no ya de conocidos sino de personas totalmente extrañas. Tiene sentido el cambio simultáneo (¿o la liberación?) de las tarjetas SIM y de los aparatos de todos los integrantes del grupo. Una vez se llega al lugar de reunión, hay que apagar los móviles. Incluso se ha de hacer antes, para evitar gran concentración de números “sospechosos”. Y recuerden siempre: ¡cualquier intento de conectar el teléfono deja rastro!

Al utilizar internet no se olviden de IP: usen el *Tor* no solo para acceder a páginas concretas sino también al introducir temas comprometidos en el buscador. Lo mejor de todo es separar el uso de internet con fines políticos del doméstico. Para aquél se debería disponer de un portátil aparte o iPad con Wi-Fi o dispositivos 3G para la conexión inalámbrica. Eso proporcionará mayor seguridad al tiempo que aumentará la movilidad de los medios de comunicación utilizados en la actividad política.

Tras las primeras detenciones se impuso la necesidad de borrar cualquier rastro de los ordenadores, los USB y los discos duros. Es de lamentar que, aunque se consiguió llevar a cabo esa tarea en la mayoría de los dispositivos, una serie de cosas, aparentemente sin importancia, se escaparan a nuestra atención. Por ejemplo, la cuenta de youtube desde la que se colgó el video de la manifestación del Cuartel General; el video en sí, cuya buena calidad permitió identificar a algunos participantes; un disco duro con la información recuperada que contenía cierto rastro del acceso a la página del infortunado ayuntamiento de Novopólotsk: se debería haber recurrido a *low level format*, programa *Elasek*.

Los archivos de *TrueCrypt* no llegaron a ser forzados. Incluso el informático a servicio de la policía se quejó de que una simple clave de acceso de ocho dígitos ofreciera más de 32 trillones de combinaciones posibles, lo cual era demasiado aun para sistemas de alto rendimiento. También es cierto que el juez instructor insinuó que esos archivos no habían sido forzados solo oficialmente. Quizá fuera un farol o quizá no. En cuanto a Skype, no se pudo averiguar nada a ciencia cierta: ni el sumario ni los detectives hicieron referencia alguna al tema. Según mis observaciones, los historiales de los chat en Skype figuran a menudo como prueba en los juicios, aun cuando los acusados afirmaran que tenían desconectada la opción de la conservación del historial. A ese respecto, creo que es mejor optar por las telefonías IP alternativas que funcionan sin servidores centrales.

De todos modos, los investigadores habían logrado hacerse con una serie de claves de acceso a buzones de correo: o bien estas eran fáciles de descifrar o bien funcionaba *automatic input*, algo que no debería pasar jamás. Lo mismo digo de los clientes de correo electrónico: no los utilicen para la correspondencia entre activistas. Esta no debería ser guardada en discos duros, y si es de capital importancia, se la tendría que almacenar en una cuenta exclusivamente creada para ese fin, para que, por si acaso, ninguno conociera su existencia.

No dejen nunca de borrar el historial de visitas, los cookies, etc. Si es posible, utilicen el teclado virtual: eso neutraliza al espía y caballo de Troya *Keylogger*,que se encarga de registrar las pulsaciones que se realizan en el teclado. Para curarse en salud, se puede usar navegadores y buscadores específicos que no dejan rastro, en particular, una de las versiones de *Firefox*.

De hecho, lo que acabo de decir no es nada nuevo. Pero fueron muchos los que no lo tuvieron en cuenta aunque no andaban faltos de tiempo. Como resultado, dieron muchas facilidades a la acusación. Que todo el mundo lo tenga presente.

Ahora hablaré de otro tipo de pruebas incriminatorias. Las huellas dactilares ya es un arcaísmo. Hoy en día, se identifica a las personas mediante el análisis de ADN, que se encuentra en la saliva, el sudor, el epitelio, y no hablemos ya de la sangre y el pelo. Vetkin fue identificado gracias a restos de sudor y epitelio que se hallaron en los guantes que él había dejado en algún lugar cerca de la embajada rusa. A eso se sumó la señal de su móvil, localizada en la misma zona. ¡Vaya cuadro! Asimismo, se analizaron los objetos hallados en los lugares de acción: colillas, botellas, cristales, mecheros. En el petardo arrojado contra el IVS detectaron restos de sudor de Dima, aunque no se puede decir lo mismo de sus huellas dactilares ni fragmentos del epitelio. En resumen, aun un escupitajo o un pelo pueden tener consecuencias fatales. Por si eso fuera poco, se pueden tomar pruebas de aire en espacios cerrados para analizarlas, puesto que el sudor acaba evaporándose.

En un futuro inmediato, que paulatinamente se va transformando en presente, tendremos que enfrentar retos todavía más serios. A medida que la importancia de las redes sociales e internet interactivo aumenta, se acelera el desarrollo de programas de captación automática de datos. En paralelo, se han perfeccionado sobremanera los programas de identificación de la fisionomía humana. Estos, por ejemplo, son capaces de identificar a una persona cotejando imágenes fortuitas registradas por cámaras de video vigilancia con fotos que se encuentran en internet en régimen de acceso directo, en las redes sociales, para no ir más lejos. Tomando en cuenta el aumento brusco de la cantidad y calidad de cámaras de video vigilancia en espacios urbanos (más las filmaciones realizadas directamente por la policía), la perspectiva es la siguiente: en un tiempo no lejano, los sistemas de vigilancia policial serán capaces de proporcionar, con un alto grado de fidelidad, relaciones de nombres de participantes en acciones masivas, con el perfil completo de cada uno. DNI, vínculos sociales, lugares de encuentro, itinerarios, cuentas de internet, afinidades, etc. Hoy en día existen compañías especializadas en crear perfiles de aspirantes a puestos de trabajo en distintas corporaciones. Todo eso ya es presente.

**Estructura y el factor humano**

Al analizar el sistema judicial, llegué a la conclusión de que las pruebas, la instrucción y el juicio tienen un papel secundario. El mayor enemigo es la figura del inspector que se sirve de cualquier pista para hallar cuerpo de delito. Si ha husmeado algo, es solo cuestión de tiempo de que el sospechoso acabe empapelado. O bien hallará pruebas o bien las falsificará. La única manera de escapar a sus garras es el anonimato. Por lo que mi propuesta se limita a tres puntos:

a)Todo activista del movimiento anarquista tiene que hacer de las normas de seguridad un modelo de conducta. Su alter ego político no debe identificarse con una persona física concreta. Debido a que el éxito de nuestra lucha se encuentra en dependencia directa del funcionamiento de nuestros sistemas informativos y de la seguridad de nuestra permanencia en sistemas enemigos y neutrales, lo queramos o no, debemos ir acercándonos al nivel de seguridad de los colectivos de los hacker. Su estabilidad, como en caso de *Anonymous*, lo demuestra con creces;

b)Para la difusión de nuestras ideas, es vital, por un lado, crear contenidos multimedia de calidad (audio, video, imágenes, polifonía, páginas web) y por el otro, estudiar y aplicar las reglas de la presentación adecuada y recepción eficaz de la información. Tuve la oportunidad de tratar a tecnólogos políticos profesionales y he de reconocer que somos profanos en la materia. Ni siquiera sabemos hacer un buen cartel, no hablemos ya del resto. Es necesario estudiar esas tecnologías y aprovechar las que no contradicen los principios anarquistas.

c)La estructura del movimiento tiene que ser integrada por grupos autónomos. La mayoría de los activistas no deberían conocerse entre sí, en el sentido de “dónde vive/trabaja/estudia”. Eso permite reducir el riesgo que entraña el factor humano (la delación) al nivel de un solo grupo. La condición abierta o semiabierta de una gran parte del movimiento es un caballo de Troya. Así es imposible asegurar un funcionamiento correcto en caso de represión. La permeabilidad del movimiento lleva inevitablemente a que lo tengan bajo observación, lo cual mina su capacidad de supervivencia. La experiencia ha demostrado a las claras que, en dos ocasiones en que la policía se las arregló para interceptar los correos internos, el movimiento sufrió una parálisis total.

**Elección personal**

Todos deseamos llegar a ser algo y cosechar éxitos personales, lo cual es un buen objetivo por el que luchar. Pero, al mismo tiempo, nuestra vida puede dar un vuelco en cualquier momento. La posibilidad de ser encarcelado siempre acecha. Si sucede, no se lamenten. La pérdida se convierte en ganancia, en experiencia inestimable. En la cárcel, la vida no acaba sino que transcurre de otra manera. Antes o después, uno sale en libertad, con nuevos planes y oportunidades, lo cual quizá no fuese posible sin haber pasado previamente por la prisión.

No lamentarse de nada y seguir adelante, sin concesión alguna.

¡Viva la Revolución Social!

¡Viva la Anarquía!

Primavera de 2012

**Epílogo**

Han pasado ya más de dos años desde que Ígor y otros anarquistas de Minsk fueron detenidos.

Durante ese tiempo muchas cosas han cambiado: organizaciones de derechos humanos reconocieron a los presos anarquistas la condición de presos políticos (es sorprendente que aun entre parlamentarios europeos hubiera quien los defendió); el presidente bielorruso, presionado por la CE, indultó y ordenó liberar a más de 30 presos políticos…

Ha cambado todo, excepto una cosa: las convicciones de los compañeros convictos.

Todo indica que esta es la razón por la que no dejan de ser hostigados en el presidio.

Para hacerse una idea acerca de cómo funciona el sistema de prisiones en nuestro país es suficiente leer el presente libro.

Tras más de seis meses en la prisión preventiva del KGB, Ígor fue condenado a ocho años de cárcel y trasladado al presidio de la ciudad de Novopólotsk, en el norte del país. El presidio está ubicado entre dos fábricas, *Naftan* y *Polimir*, que se consideran las más contaminantes de la ciudad. Naturalmente, eso perjudica la salud de los presos que, por demás, no se puede decir que gocen del aire puro en exceso. Es una incógnita cómo pueden repercutir largas condenas en su estado de salud.

Cabe señalar que, para todos los presos anarquistas, la cantidad total del dinero destinado a la compra mensual de artículos de primera necesidad del que pueden disponer fue reducida hasta una unidad básica\*(alrededor de 13 dólares), un dinero con que es posible adquirir, por ejemplo, 10 latas de leche condensada o un centenar de sobres.

A algunos presos, en particular a Nikolái Dedok e Ígor Olinévich, se les priva de las visitas de los familiares. El último vis a vis que tuvo aquel con su familia fue en febrero de 2012.

A menudo, se considera infracción formal del reglamento el negarse a limpiar celdas de castigo, cuartos de baño, patios, etc. En ese caso, la dirección del presidio saca provecho del código de conducta no oficial de los presos según el cual ese tipo de labores es propio únicamente de los así llamados “degradados”\*. De esa forma, al preso se le da a elegir entre ser castigado o entrar a formar parte de la casta de los intocables.

Otra clase de castigo muy frecuente es la prohibición de recibir paquetes. Lo habitual es que el preso tenga derecho de recibir entre tres o cuatro paquetes, de 30 kilos cada uno, a lo largo del año. Se puede imaginar qué efecto produce la privación de una cantidad de comida, por demás mísera, junto con las limitaciones a la hora de comprar alimentos pagando de su propio bolsillo.

La provocación es otro de los métodos muy usados para influir en los presos anarquistas por medio de otros presidiarios. Se sabe que la dirección del presidio revuelve a los reclusos contra Alexánder Frantskévich, les impide tener trato con él, hace correr el rumor de que es un chivato.

A todos los presos anarquistas, hoy por hoy, se les acusa de infringir premeditadamente el reglamento. Algunos de ellos, en particular Ígor Olinévich y Nikolái Dedok, están calificados oficialmente de “presos con tendencia a la fuga, el suicidio y la toma de rehenes”. A primera vista, dicho calificativo no influye para nada en la vida cotidiana del preso, excepto la prohibición de abandonar el área de la sección a la que está adscrito. Sin embargo, en situaciones de emergencia, favorece a la dirección: por ejemplo, se puede simular con éxito el suicidio de un recluso en cuyo expediente figura que tiene tendencias suicidas. Por lo mismo, se juzgará legal disparar contra un preso “inclinado a la fuga” o provocar a quien es “proclive a la toma de rehenes”.

El que a uno se le acuse de infringir premeditadamente el reglamento repercute no solo en sus condiciones de vida inmediatas en el presidio sino que hace imposible la conmutación de la pena por otra menos dura o la libertad condicional.

Cuando todos los métodos de presión que acabamos de enumerar han dejado de surtir efecto, se recurre al aislamiento de los reclusos. Todos los presos anarquistas, aunque solo ha sido durante veinticuatro horas, han pasado por celdas de castigo. Nikolái Dedok pasó medio año en una celda de aislamiento, para ser trasladado más tarde a una prisión de régimen especial para delincuentes peligrosos.

En mayoría de los casos, la decisión de aplicar medidas de presión sobre los presos políticos se dicta desde arriba. No obstante, todos los presos anarquistas han afirmado que se utilizan métodos similares también contra presos comunes, particularmente contra los que luchan por sus derechos desde dentro. En su *Diario*, Ígor da fe de ello.

Un tema aparte es el atentado contra la delegación del KGB en Bobruisk. A los encausados por esa acción, organizaciones de derechos humanos no les reconocen la condición de presos políticos, habida cuenta de que califican de violencia su modo de proceder. Con todo, han admitido que la condena estaba condicionada por motivaciones políticas y tenía que ser revisada. Es curioso que las mismas autoridades hayan incluido a los autores del atentado en la lista de presos políticos, antes de comenzar a presionarles para que soliciten un indulto. Tan solo Pável Siromolotov cedió a la presión y fue indultado en septiembre de 2012. Artiom Prokopenko y Yevgueni Vaskóvich se han negado hasta ahora a firmar la petición de indulto, a pesar de los reiterados intentos de sus familiares de convencerles de que lo hagan. El año pasado, Yevgueni Vaskóvich fue trasladado a una prisión de régimen especial como castigo por haberse negado a cumplir las exigencias de la dirección del presidio. Artiom Prokopenko, a su vez, se quedó sin poder cocinar comida vegetariana a raíz del cambio del horario de trabajo, por lo que sufrió durante un tiempo escasez alimentaria.

Se supone que el sistema penitenciario bielorruso tiene por objetivo “reformar” al delincuente. Si el preso “no se enmienda” o ejerce una influencia negativa en los demás reclusos al tiempo que infringe sistemáticamente el reglamento interno, puede ser encausado según el artículo 411 del código penal y condenado a un año adicional de prisión. Ya hay precedente: en agosto de 2012, fue alargada un año la condena al preso político Dmitri Dashkévich. Para ampliar una y otra vez condenas a los “indeseables”, basta con una orden de arriba. En cuanto a los presos anarquistas, estos no solo no se han declarado culpables sino que no tienen intención alguna de renunciar a sus convicciones. Por lo tanto no pueden ser “reformados” a priori.

Esta es otra razón por la que no cabe pensar que nuestros compañeros hayan quedado fuera del combate una vez han ingresado en prisión, pues la lucha contra el sistema desde dentro exige esfuerzos sobrehumanos y una movilización de fuerzas total. Necesitan nuestro apoyo como el aire, tanto moral como material. El hecho de que gracias a la presión de la opinión pública y de la CE la mayor parte de los presos políticos bielorrusos hayan sido liberados confirma que no se debe abandonar la lucha a mitad de camino: la presión sobre el sistema tiene que ser constante. Será nuestra propia lucha la que dé valor a los sacrificios de los que se encuentran hoy en día entre rejas.

**Cruz Negra Anarquista de Belarús**

*Cruz Negra Anarquista* es una red de activistas que se dedica a apoyar a anarquistas represaliados, ecologistas anti autoritarios, defensores de animales, antifascistas y otras personas perseguidas por sus actividades políticas o acciones que no contradicen los ideales anarquistas. En las páginas web de *CNA* se puede encontrar direcciones de presos, recomendaciones de cómo mantener correspondencia con ellos, consejos sobre el tema de la seguridad y otra información útil.

[www.abc-belarus.org](http://www.abc-belarus.org)

belarus\_abc riseup.net

[www.avtonom.org/abc](http://www.avtonom.org/abc)

abc-msk riseup.net